

ca

32

**Maurice Gilbert
Jean-Noel Aletti**

La Sabiduría y Jesucristo

4.a edición

EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
ESTELLA (Navarra)
1985

Por poca atención que le prestemos, la audacia de los sabios de la biblia nos resultará sorprendente. Los cielos pueden cerrarse y la voz de los profetas enmudecer, pero estos sabios pretenden que sigue siendo posible el diálogo con Dios. El silencio aparente de Dios no les desanima, precisamente por eso, porque es aparente. La búsqueda larga y oscura de los hombres ansiosos de encontrar el buen camino de su existencia puede ser también un lugar en donde resuene la palabra divina. La fe hace al sabio reconocer la presencia activa de Dios en el curso ordinario de su vida.

El cuaderno bíblico n. 28, *En las raíces de la Sabiduría*, puso de relieve cómo esta veta sapiencial atraviesa toda la biblia y se descubre ya en sus capas más antiguas.

Este cuaderno, en la misma línea que el anterior, estudia las últimas exposiciones de los escritos sapienciales sobre la Sabiduría y sus repercusiones en la presentación que se nos hace de Cristo en el Nuevo Testamento.

Maurice GILBERT, S. J., rector del Pontificio Instituto Bíblico, comenta en la primera parte los principales pasajes que tratan de la «Sabiduría personificada». En efecto, en los escritos bíblicos asistimos a un fenómeno progresivo de «personificación» de la Sabiduría que toma los rasgos de la revelación de Dios a los hombres. Esta Sabiduría representa entonces la presencia divina que actúa entre los hombres y en su corazón.

En la segunda parte, Jean-Noël ALETTI, S. J., del Instituto Bíblico y del equipo de Manresa, prolonga la encuesta al Nuevo Testamento para decidir si Jesús fue o no identificado en algunos de sus textos con la Sabiduría divina. La discreción de estos escritos hace difícil esta operación. Si los evangelistas y Pablo son remisos en asimilar a Cristo con la Sabiduría, es para evitar una presentación incompleta e inadecuada del misterio de Jesús. Sin embargo, utilizan algunos elementos de la tradición sapiencial a fin de iluminar un aspecto de este misterio: Jesús, el Señor asentado junto al Padre, no está por ello separado de los hombres, sino presente entre ellos y en ellos como la Sabiduría.

¿Cómo se hace Dios presente a los hombres? Esta es exactamente la cuestión que nos plantean la Sabiduría y Jesucristo.

1

Maurice GILBERT, S. J.

**La Sabiduría personificada
en los textos
del Antiguo Testamento**

DE LA SABIDURIA HUMANA A LA SABIDURIA DE DIOS

EL ARTE DE TENER EXITO EN LA VIDA

¿Cómo llegaron los maestros de sabiduría en Israel a hablar de la Sabiduría? La sabiduría es una obligación para los hombres; cada uno tiene que buscarla. El sentido primero de la palabra se aplica ante todo al hábil artesano: la experiencia ha dado a sus manos una destreza que merece admiración (cf. Ex 31, 3). Pero su adquisición debe realizarse en todas las actividades de la existencia, en todas las situaciones. ¿Cómo encontrará el ser humano su camino en este mundo tan variado, que cambia continuamente y parece como si se le escapara? Algunos hombres especialmente dotados han intentado encontrar esos caminos que conducen al éxito y a la felicidad. Tuvieron la paciencia de observar largamente las cosas y los hombres, con la esperanza de descubrir el principio que regula lo real y la existencia. Confrontando una multitud de experiencias, lograron descubrir ese principio. Pero ese trabajo de reflexión y de abstracción tenían que transmitírselo a los demás. Esta nueva búsqueda de su formulación les exigía un nuevo esfuerzo en donde ocupaba un lugar el arte junto con la fidelidad a la experiencia y al principio encontrado. Los proverbios son el fruto de este triple esfuerzo.

LOS LIMITES DE LA SABIDURIA

Pero también los sabios tuvieron conciencia de sus límites. No todo lo real se entregaba a su estudio. Gran parte de la existencia se resistía a su comprensión. Y su grandeza estuvo precisamente en reconocer este hecho desconcertante y en manifestarlo. La sabiduría humana tiene unos límites radicales.

*Casa y hacienda, herencia de los padres;
mujer habilidosa la concede el Señor*

(Prov 19, 14).

He aquí uno de los casos en que la construcción de nuestra vida no está en nuestras manos. Las precauciones más sensatas no dan siempre la seguridad, que es lo que busca precisamente el sabio. ¡Y esto vale para tantos casos de nuestra existencia!

*Se apareja el caballo para el combate,
la victoria la da el Señor*

(Prov 21, 31).

¿Garantizarán acaso la victoria los mejores preparativos? Pueden intervenir mil imponderables que se nos escapan.

Por tanto, el hombre tiene que ser modesto, y sobre todo no debe presumir de su sabiduría:

*¿Has visto a uno que se tiene por listo?
Pues más se puede esperar de un necio*
(Prov 26, 12).

Más aún, la Sabiduría no tiene nada que ver con la fortuna, con la felicidad vivida o con el éxito, ya que en esas situaciones el hombre siente siempre la tentación de olvidar los límites fundamentales de su saber:

*El rico se cree sabio,
pero el pobre perspicaz lo penetra*
(Prov 28, 11).

¿y acaso vemos claro dentro de nosotros mismos?:

*Al hombre le parece siempre recto su camino,
pero es Dios quien pesa los corazones*
(Prov 16, 2; 21, 2).

Somos inestables y en cualquier situación difícil se nos ofrecen un gran número de salidas y no sabemos cuál de ellas escoger:

*El hombre medita muchos planes,
pero se cumple el designio de Dios*
(Prov 19, 21).

De esta forma, el porvenir se nos escapa en gran parte. Podemos prepararlo, considerarlo, pero no realizarlo. Nuestro proverbio: «el hombre propone y Dios dispone» formula con toda honradez el reconocimiento de los límites de nuestra sabiduría:

*El hombre se prepara por dentro,
pero Dios le pone la respuesta en los labios*
(Prov 16, 1).

*El hombre planea su camino,
el Señor dirige sus pasos*
(Prov 16, 9).

Es un descubrimiento esencial el de que nuestra existencia no está en nuestras manos. Nuestra sabiduría no puede menos de confesar sus propios límites; y entonces es cuando crecerá y será realmente sabiduría:

*El Señor dirige los pasos del hombre:
¿Cómo puede el hombre entender su camino?*
(Prov 20, 24).

Para nosotros la sabiduría consiste en negarla:

*No valen habilidad ni prudencia
ni consejo frente al Señor*
(Prov 21, 30).

Por haberlo olvidado, muchas personas pagadas de sí mismas han sufrido las invectivas de los profetas. Y no es solamente una sabiduría extranjera que se ha hecho egoísta la que merece sus críticas, como la del rey de Tiro:

*Con tu talento, con tu habilidad,
te hiciste una fortuna,
acumulaste oro y plata
en tus tesoros.
Con agudo talento de mercader
ibas acrecentando tu fortuna,
y tu fortuna te llenó de presunción...
A fuerza de hacer tratos,
te ibas llenando de atropellos, y pecabas.
Te desterré entonces de la montaña de los dioses
y te expulsó el querube protector
de entre las piedras de fuego.
Te llenó de presunción tu belleza
y tu esplendor te trastornó el sentido;
te arrojé por tierra...
(Ez 28, 5-6. 16-17).*

También en Israel hay algunos culpables de semejante presunción:

*¡Ay de los que se tienen por sabios
y se creen perspicaces!*
(Is 5, 21).

Una sabiduría que conduce al hombre a no apoyarse más que en ella lo acabará perdiendo. Porque esa sabiduría desconoce los límites del saber humano, pero sobre todo lo empuja a ignorar una verdad más profunda:

*Mi pueblo es insensato, no me reconoce,
son hijos necios que no recapacitan:
son diestros para el mal, ignorantes para el bien.*
(Jer 4, 22).

*No se gloríe el sabio de su saber,
no se gloríe el soldado de su valor,
no se gloríe el rico de su riqueza.*

*Quien quiera gloriarse, que se gloríe de esto:
de conocer y comprender que soy el Señor, que
en la tierra establece la lealtad, el derecho y la
justicia,
y se complace en ellas -oráculo del Señor-
(Jer 9, 22-23).*

Encerrados dentro de sí mismos, ignorando que
Yavé es el Señor de la historia, rechazan la palabra
del profeta:

*¿Por qué decís: somos sabías, tenemos la ley del
Señor?*

*Sí la ha falsificado la pluma falsa de los escriba-
nos.*

*Pues quedarán confusos los sabios,
se espantarán y caerán prisioneros:
rechazaron la palabra del Señor,
¿de qué les servirá su sabiduría?*

(Jer 8, 8-9).

El mensaje del profeta no cabe dentro de sus
marcos demasiado estrechos:

*Dijeron: Vamos a tramar un plan contra Jeremías,
que no nos faltará la instrucción de un sacer-
dote,
el consejo de un docto, el oráculo de un profeta
(Jer 18, 18).*

Pero se han olvidado de algo esencial:

*No hay como tú, Señor; tú eres grande,
grande es tu fama y tu poder, ¿quién no te
temerá?
Tú lo mereces, rey de las naciones:
entre todos sus sabios y reyes, ¿quién hay como
tú?*

(Jer 10, 6-7).

LA SABIDURIA, DON DE DIOS

El profeta que recibe la palabra de Yavé percibe
cómo acabarán las cosas. Y cuando la palabra se
realice, se verán confundidos aquellos sabios que
excluían cualquier otra sabiduría que no fuera la suya,
la de su propia experiencia y su corazón envanecido
de ellos mismos.

¿Quién es el sabio que lo entienda?

*A quién le haya hablado el Señor, que lo explí-
que*

(Jer 9, 11).

Dice el Señor:

*Ya que este pueblo se me acerca con la boca,
y me glorifica con los labios,
mientras su corazón está lejos de mí
y su culto a mí es precepto humano y rutina,
yo seguiré realizando prodigios maravillosos:
fracasará la sabiduría de sus sabios,
y se eclipsará la prudencia de sus prudentes*

(Is 29, 13-14).

También es en un texto profético donde encon-
tramos la primera afirmación de la sabiduría de Yavé,
en un contexto análogo a los de los textos ya citados:

*¡Ay de los que bajan a Egipto por auxilio
y buscan apoyo en su caballería!
Confían en los carros, porque son numerosos,
y en los jinetes, porque son fuertes;
sin mirar al Santo de Israel ni consultar al Señor.
Pues él también es sabio para traer desgracias
y no ha revocado su palabra*

(Is 31, 1-2).

Ya antes del destierro, el profetismo afirmaba la
sabiduría del Espíritu de Yavé concedido al rey-Me-
sías:

*Sobre él se posará el espíritu del Señor:
espíritu de prudencia y sabiduría,
espíritu de consejo y valentía,
espíritu de conocimiento y respeto del Señor
(Is 11, 2).*

Después del destierro, se dirá lo mismo de Yavé,
que confunde a los sabios encerrados en sí mismos:

*Pues él posee sabiduría y poder;
la perspicacia y la prudencia son suyas*

(Job 12, 13).

El universo, obra de Yavé creador, ¿no es acaso un testimonio de su sabiduría?:

*El hizo la tierra con su poder,
asentó el orbe con su sabiduría,
desplegó el cielo con su habilidad*

(Jer 10, 12).

*Cuántas son tus obras, Señor,
y todas las hiciste con sabiduría,
la tierra está llena de tus criaturas*

(Sal 104, 24).

Se comprende entonces por qué la verdadera sabiduría del sabio auténtico puede ser considerada como un don de Dios. Así fue José que explicó los sueños del Faraón y llegó a ministro suyo (Gén 41, 39); así fue también Salomón que obtuvo de Yavé un corazón sabio e inteligente para gobernar al pueblo (1 Re 3, 4-15).

Con Job se daría un paso más, especialmente en el c. 28, aun cuando este texto tan importante es posterior a Prov 8, que analizaremos en este cuaderno. Según Job 28, la técnica industrial, por mucho que horade en la tierra y en la roca para sacar de allí toda clase de riquezas, no encontrará nunca la sabiduría como resultado de su esfuerzo. La sabiduría no se compra con metales preciosos ni con todo el oro que el hombre consiga acumular. Ningún viviente la conoce, ni siquiera el mundo de la muerte:

*Sólo Dios conoce su camino,
él conoce su yacimiento...
Cuando señaló su peso al viento
y definió la medida de las aguas,
cuando impuso su ley a la lluvia
y su ruta al relámpago y al trueno,
entonces la vio y la calculó,
la escrutó y la asentó.*

*y dijo al hombre: «Respetar al Señor es sabiduría,
apartarse del mal es prudencia»*

(Job 28, 23-28).

Este texto, en línea recta con los profetas y hasta con los proverbios antiguos que sabían que la sabi-

duría humana es limitada, llevó a discernir la Sabiduría de Dios; sólo él la conoce y ella no es independiente de su obra creadora. Quedará por señalar con más claridad las relaciones existentes entre la Sabiduría que Yavé penetró y escudriñó en la creación y la sabiduría que él espera del hombre y que está hecha de temor del Señor.

Por el año 200 a. C., Ben Sira señalará:

*Uno solo es sabio: temible en extremo;
está sentado en su trono.*

*El Señor en persona la creó, la conoció y la midió,
la derramó sobre todas sus obras;
la repartió entre los vivientes, según su generosidad;*

se la regaló a los que le temen

(Eclo 1, 8-10).

Más reciente todavía es este texto de Baruc. Ningún pueblo pagano ha descubierto el camino de la Sabiduría:

*El que todo lo sabe la conoce,
la examina y la penetra.*

*El que creó la tierra para siempre...
Investigó el camino de la inteligencia
y se lo enseñó a su hijo Jacob,
a su amado, Israel.*

*Después apareció en el mundo
y vivió entre los hombres.*

*Es el libro de los mandatos de Días,
la ley de validez eterna:
los que la guarden vivirán,
los que la abandonen morirán*

(Bar 3, 32.37-38; 4, 1).

Hemos recordado y citado estos textos principales que no comentaremos en este cuaderno. Convendrá que el lector vuelva a leerlos en su contexto. Le permitirán descubrir el desarrollo coherente de la corriente sapiencial del Antiguo Testamento (cf. el Cuaderno Bíblico n. 28, *En las raíces de la Sabiduría*). Ben Sira y el libro de la Sabiduría añadirán a todo ello la idea de que entre el sabio y la Sabiduría pasa el amor.

PROVERBIOS 8

Para comprender el significado de la figura de la Sabiduría en el Antiguo Testamento, se impone el estudio de unos cuantos textos más característicos. Se trata de Prov 8; 9, 1-6; Eclo 24 y Sab 7-9. Hay ciertamente otros, algunos de los cuales se han mencionado en las páginas anteriores, pero los que ahora vamos a analizar han preparado los ánimos para el evangelio mejor que los demás y la reflexión cristiana ha vuelto continuamente sobre ellos en el curso de los siglos. Veremos cómo poco a poco la Sabiduría, salida de Dios, adquiere rasgos que la asemejan a la revelación de Dios a los hombres y finalmente a la presencia divina entre nosotros y en nosotros mismos.

El libro de los Proverbios recoge el patrimonio sapiencial más antiguo de Israel. Los c. 10-31 conservan proverbios de origen muy diverso, pero que debían servir para la formación de los jóvenes. Estos proverbios fueron introducidos, probablemente después del destierro, por los c. 1-9; su redacción tiene una historia poco clara. Al final de esa introducción es donde leemos dos discursos de la Sabiduría: 8, 1-36 Y 9, 1-6.

Otros textos para leer y estudiar	Eclesiástico	1, 1-10
		4, 11-19
	Sabiduría	6, 23-31
		14, 20-15, 10 51, 13-30
		1, 1-11
		6, 12-21

8, 1-3: INTRODUCCION AL DISCURSO DE LA SABIDURIA

- 1 Oid, la Sabiduría pregona,
la Prudencia levanta la voz,
- 2 en los montículos junto al camino,
de pie junto a las sendas,
- 3 junto a las puertas de la ciudad,
pregonando a la entrada de los postigos.

Estos pocos versículos sirven de introducción al discurso de la Sabiduría, que ocupará todo el resto del capítulo. Su objetivo es simplemente situar a la Sabiduría, pero lo que indican da ya qué pensar.

¿Quién es la Sabiduría? No se nos dice con claridad. Lo cierto es que se identifica con la Prudencia, con esa comprensión en profundidad de la realidad: pero esto no nos aclara mucho las cosas. También se

presenta como una mujer. Quizás haya aquí un contraste con la mujer extraña, la que no es tuya, ya que se ofrece al comercio de los necios. La lengua hebrea permitía darle a la Sabiduría un rostro femenino, ya que lo mismo que en griego, en latín y en nuestras lenguas la palabra "sabiduría" es un sustantivo femenino. Este hecho lingüístico permitirá largas reflexiones en el Antiguo Testamento.

Resulta más interesante constatar que la Sabiduría anuncia un discurso del que ella toma la iniciativa. Un verdadero discurso y no una mera conversación con algunos conocidos, ni un intercambio discreto de ideas bonitas, sino una arenga pronunciada de pie y en alta voz. No responde a nadie; nadie le ha invitado a tomar la palabra. Interviene por su propia cuenta.

y ¿dónde habla? Los v. 2-3 describen un mismo y único lugar. Las antiguas ciudades del próximo oriente estaban rodeadas de murallas, con unas cuantas puertas por donde se entraba en el interior de la ciudad. Ante las puertas se agrupaban los que salían y entraban; allí se juntaban todos los caminos. Pensemos en las puertas de Jafa o de Damasco de la antigua Jerusalén. Había allí una especie de plaza o de explanada delante de la puerta; y como la mayor parte de las ciudades, y en concreto Jerusalén, estaban construidas en la cima de las colinas, había que llegar a la ciudad por una subida o una cuesta. Se subía a Jerusalén.

Este espacio abierto ante las puertas de la ciudad

era en tiempos de paz el lugar privilegiado para la vida social. Era allí donde se administraba la justicia. A veces se celebraban reuniones religiosas. Era el lugar ideal para el mercado. Todo el mundo acudía allá para discutir sus asuntos, comerciales o políticos. Al atardecer, cuando refrescaba el ambiente, venían todos, especialmente la gente joven. Iban de acá para allá discutiendo de todo y de nada. Los amigos se saludaban, se reunían los enamorados y los charlatanes.

Ese es el lugar que escoge la Sabiduría para tomar la palabra. Esto merece una reflexión. Porque la Sabiduría no se dirige entonces a un círculo selecto de especialistas. Tampoco estamos en la escuela, sino en la plaza pública. Ni pronuncia un sermón en el templo (como hará sin embargo con el Sirácida). Nada de lirismo ni de contemplación de las bellezas naturales: ni la hermosa campiña, ni la paz de los bosques, ni la inmensidad del mar, ni el silencio de las estrellas. Aquí no interviene ni el gusto de la naturaleza ni el descubrimiento que se puede hacer en ella de la cercanía de Dios. La Sabiduría habla a los humanos en donde viven socialmente con los demás. Y ¿qué es lo que les dice?

Su discurso comprende dos partes generales: la primera (v. 4-31), la más desarrollada, se divide en tres exposiciones sucesivas (v. 4-11.12-21.22-31); la segunda parte sirve de exhortación final tras la exposición de los temas anteriores (v. 32-36).

8, 4-11: «A VOSOTROS OS LLAMO...»

- 4 A vosotros, señores, os llamo,
me dirijo a la gente:
- 5 los inexpertos, aprended sagacidad;
los necios, adquirid juicio;
- 6 escuchad, que hablo sin rodeos,
abro los labios con sinceridad;
- 7 mi paladar repasa la verdad
y mis labios aborrecen el mal;
- 8 todas mis palabras son justas,
ni una es desatinada o tortuosa;
- 9 son leales para el que entiende
y rectas para el que comprende.

- 10 Recibid de mí avisos, no plata,
y una experiencia más valiosa que el oro;
11 porque la sabiduría vale más que los corales
y ninguna joya se le puede comparar.

El comienzo de esta primera parte del discurso de la Sabiduría indica la característica de estos versículos: «A vosotros». La sabiduría subraya esencialmente la relación que establece con su auditorio. Así, como veremos, la primera palabra de cada estrofa muestra ya la orientación de cada una de ellas. La primera estrofa insistirá en la relación entre la Sabiduría y los seres humanos.

La estructura de la estrofa muestra también toda la importancia que tiene esta relación deseada. Señalemos los términos que resaltan, después de la invitación del v. 4:

aprended, adquirid, escuchad (5-6a)
sagacidad, juicio (5)
sin rodeos, con sinceridad (6)
verdad, justicia (7-8)
leales, rectas (9)
entendimiento, comprensión, experiencia (9-10)
recibid (10).

Esta construcción es perfectamente concéntrica. Los imperativos en plural están en los extremos; el centro está ocupado por las palabras clave verdad-justicia, mientras que los adjetivos sirven de intermedios.

Así, pues, el v. 4 está fuera de la estructura. No quiere subrayar más que una cosa: la Sabiduría se dirige a todos, sin excepción. Los versículos introductorios del capítulo nos orientaban ya en este sentido. Sin embargo, en el v. 5 los calificativos *inexperitos-necios* no son muy alentadores. La Sabiduría se dirige a sus oyentes de forma poco elegante. Estos adjetivos no se refieren especialmente a la juventud, sino a todo el auditorio, del que la Sabiduría no tiene por lo visto un concepto muy alto. Es que a sus ojos, sin una relación muy sólida con ella, los hombres no pueden conseguir la verdadera madurez.

Así, les invita a escucharla para que adquieran la sagacidad y el juicio. El texto hebreo habla de *corazón*, centro de la decisión más que de la afectividad, según la antropología bíblica; el corazón es el que discierne y decide. La Sabiduría que invita a la adqui-

sición de esta inteligencia profunda no habla de sus propios títulos; se supone que el auditorio sabe de quién se trata.

Del mismo modo, cuando exalta las cualidades de sus palabras -son sinceras, justas y leales-, no revela su contenido. Hace ella misma el elogio de su enseñanza. Pero ¿dónde se encuentra esa enseñanza?

Lo que dice en los v. 7-8 señala también las cualidades de lo que tiene que decir, pero tampoco revela el contenido. Lo que sale de sus labios es verdad y justicia. Mediante el juego de oposiciones a estas dos palabras, el auditorio puede percibir que la enseñanza a la que invita la Sabiduría es de una calidad superior a la mera habilidad que conduce al éxito. Lo que desea enseñar es también de orden religioso y moral. La verdad de sus palabras se opone al mal, a la iniquidad; la justicia de sus palabras se opone al desatino y a la perversidad.

La mayoría de estos términos se encuentran precisamente en Dt 32, 4-5 a propósito de Yavé y de Israel:

*El es la Roca, sus obras son perfectas,
sus caminos son justos;
es un Dios fiel, sin maldad,
es justo y recto.
Hijos degenerados, se portaron mal con él,
generación malvada y perversita.*

La Sabiduría añade que sus labios *aborrecen* el mal. Esta palabra es muy fuerte. Aparece sobre todo en el Dt y en Prov 10-22, y su contexto es normalmente el de la actuación moral. Más aún, el uso más frecuente se encuentra en la expresión «abominación para Yavé» o «aborrecible para Yavé»:

*El Señor aborrece la mente tortuosa,
y le gusta una conducta intachable*

(Prov 11, 20).

*El Señor aborrece el labio embustero;
el hombre sincero obtiene su favor*

(Prov 12, 22).

*El Señor aborrece la conducta del malvado,
y ama al que busca la justicia*

(Prov 15, 9).

Este mismo uso aparece en los capítulos de introducción al libro de los Proverbios, donde se sitúa el discurso de la Sabiduría que estamos estudiando:

*Seis cosas detesta el Señor,
y una séptima la aborrece de corazón:
ojos engreídos, lengua embustera,
manos que derraman sangre inocente,
corazón que maquina planes malvados,
pies que corren para la maldad,
testigo falso que profiere mentiras,
y el que siembra discordia entre hermanos*

(Prov 6, 16-19).

Como se ve, los términos de los v. 7-8 suelen tener un sentido moral y religioso. El hecho de que estos mismos versículos se encuentren en el centro de esta primera parte del discurso de la Sabiduría subraya su

importancia. Las palabras que la Sabiduría invita a escuchar son de orden moral y afectan a la esencia de la religión. Pero ¿cuáles son estas ideas tan exaltadas? La Sabiduría no dice nada de ellas en estos versículos.

Queda por decir una palabra del v. 11. La verdad es que después de los sinónimos del v. 10 viene muy bien la palabra *Sabiduría*. Pero ¿por qué se iba a nombrar la Sabiduría de una forma tan neutra? No declinará su identidad más que en 8, 12. A esta dificultad se añade el hecho de que este v. 11 recoge casi al pie de la letra Prov 3, 15, que habla también de la Sabiduría:

*Es más valiosa que los corales,
ni se le comparan las joyas.*

Prov 8, 11 parece ser una glosa del v. 10, añadida por algún lector que se inspiró en Prov 3,15. La nota marginal acabó pasando al texto. Para señalar el carácter secundario de este versículo, algunas ediciones lo sitúan entre paréntesis.

8, 12-21: "YO, LA SABIDURIA..."

- 12 Yo, la Sabiduría, soy vecina de la Sagacidad
y busco la compañía de la Reflexión.
13 (El temor del Señor odia el mal).
Yo detesto el orgullo y la soberbia,
el mal camino y la boca falsa,
14 yo poseo el buen consejo y el acierto,
son más la prudencia y el valor;
15 por mí reinan los reyes
y los príncipes dan leyes justas,
16 por mí gobiernan los gobernantes
y los nobles dan sentencias justas;
17 yo amo a los que me aman,
y los que madrugan por mí, me encuentran;
18 yo traigo riqueza y gloria,
fortuna copiosa y bien ganada;
19 mi fruto es mejor que el oro puro
y mi renta vale más que la plata,
20 camino por sendero justo,
por las sendas del derecho,
21 para legar riquezas a los que me aman
y colmar sus tesoros.

Esta segunda parte del discurso de la Sabiduría se abre, como la primera, con las palabras que caracterizan a los versículos siguientes: «Yo, la Sabiduría». Después de exaltar la calidad de las ideas que invita a escuchar (v. 4-10), la Sabiduría declara finalmente su identidad. Se describe simplemente a sí misma, sin decir nada de su mensaje. Señala además las consecuencias y el objetivo de su acción. En todo esto se presenta como un consejero real especialmente sensato.

Por la acumulación del pronombre personal yo, vemos que toda esta parte del discurso se centra en la Sabiduría misma: el yo aparece dos veces al comienzo de los v. 12 y 17; de mí, dos veces en el v. 14; por mí, al comienzo de los v. 15 y 16; conmigo, en el v. 18 (pensamos en el texto original, ya que las traducciones a veces varían). Esta frecuencia caracteriza a esta parte del discurso. En cuanto a la palabra Sabiduría, es la primera vez que aparece en el discurso y ya no aparecerá más.

La ordenación de esta parte del discurso de la Sabiduría, su estructura, difiere de la de la primera parte. Se observa que los v. 12 y 17 comienzan y acaban por las mismas palabras: yo y el verbo *encontrar*. La división en dos partes (12-16 y 17-21) se confirma con la repetición en el v. 21 del verbo *amar* («los que me aman») que aparecía en el v. 17.

En los v. 12-16, la Sabiduría se presenta como un consejero juicioso y moralmente íntegro. En los v. 12 y 14, la Sabiduría se atribuye varias cualidades que la determinan tanto en el orden de la inteligencia reflexiva (reflexión, consejo, prudencia), como en la esfera de la inteligencia práctica (sagacidad, acierto, valor). Con estos últimos términos subraya la eficacia de su acción.

La mayoría de estos términos aparecen también en Is 11, 2 y en Job 12, 13-16. En Is 11, 2 se trata del Espíritu de Yavé que se posará sobre el vástago de Jesé:

*Espíritu de prudencia y sabiduría,
espíritu de consejo y valentía,
espíritu de conocimiento y respeto del Señor.*

Se ha querido ver en este texto de Isaías una fuente de Prov 8, 12-14, con lo que se ha sacado la conclusión del carácter mesiánico de la Sabiduría. Pero la semejanza no es necesariamente signo de

dependencia, sobre todo si se piensa que en Is 11, 2 se trata, no del vástago de Jesé, sino del Espíritu de Yavé. Más bien hay que reconocer entonces un parentesco entre la Sabiduría y el Espíritu.

En Job 12, 13.16, esos términos se atribuyen directamente a Dios:

*El posee sabiduría y poder;
la perspicacia y la prudencia son suyas...
El posee fuerza y eficacia.*

La Sabiduría aparece entonces como de orden divino. Pero hasta el presente, en Prov 8, no dice nada de esto.

El v. 13 suscita algunas dificultades. El primer estico (*El temor del Señor odia el mal*) está de sobra. Por otra parte, el tono es sentencial, como en Prov 8, 11, en donde reconocíamos una glosa; en contra del resto del pasaje, la Sabiduría no haría en estas palabras ninguna referencia a sí misma. Además, se menciona a Yavé, mientras que la Sabiduría no lo hará intervenir en su discurso hasta el v. 22. ¿Por qué esta inserción anticipada en 8, 13? Es verdad que el temor de Yavé está relacionado con la Sabiduría en Prov 1, 7.29; 2, 5; 9, 10; pero en 8, 13 la cosa puede explicarse mediante la expresión curiosa, que se asemeja más bien a Job 28, 28. En efecto, las dos palabras *odio* y *mal* sirven para terminar los otros dos esticos del v. 13: *detesto* y *mal* (camino). Creemos que, partiendo del final de estos esticos; un glosista señaló al margen una reflexión que «yaviza» el texto y le da un alcance universal, mientras que el contexto no es más que una autopresentación de la Sabiduría. Así, pues, se considera a 8, 13 como una glosa y se la suele poner entre paréntesis.

En cuanto a 8, 13bc, están bien situados. Es verdad que estos dos esticos parecen separar indebidamente a los v.12 y 14 que son de la misma hechura. Pero ya en la primera parte del discurso, en 8, 7-8, la Sabiduría había utilizado formas negativas junto a afirmaciones positivas (*verdad, justicia*) que la afectaban. Además, el verbo *detesto* prepara para el doble empleo de la palabra clave *amar* de los v. 17 Y 21. En 13b, la Sabiduría subraya de nuevo el alcance moral de su acción.

Los v. 15-16 destacan el papel que ocupó la Sabiduría entre los grandes de este mundo. Si su gobierno ha sido acertado, se lo deben a ella. Puede extrañar

ver cómo la Sabiduría se jacta de su éxito entre los que mandan, cuando se dirige más bien a la gente vulgar. Este tipo de argumento no tendría hoy ningún impacto; parece como si se dijera: «Mirad, amigos, escuchadme y seguidme. ¡Ya veis cómo las autoridades obran bien gracias a mi influencia!» Tenemos la impresión de estar aquí ante una, época y, en un ambiente en donde el poder no es discutido, sino que sirve más bien de ejemplo para el pueblo.

La Sabiduría enumera esas autoridades: los reyes, los príncipes, los gobernantes, los nobles. Las traducciones antiguas griegas y latinas de la biblia, en vez de «nobles», hablan de «jueces»; pero no se refieren a los jueces de los tribunales, sino a los que tienen autoridad sobre el pueblo; en este sentido, clásico en hebreo, se habla también del libro de los «jueces».

Los v. 17-21, bien enmarcados por el uso del verbo *amar*, como se ha dicho, describen lo que podría llamarse la bendición que trae consigo la Sabiduría. *Yo amo a los que me aman*: así es cómo, con la nota marginal (*qéré*) de los masoretas (los editores del texto hebreo en la edad media), y con las traducciones antiguas griega y latina, se lee habitualmente el primer estico del v. 17. Pero el texto hebreo presenta una ligera dificultad que todavía no ha llegado a explicarse. Algunos comprenden: *Yo amo a los que aman a Yah*; pero esta traducción no encuentra apoyo en la tradición y además hace intervenir al nombre de Yavé que sólo será introducido claramente en el v. 22. Parece que hay que mantener la traducción habitual, aunque esta expresión no tenga ningún otro paralelo en la Escritura. De todas formas, en el Sal 18, 26-27 se lee a propósito de Yavé:

*Con el leal tú eres leal,
con el íntegro tú eres íntegro,
con el sincero tú eres sincero.*

Y en Sab 6, 12 que parece inspirarse en Prov 8, 17 se lee a propósito de la Sabiduría:

*La ven sin dificultad los que la aman,
y los que van buscándola, la encuentran.*

En Jn 14, 21, Jesús dice:

*Al que me ama, lo amaré mi Padre,
y yo también lo amaré y me revelaré a él.*

Se ha observado igualmente que hay varias fórmulas egipcias cercanas a Prov 8, 17a, inscritas en escarabeos del siglo X-VIII a. C., aunque todas ellas en tercera persona, mientras que en Prov 8, 17a se utiliza la primera:

- Isis ama al que la ama
- Amón-Ra ama al que lo ama
- Ptah ama al que lo ama
- Ptah ama a todo el que lo ama
- Ptah favorece al que lo ama
- Ptah favorece a todo el que lo ama y le reza
- Dios eleva al que lo ama
- El Padre de los dioses ama al que lo ama
- Osiris ama a todo el que lo ama y a los que le rezan.

(No hay ninguna fórmula que haga intervenir a la diosa Maat, la diosa egipcia que encarna la verdad y la justicia y asegura el equilibrio del mundo y de sus elementos).

Prov 8, 17 subraya el intercambio amoroso entre la Sabiduría y sus fieles; les concede la bendición esencial. Ella no se niega a quienes la buscan; quien la busca desde la aurora con las prisas del amor la encuentra y se va recompensado con su amor.

Este intercambio llega hasta el reparto de los bienes de la Sabiduría. Su obra es eficaz, dejaba ya entender el v. 14; ella proporciona la riqueza y la gloria en la estabilidad y el orden (tal es el sentido del v. 18) yesos bienes son superiores a los metales preciosos (v. 19).

La Sabiduría, no sólo otorga esos dones a los príncipes y a los poderosos (v. 15-16), sino también a los pequeños, a los débiles, a los pobres, a todos los que la escuchan. Ese podría ser el sentido de 8, 20-21. En efecto, la Sabiduría indica que su manera de obrar está en conformidad con el derecho y la justicia. Pues bien, según Am 5, 7-13, practicar el derecho y la justicia es, para el rico y el noble, respetar al pobre. La multitud del pueblo, a la que se dirige la Sabiduría, puede esperar también el disfrute de sus bienes y sus dones.

La condición es amar a la Sabiduría (v. 21) con un amor sincero y fiel, lo mismo que el marido ama a su esposa (más adelante veremos el desarrollo de este tema).

En esta parte de su discurso, la Sabiduría se ha presentado a sí misma. Este género de autopresentación se utiliza también en algunos discursos de Yavé, como Gén 28, 13-15; Ex 3, 4-10; 20, 1s; y en el Déutero-Isaías 44, 24-28; 45, 6b-8. Sin embargo, estos discursos de Yavé están muy vinculados a la historia de la salvación de Israel, mientras que Prov 8, 12-21 no hace ninguna alusión a la historia. La Sabiduría se presenta de forma universal.

Si Prov 8, 12-21 difiere fundamentalmente de los discursos bíblicos de autopresentación, ¿habrá que buscar en él una influencia extranjera? Algunos han relacionado nuestro texto con los discursos en estilo yo atribuidos a la diosa egipcia Isis. Pero estos textos no son anteriores al 300 a. E., cuando ya Prov 8 llevaba escrito por lo menos un siglo y medio, según se cree.

8,22-31: YAVE, LA SABIDURIA, EL MUNDO Y LOS HOMBRES

- 22a El Señor me estableció al principio de sus tareas,
b al comienzo de sus obras antiquísimas.
- 23a En un tiempo remotísimo fui formada,
b antes de comenzar la tierra.
- 24a Antes de los océanos fui engendrada,
b antes de los manantiales de las aguas.
- 25a Todavía no estaban encajados los montes,
b antes de las montañas fui engendrada.
- 26a No había hecho aún la tierra y la hierba
b ni los primeros terrones del orbe.
- 27a Cuando colocaba el cielo, allí estaba yo;
b cuando trazaba la bóveda sobre la faz del Océano;
- 28a cuando sujetaba las nubes en la altura
b y fijaba las fuentes abismales.
- 29a Cuando ponía un límite al mar,
b Y las aguas no traspasan su mandato;
cuando asentaba los cimientos de la tierra,
- 30a yo estaba junto a él, como aprendiz,
b yo era su encanto cotidiano,
todo el tiempo jugaba en su presencia:
- 31a jugaba con la bola de la tierra,
b disfrutaba con los hombres.

Este pasaje, el más célebre del discurso, es también el más difícil de interpretar. Se suceden cuatro estrofas, que describen sucesivamente las etapas del crecimiento de la Sabiduría y de la aparición del mundo. Pero la primera palabra de esta parte del discurso de la Sabiduría, *Yavé*, o sea, *el Señor*, da la nota principal: después de dirigirse a los oyentes (a *vosotros*: v. 4) y de presentarse a sí misma (*yo*: v. 12),

la Sabiduría empieza a hablar de su relación con Yavé. Estas relaciones se remontan a los orígenes.

PRIMERA ESTROFA

Los vv. 22-23 subrayan que es en Yavé donde la Sabiduría encuentra su origen. Es él quien la engendró. El verbo que hemos traducido, según la *Nueva*

Biblia española, por «estableció» equivale a un verbo hebreo que otros traducen por «engendró» y que ha suscitado muchas discusiones. En este verbo se han señalado dos raíces: una de ellas puede significar «crear» y la otra «adquirir». Otros mantienen la existencia de una sola raíz, con el significado de "adquirir", pero señalan que la procreación es una de las formas de «adquirir». Sin tomar posición sobre estas dos tesis, cremas que el sentido de "engendrar", atestiguado por el mismo verbo en ugarítico (la lengua del reino cananeo de Ugarit), conviene muy bien al contexto, en donde por dos veces (v. 24-25) la Sabiduría dice que fue engendrada. Pero es evidente que esta traducción no implica una actividad sexual de la divinidad, al estilo del dios El de los cananeos. El sentido es figurativo. Según Gén 14, 19, Melquisedec bendice a Abrahán utilizando este mismo sentido figurativo:

*Bendito sea Abrán por el Dios Altísimo,
que engendró cielo y tierra.*

Así, pues, la Sabiduría ha salido de Dios y sólo de él. El la ha «tejido»: esta expresión que nos parece extraña en el siglo XX se refiere a las ideas que se forjaban los hebreos de la gestación: en el seno materno se desarrolla el embrión; su osamenta y sus nervlos se amplían lentamente, como un tejido; el artesano es el Señor:

*¿No me forraste de carne y piel?,
¿no me tejiste de huesos y tendones?*

(Job 10, 11).

*Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno*

(Sal 139, 13).

Estas expresiones que se aplican Job y el salmista valen también para la Sabiduría, a la que el autor de este capítulo representa como el embrión de una criatura en el seno de Yavé.

Estos mismos v. 22-23 precisan el momento de esta gestación de la Sabiduría: mediante una acumulación de expresiones sinónimas, el autor insiste en la anterioridad de la Sabiduría respecto a toda la obra de Yavé: su origen se remonta a la eternidad, es ella misma el origen de las obras de Yavé, sus primicias.

SEGUNDA ESTROFA

La segunda estrofa, en los v. 24-26, insiste de nuevo en la anterioridad de la Sabiduría respecto a la tierra. Prosiguen la idea enunciada en el v. 23, pero deteniéndose esta vez en la situación de cuando nació la Sabiduría; el verbo «fui engendrada» (se sobreentiende: por Yavé) o "Yavé me engendró" subraya de nuevo el papel de Yavé. Es él el que actúa. Y el verbo aparece dos veces, con vistas a una descripción simple del mundo tal como es.

El v. 24 describe la parte inferior: el abismo y las fuentes que comunican a la tierra el agua subterránea; el 25 describe lo que está encima del lugar donde habitan los hombres: los montes y las colinas. Los hebreos se representaban las montañas encajadas en el abismo y, como columnas, sosteniendo la bóveda del cielo o sirviéndole de fundamento.

En cuanto al v. 26, describe la tierra, el lugar donde vive el hombre. Todavía no había sido hecho el habitat de los hombres, su entorno, ni lo que está por debajo o por encima de él. Y la Sabiduría ya había sido engendrada.

Así, los v. 24-26 presentan una descripción clara del mundo, a partir del lugar que ocupan los hombres. No olvidemos que la Sabiduría se presenta a los hombres precisamente en donde viven. Ninguna cosmogonía (relato de la formación del mundo), ninguna alusión a un combate primordial.

TERCERA ESTROFA

Al contrario, los v. 27-30a, que forman la tercera estrofa, muestran la acción de Yavé al organizar el mundo. Pero en las extremidades de esta estrofa la Sabiduría señala su presencia.

En estos versículos no se menciona a la creación como tal, como en Gén 1, donde resalta el papel de la palabra soberana de Yavé. Aquí, en Prov 8, 27-30a, asistimos a las diversas operaciones de Yavé que va colocando los diferentes elementos del mundo y ordenándolos armónicamente.

Pero al revés de los v. 24-26, el autor comienza por lo que está arriba, para pasar luego a lo de abajo: este esquema aparece dos veces, en los v. 27 Y 28.

Yavé, según el v. 27, da forma a los cielos, asienta la bóveda celestial y, como si se tratara de una se-

miesfera, la coloca sobre el abismo, que se supone ya allí. En el v. 28 asistimos al reforzamiento de las diversas partes. Yavé afianza la bóveda, las nubes (y no los nublados), asienta bien el abismo y sus fuentes, que tienen que soportar el peso de la bóveda celeste.

Finalmente, en el v. 29c, consolida (según los LXX) los fundamentos de la tierra, esas columnas poderosas hundidas en el abismo y sobre las que pondrá (aunque el texto no lo dice claramente) el disco llano de la tierra.

Tenemos en estos versículos una descripción rudimental, común a los hebreos y muy diferente de nuestras concepciones científicas modernas. Asistimos a la organización del mundo, con un detalle que recuerda a Gén 1, a saber, que el abismo parece anterior a la colocación de la bóveda celeste; también Gén 1 supone la preexistencia del *tohu-bohu*.

Hasta ahora hemos dejado de lado el v. 29ab. Estos dos esticos faltan en los LXX y parecen contener algunas ideas extrañas al contexto. En primer lugar, se explica difícilmente el pasaje abrupto del término «abismo» al de «mar» y la ausencia de un verbo que se refiera a la organización, colocación y reforzamiento de las partes del mundo. Por otra parte, estos dos esticos 29 ab, que tan bien se conjugan entre sí, hacen intervenir el tema de la palabra imperativa de Yavé (no se puede traducir el estico b: «las aguas no traspasan la orilla»); pues bien, este tema falta en el contexto. Finalmente, se alude aquí al combate primordial de Yavé contra el Mar, tema propio de las cosmogonias semíticas de las que queda alguna huella en Gén 1,9-10 Y en otros lugares de la biblia, pero que se ignora en este contexto.

Hemos de añadir que la solución que proponemos –considerar 29ab como una glosa- permite volver a los versículos normales de dos esticos, dar a 30a un lugar más normal y devolver a 30b-31 una fisonomía más adecuada al juego de la repetición de palabras.

Vengamos al estico 30a, que repite en inclusión el «allí estaba yo» de 27a: «Yo estaba junto a él», dice la Sabiduría. Pero ¿por qué título? Aquí es donde se complica la exégesis ya desde las interpretaciones más antiguas. El texto hebreo, sin las vocales de los Masoretas, trae cuatro letras *'mwn*; entonces son posibles dos lecturas: 1) se puede leer *'aman*: «maestro

de obra". Se suele pensar que esta palabra se le atribuye a la Sabiduría. Pero en ese caso la Sabiduría habría ejercido un papel activo en la organización del mundo (idea que aparecerá en el libro de la Sabiduría); pero no hay nada en el contexto que prepare esta afirmación, ya que los v. 26, 27 Y 29 repiten que fue Yavé el que hizo y organizó el mundo. Algunos autores recientes prefieren entonces atribuir el papel de «maestro de obra» a Yavé: «Yo estaba junto a él, que era el maestro de obra». En ese caso, esta palabra no haría más que decir con más claridad lo que afirmaba el contexto.

2) También se puede leer *'amun*: «niño de pecho», «hijo querido», «niño pequeño». Esta interpretación, conocida ya por Aquila en la antigüedad, es la que hoy suelen aceptar cada vez más críticos; nosotros la consideramos muy probable. En efecto, se compagina con la serie de expresiones que aluden al crecimiento de la Sabiduría:

Yavé me engendró (8, 22),
fui entretejida (8, 23),
fui criada (8, 24-25),
estaba allí (8, 27),
estaba a su lado como un joven (8, 30).

Puede seguirse en esta serie toda la evolución de la Sabiduría, desde su concepción hasta su adolescencia.

CUARTA ESTROFA

Los v. 30b-31 se apoyan, al parecer, en esta representación, ya que muestran a la Sabiduría jugando y disfrutando en presencia de Yavé.

Estos versículos, que utilizan las palabras «disfrutar» y «jugar» de manera concéntrica, relacionan las nociones de tiempo y de lugar y muestran a la Sabiduría como el vínculo que existe entre Yavé y los seres humanos.

La Sabiduría juega y se divierte. Es poco verosímil que en la palabra «jugar» se incluya la idea de danza cultural; se habría utilizado otra palabra hebrea. La Sabiduría juega más bien como un niño ante la mirada de Yavé. Pero el lugar de su entretenimiento es la tierra, la misma que la obra de Yavé. Los versículos anteriores ya han hablado varias veces de ello y siempre al final de las estrofas: v. 23, 26 Y 29c. Es allí donde moran los hombres a los que se dirige la

Sabiduría en este discurso. El final del v. 31 subraya explícitamente esta presencia de los «hijos del hombre»; esta expresión habría aparecido ya al comienzo del discurso, en el v. 4. Se comprende esta gran inclusión, ya que la Sabiduría se dirige siempre a la multitud; hablar de sus relaciones con Yavé no tiene interés para sus oyentes, a no ser que esto lleve a situarla en relación con las gentes que la escuchan.

Si miramos ahora el conjunto de los v. 22-31, omitiendo el 29ab, observamos que las palabras clave están situadas con mucho esmero: *Yavé*, al comienzo de la perícopa; *yo*, exactamente en el centro; e *hijo del hombre*, al final.

Además, se pueden distinguir cuatro tiempos:

- 8, 22-23: dos versículos: la Sabiduría, engendrada, entretrejida, es lo primero;
- 8, 24-26: tres versículos: dada a luz, la Sabiduría precede al mundo tal como es;
- 8, 27-30a: tres versículos: la Sabiduría, niño, asiste a la organización del mundo;
- 8, 30b-31: dos versículos: la Sabiduría es el vínculo entre Yavé y los hombres.

Este vínculo, que es fundamental para que el dis-

curso tenga sentido para el público al que se dirige, se muestra claramente en el paralelismo entre «en su presencia» (8, 30c) y «con los hijos del hombre» (8, 31b): lo que ella hacía ante él, lo hacía con ellos. Por lo demás, el mundo de los hombres sigue estando continuamente en su pensamiento, ya que menciona cuatro veces a la tierra y siempre en el eje de los grupos de versículos (8, 23.26.29.31).

¿Cabe explicitar más aún el alcance de estos versículos en el discurso? Como hemos dicho, la Sabiduría se dirige a todos: hasta los v. 8, 22-31 conservan ese carácter universal, aun cuando Yavé sea el personaje principal; no hay nada que lo reduzca a ser el Dios de Israel, sino que ejerce un papel cósmico que tiene por finalidad al hombre. Pero lo mismo que en el comienzo, tampoco ahora la Sabiduría formula claramente el contenido de su enseñanza; se contenta siempre con justificar la atención que exige a todos. Tras ensalzar las cualidades de su enseñanza (8,4-10) Y presentarse como un consejero real juicioso y eficaz, justo y recto para con todos (8, 12-21), presenta ahora un nuevo argumento a sus oyentes: salida de Yavé desde el principio, estaba a su lado cuando puso orden en el mundo y encuentra su gozo en esta tierra ordenada por él y habitada por la humanidad.

8, 32-36: «y AHORA...»

- 32a y ahora, hijos míos, escuchadme:
 - b dichosos los que siguen mis caminos;
- 33a escuchad mis avisos y seréis sensatos,
 - b no los rechazéis;
- 34a dichoso el hombre que me escucha,
 - b velando en mi portal cada día,
guardando las jambas de mi puerta.
- 35a Quien me alcanza, alcanza la vida
 - b y goza del favor del Señor.
- 36a Quien me pierde, se arruina a sí mismo;
 - b los que me odian, aman la muerte.

Estos últimos versículos vienen introducidos por un «y ahora», que marca un giro importante en la

estructura lógica y afectiva del discurso: tras la exposición de los motivos, se vuelve a la exhortación, a la

interpelación de los v. 4-10, a la toma de decisión.

De nuevo la Sabiduría se dirige a todos: hijos (8, 32) Y hombre (8, 34), que son probablemente palabrás-gancho con el final de 8, 31.

El tema principal de los v. 32-36 es el de la escucha: se repite tres veces (8, 32.33.34); indica la acogida y la atención de los discípulos para que asimilen la educación propuesta por el maestro. Este tema ya había aparecido en 8, 6-10.

Pero el tema de la escucha va acompañado de otro, el de la bendición, a la que se opone en contraste atenuado una especie de maldición (8, 36). Por otra parte, en los dos primeros versículos se entremezclan los dos temas:

escuchad - dichosos - escuchad - dichoso,

antes de desarrollar la bienaventuranza de los v. 34-35. En efecto, creemos que las palabras «no los rechazéis» de 8, 33b, con un solo acento, son un añadido; en todo el capítulo no aparece ninguna expresión negativa análoga.

Las bienaventuranzas sálmicas parecen más antiguas: felicitan al que confía en Yavé. Pues bien, la de Prov 8, 32ss, que parece depender de las de los salmos, traslada a la Sabiduría lo que los salmos dicen de Yavé.

En 8, 34-35, está clara la estructura de la bienaventuranza: tras la palabra «dichoso» se especifica al beneficiario: "el hombre que...", antes de formular en el v. 35 el motivo de la bienaventuranza: «porque...».

¿Cómo se describe al beneficiario de la bienaventuranza? Vela a las puertas de la Sabiduría día tras día y guarda sus jambas. No debe tratarse de un pedigüeño ni de un cortesano de la corte real; tampoco de un enamorado a las puertas de su amada, aun cuando en el v. 35 la Sabiduría tome los rasgos de la esposa (cf. Prov 18, 22). En Prov 8, 34, la imagen se inspira por lo visto en la juventud que asiste desde el amanecer (cf 8, 17) a las escuelas de la sabiduría; había que esperar a la puerta del maestro para entrar apenas abriese (cf. Ecl 6, 36).

Lo que promete la Sabiduría, el motivo por el que declara dichoso al que la escucha con asiduidad, es la vida: no la vida eterna, sino la felicidad de la que *habla* el proverbio de 18, 22. Este éxito es sinónimo de «favor de Yavé»: no es un éxito humano o un

humanismo bonito, sino un encuentro más profundo con Yavé: la Sabiduría relaciona de nuevo al hombre con Yavé.

Al contrario, el que vive en un estado de ruptura con la Sabiduría se hace daño a sí mismo. La Sabiduría ama a los que la aman (8, 17); el que la encuentra, encuentra la vida; pero el que la odia, ama la muerte (cf. 7, 27b). Antítesis semejantes se leen en Prov 1, 32-33; 2, 21-22; 3, 32-35; recuerdan también la elección fundamental entre la vida y la muerte que proponen Dt 30, 15-20 Y más tarde Ecl 15, 17.

ESCUCHAR A LA SABIDURIA

El discurso de la Sabiduría es público: se dirige a todos y debe ser escuchado por todos.

En un primer tiempo, la Sabiduría invita a escuchar con insistencia; alaba la educación que ofrece; quienes la oigan, encontrarán la rectitud, la «verdad» y la «justicia», lejos de toda mentira y de comportamientos retorcidos.

En un segundo tiempo, señala efectivamente que el orden en la sociedad jerarquizada de aquella época dependía de ella; el/a actúa al *lado* de los nobles como un consejero prudente; ese orden en las relaciones interpersonales no va sólo en ventaja de los nobles; la Sabiduría se compromete a ser también consejera de los pobres y de los débiles, promoviendo entre ellos un orden justo y recto. En otras palabras, las relaciones entre los hombres, cuando son justas y sinceras, son también obra de la Sabiduría.

En un tercer tiempo, la Sabiduría intenta probar por una especie de *fortiori* que está capacitada para realizar ese orden en el universo y asegurar su estabilidad; estaba presente junto a Dios, es decir, el orden en el mundo no es independiente de la Sabiduría. Además, asegura una especie de lazo entre Dios y los hombres. Si el orden y la estabilidad del mundo y particularmente el de la tierra no existen sin el/a, sin su presencia junto a Dios, y si el/a «tiene su deleite en tratar con los hijos de los hombres», es para que la «verdad» y la «justicia» reinen entre el/os en el orden y la estabilidad de sus relaciones.

La única condición que se formula a lo largo de todo el discurso es que escuchen, que acojan, que amen a la Sabiduría. En ella el hombre encontrará la vida.

¿Quién es la Sabiduría según Prov 8? Ante todo, una figura femenina. Primogénita de Yavé y delicia suya. Anterior al cosmos, se presenta al lado de Yavé durante su organización. Asegura entre los hombres el orden en sus relaciones. Para los seres humanos ella es «verdad». «justicia». «rectitud»; odia la mentira y el mal en general.

Por tanto, no se puede olvidar la triple relación de la Sabiduría con Dios, con el mundo y con los hombres.

¿Cuál es su enseñanza? Ya hemos dicho varias veces que la Sabiduría invita a escuchar sus lecciones (8, 10.33). ¿Cuáles? Se puede ciertamente pensar que el contenido del c. 8, especialmente lo que la Sabiduría revela de sí misma, de sus relaciones con los hombres y con Dios, es ya una enseñanza suficientemente rica para la reflexión. Sin embargo, tenemos la impresión de que las diferentes partes de Prov 8,4-10.12-21.22-31 no eran más que una serie de motivos presentados para animar a la gente a escuchar a la Sabiduría. Si es así, hay que buscar fuera de Prov 8 la enseñanza que propone la Sabiduría. Si se considera Prov 1-9 como la introducción a los proverbios de los c. 10-31, hay que creer que es allí, en esas colecciones antiguas, donde se encuentra la enseñanza que la Sabiduría invita a acoger para encontrar la vida y el favor de Yavé.

INFLUENCIA DE IAS CULTURAS AMBIENTALES

Cuando el autor de Prov 8 personifica a la Sabiduría, lo hace probablemente bajo el influjo de toda la corriente crítica que presentamos en el c. 1. Pero, ¿no habrá estado igualmente sometido a una influencia de las culturas ambientales? La mejor relación que se ha podido establecer ha sido con la Maat egipcia. Pero veremos que se trata sólo de analogías.

Según Prov 8, la Sabiduría reivindica la verdad y la justicia de sus ideas. Ella asegura el orden y la justicia en las relaciones sociales y se presenta como el perfecto consejero de los nobles. El orden cósmico no es independiente de su presencia; ella salió de Yavé y vive ante él. Promete a sus oyentes y seguidores la felicidad, la vida y el favor de Yavé.

Pues bien, Maat es hija del dios Ra en el panteón clásico egipcio. Se la representa tradicionalmente como una joven acurrucada, vestida de un largo ro-

paje y llevando en la cabeza un velo coronado por una larga pluma; tiene en la mano la cruz egipcia, símbolo de la vida. Este tipo de representación era conocido en Samaría, donde se la ha encontrado entre los famosos marfiles del palacio real del siglo IX.

En un cuadro adjunto pueden verse dos textos que muestran las relaciones de Maat con el dios Ra. Sus relaciones con los humanos se describen en varios textos:

- en el *Cuento del aldeano*, éste conjura al Faraón: «Dí Maat, haz Maat, pues ella es poderosa, es grande, es firme; cuando uno encuentra sus secretos, ella lo conduce a la felicidad... Tú, que eres la pluma y el rollo de papiro de Toth, guárdate de cometer maldad alguna. Sé el bien del bien; a ése le vendrá el bien. Ciertamente, Maat existe eternamente; baja, con el que la hace, al otro mundo»;

- los funcionarios de la V.^a dinastía hacen grabar en sus tumbas esta confesión: «Yo he dicho Maat en la tierra; yo he hecho aquí Maat; es que yo amo a Dios todos los días»;

- el futuro funcionario tendrá como regla de conducta «hacer Maat sin decir mentira»; debe «buscar y encontrar a Maat» en toda ocasión; así llegará a ser consejero real;

- por el 4200 a. C., el monarca Herkhuf confiesa: «He dicho Maat, he hecho Maat... He dado pan al hambriento, vestidos al desnudo»;

- en el *Libro de los muertos* se lee: «Yo vivo de Maat, me he reconciliado con Dios porque él ama a [Maat]. He dado pan al hambriento, agua al sediento, vestidos al desnudo»;

- por el 2540, el rey Onnas comparece ante el tribunal de la doble Justicia; sale «justificado por sus acciones, pues lleva con él a Maat»;

- por el 1500, la reina Hashepsut, hablando del dios Ra, exclama: «He engrandecido a su amada Maat, pues sé que él vive de ella; ella es mi pan y yo bebo su rocío».

¿Cómo no percibir una relación entre estos textos y Prov 8? Hija del dios Ra, vive del dios Ra, a su lado y llenándolo de dicha. Es verdad y justicia; asegura el orden en el cosmos y en la sociedad. Se opone a la maldad y vela por los necesitados. Su papel ante los

responsables de la sociedad es abrirlos a esta dimensión de justicia. Finalmente, acompaña a sus fieles, de los que es alimento y bebida (cf. Prov 9, 1-6) hasta la vida bienaventurada del más allá.

Sin embargo, Prov 8 presenta a la Sabiduría con algunos toques diferentes. La Sabiduría es primogénita de Yavé, pero no es ni mucho menos una divinidad; sirve de intermediario divino entre Yavé y los seres humanos. La Sabiduría depende totalmente de

Yavé, mientras que según los textos egipcios Maat se impone al dios Ra, que parece depender de ella. Finalmente, el discurso de la Sabiduría en Prov 8 ^{1:10} tiene paralelo con Maat, de la que no se conoce ningún discurso.

Estas observaciones llevan a reconocer una influencia posible de la figura de Maat en la de la Sabiduría, pero debe tratarse de una influencia sometida a una purificación radical.

¡Oh Ra (= Sol), Señor de Maat!
¡Oh Ra, que vives de Maat!
¡Oh Ra, que te alegras de Maat!
¡Oh Ra, que amas a Maat!
¡Oh Ra, que te unes a Maat!
¡Oh Ra, que obras por Maat!
¡Oh Ra, que duras por Maat!
¡Oh Ra, que te regocijas con Maat!
¡Oh Ra, cuya prosperidad se debe a Maat!...

Oración rezada por el rey-sacerdote al hacer la ofrenda de Maat al dios Amón-Ra (1150-850 a. C.):

«...Maat ha venido para estar contigo; Maat está en todo lugar que es tuyo, para que tú descanses en ella... Tú has dado aliento a toda nariz para vivificar cuanto fue creado con tus dos brazos; tú eres el dios que creó con sus dos brazos; excepto tú, nadie estaba allí (para crear) contigo. ¡Salud a ti! Robustécete en Maat, autor de cuanto existe, creador de cuanto es. Tú eres el

dios bueno, el amado; tu descanso es cuando los dioses te hacen la ofrenda (Mâ). Tú subes con Maat, tú vives de Maat, tú juntas tus miembros con Maat; tú haces que Maat descansa en tu cabeza, que tome su asiento en tu frente. A la vista de tu hija Maat rejuveneces y vives con el perfume de su rocío; Maat se pone como amuleto en torno a tu cuello y se posa en tu pecho; los dioses te pagan su tributo con Maat (lit.: trabajan para ti en sus obras con Maat), porque conocen su sabiduría... Tú te alegras y rejuveneces a su vista... Maat te lleva con sus dos brazos en tu rostro, para que tu corazón se embellezca con ella....El corazón de Amón-Ra vive cuando Maat se levanta ante él: tu hija Maat está ante tu barca Sakti; es ella la única que está en tu alcoba; tú existes porque Maat existe y Maat existe por ti; ella penetra en tu cabeza, se manifiesta en tu presencia por toda la eternidad. Se te hace (la ofrenda de) Maat para que tu corazón esté en paz, para que tu corazón viva de ella, para que tu alma viva, Amón Ra...»

(A. Moret, *Rituel du culte divin en Egypte*: Ann. du Musée Guimet 14 [1902] 140ss.).

PROVERBIOS 9, 1-6

- 1 La Sabiduría se ha edificado una casa,
ha labrado siete columnas,
- 2 ha preparado un banquete, mezclado el vino
y puesto la mesa,
- 3 ha despachado a sus criadas para que lo anuncien
en los puntos que dominan la ciudad.
- 4 «Los inexpertos, que vengan aquí;
quiero hablar a los faltos de juicio:
- 5 Venid a comer de mi pan
y a beber el vino que he mezclado;
- 6 dejad la inexperiencia y viviréis,
seguid el camino de la prudencia».

La larga introducción del libro de los Proverbios (Prov 1-9) acaba con una última presentación de la Sabiduría y un nuevo discurso de la misma. El autor presenta en un paralelismo a la dama Locura que también pronuncia un discurso (Prov 9, 13-18). Sin embargo, los dos cuadros están separados por algunos versículos (Prov 9, 7-12) de origen oscuro.

LA CASA DE LA SABIDURIA

De nuevo se personifica a la Sabiduría en 9, 1-6. Se la presenta como un ama de casa animosa y emprendedora: ella ha construido la casa y labrado siete columnas. Esta última expresión, que es famosa, resulta sin embargo oscura: ¿se trata de columnas interiores que soportan las vigas del techo? Parece ser que así eran las casas cananeas. ¿No representarían más bien las siete colecciones reconocidas del libro de los Proverbios, dejando aparte la introducción (1-9) y la conclusión (31, 10-31)? He aquí la lista de estas colecciones:

primera colección de Salomón (10, 1-22, 16).
primera colección de los sabios (22, 17-24, 22).
segunda colección de los sabios (24, 23-34).
segunda colección de Salomón (25, 1-29, 27).
palabras de Agur (30, 1-14).
proverbios numéricos (30, 15-33).
palabras de Lemuel (31, 1-9).

Si esta hipótesis fuera exacta, la casa de la Sabiduría sería el conjunto de las colecciones reunidas finalmente en el libro de los Proverbios. Prov 1-9 les serviría de introducción y Prov 9, 6 concluiría perfectamente esta introducción anunciando lo que va a seguir.

EL BANQUETE DE LA SABIDURIA

Por otra parte, la edificación de una casa y la preparación de un banquete pueden tener un sentido concreto. Es verdad que el banquete parece ofrecido para inaugurar la casa recién terminada. Y ese ban-

quete se ofrece no exclusivamente a los habitantes de la casa, sino a otras personas. Es éste un tema importante para la comprensión de Prov 9, 1-6.

En la leyenda ugarítica de Baal se lee que, cuando se acabó el palacio de Dios, Baal ofreció un banquete a los dioses y diosas (cf. cuadro adjunto).

El muy poderoso Ba' al se regocija:
«Tú has construido mi morada de plata,
tú has hecho mi palacio de oro».
(Ba') al cuida de su casa,
Haddon ha hecho el (arreglo) de su palacio.
Inmola bueyes junto con corderos,
derriba toros y los más grandes carneros,
novillos erales, ovejas
y rebaños enteros de cabras.
Llama a sus hermanos a su morada,
a sus iguales en medio de su palacio.
Llama a los setenta hijos de Athirat.
Ofrece a los dioses carneros
Ofrece a las diosas *ovejas*.
Ofrece a los dioses bueyes.
Ofrece a las diosas vacas.
Ofrece a los dioses tronos.
Ofrece a las diosas sitiales.
Ofrece a los dioses jarras de vino.
Ofrece a las diosas toneles (de vino),
de manera que los dioses comen y beben.

(*Le Palais de Ba'al A*, AB VI, 36-55 (trad. por A. Caquet, M. Sznycer, A. Herdner, en *Textes ougaritiques*, I. Paris 1974, 213-214).

Conocemos una inauguración del mismo tipo en los anales reales. Cuando Ashurnasirpal II inauguró su nueva capital, Calah, ofreció un banquete en su nuevo palacio:

"Cuando Ashurnasirpal, rey de Asiria, inauguró el palacio de Calah, un palacio de felicidad, construido con gran ingenio, invitó a Ashur, el gran Señor, y a

todos los dioses del país; preparó un banquete... (sigue un copioso menú: carne, pan, cerveza y vino, frutos y postres). Cuando inauguró el palacio de Calah, obsequió durante diez días con alimento y bebida a 47.074 personas, hombres y mujeres, que fueron invitados de todos los rincones de mi país, y a 5.000 personas delegadas (de doce países vecinos)) (Trad. de J. B. Pritchard, *The Ancient Near East*, Suppl. Princeton 1969, 560).

La tradición bíblica conoce también esos palacios nuevos que marcan la instalación de un rey nuevo y denotan su poder. Así ocurrió con David: "Jirán, rey de Tiro, mandó una embajada a David con madera de cedro, carpinteros y canteros para construirle un palacio. Así comprendió David que el Señor lo establecía como rey de Israel y que engrandecía su reino por amor a su pueblo, Israel» (2 Sam 5, 11-12; cf. también Jer 22, 13-15).

Comentando precisamente Prov 9, 1-6, la tradición judía antigua explicaba: «Un rey construyó un palacio y para inaugurararlo dio un banquete; invitó luego a sus huéspedes» (*Tosefta, Sanhedrin* 8, 9).

A la luz de todos estos textos, la Sabiduría de Prov 9, 1-6 adquiere una dimensión real, que recuerda en parte a Prov 8, 12-21. Pero la originalidad de Prov 9, 1-6 está siempre en la línea de Prov 8, o sea, reside en el hecho de que la Sabiduría, que ha enviado a sus sirvientes (el texto puede ser conservado tal como está: cf. Jdt 8, 10), llama, no a los notables y a los ricos, sino más bien a todos los que pueden ganar en contacto con ella.

EL ALIMENTO DE LA SABIDURIA

A todos éstos les ofrece un banquete cuyo menú se indica de manera muy general: habrá comida y bebida. El alimento, según 9, 2, será carne, y, según 9, 5, será pan. Pero muy probablemente habrá que entender por pan todo tipo de alimento, incluida la carne. Se beberá vino. Una vez más, no hay que exagerar demasiado el sentido de las palabras (cf. Jue 19, 19; Neh 5, 15; Lam 2, 12).

De todos modos, esas palabras no son más que figuras; el v. 9, 6 eleva claramente el tono prometiendo a los invitados que vengan la vida y la prudencia. La Sabiduría promete la vida a sus fieles; esa misma afirmación se leía en Prov 8, 35. Que la ense-

ñanza de la Sabiduría es alimento se nos indica también en dos textos de los Proverbios:

Labios honrados apacientan a muchos
(Prov 10, 21).

*Hijo mio, come miel, que es buena;
el panal es dulce al paladar:
lo mismo la sensatez y el saber para tu deseo*
(Prov 24, 13-14).

La Sabiduría ofrecería como alimento su enseñanza, la que se encuentra reunida en la colección de los Proverbios. Que el lector acuda a este banquete de las siete colecciones de proverbios y que encuentre allí su alimento: su vida rebosará.

Este tema del alimento se utiliza en otros lugares del Antiguo Testamento.

«El hombre no vive sólo de pan, sino de todo lo que sale de la boca de Dios»
(Dt 8,3).

*«Mirad que llegan días -oráculo del Señor-
en que enviaré hambre al país:
no hambre de pan, ni sed de agua,
sino de oír la palabra del Señor»*
(Am 8, 11).

Del mismo modo, el profeta del destierro, el Déuteroprofeta Isaías, que anuncia el retorno y la reconstrucción de Jerusalén, invita a sus oyentes a acoger con confianza su mensaje de salvación:

*Oid, sedientos todos, acudid por agua,
también los que no tenéis dinero:
venid, comprad trigo, comed sin pagar;
vino y leche de balde.*
*¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta?
¿y el salario en lo que no da hartura?*
*Escuchadme atentos, y comeréis bien,
saborearéis platos sustanciosos.*
*Prestad oído, venid a mí:
escuchadme y viviréis*
(Is 55, 1-3).

Estos textos, que encontrarán eco más tarde en la corriente sapiencial, hacen pensar que la Sabiduría salida de Yavé (Prov 8, 22) asume todo el patrimonio sapiencial de Israel. Este no es simplemente un bien cultural, producido solamente por los sabios; es también obra de la Sabiduría. ¿Cómo expresar de otro modo que la colección de los Proverbios es revelación auténtica del Señor a su pueblo?

SIRACIDA 24

En el centro de la colección sapiencial redactada por Sen Sira, el Eclesiástico, se encuentra un nuevo discurso de la Sabiduría. Escrito en hebreo, por el año 200 a. C., este texto sólo ha llegado hasta nosotros en su traducción. Generalmente se cita la versión griega. Pero ésta se presenta bajo dos formas: una, breve, con más probabilidades de reproducir el original hebreo de Sen Sira; la otra, más larga con algunos añadidos, representa una etapa ulterior de la lectura de este libro en la comunidad judía e incluso, más tarde, en la iglesia primitiva. (La doble transmi-

sión del texto está en el origen de la doble numeración de los versículos).

Sirácida 24 se compone de una breve introducción al discurso de la Sabiduría (v. 1-2). La Sabiduría toma a continuación la palabra (v. 3-22). Viene luego una interpretación, hecha por el propio Sirácida, del discurso (v. 23-29), mientras que los últimos versículos (30-34) describen el papel que Sen Sira se ha asignado. En este cuaderno nos dedicaremos sobre todo al estudio del discurso de la Sabiduría, a su introducción y a la interpretación que hace el Eclesiástico.

- 1 La Sabiduría se alaba a sí misma,
se gloria en medio de su pueblo,
- 2 abre la boca en la asamblea del Altísimo
y se gloria delante de su Poder.

Mientras que en Prov 8, 1-3 la Sabiduría se dirige a toda la gente de la ciudad, según Sen Sira toma la palabra en el templo, durante una asamblea litúrgica en la que se reúne la comunidad de los fieles. El templo es la morada del Señor en la tierra. El Poder no es sino otro nombre para designar al Señor (cf. Mt 26,64) en cuanto que interviene en la vida del pueblo. El discurso de la Sabiduría subrayará la importancia de esta intervención y el papel del culto en la comprensión que Sen Sira se hace de la Sabiduría.

Esta introducción subraya además que la Sabiduría hablará esencialmente de sí misma y de las buenas acciones que ha realizado en favor de aquellos a los

que se va a dirigir, es decir, de toda la comunidad de los creyentes.

UN MENSAJE PLENO

Su discurso contiene, en la recensión breve, veintidós versículos; este número corresponde al de las letras del alfabeto hebreo. La biblia conserva algunos poemas «alfabéticos» en los que, a la cabeza de cada versículo o de cada estrofa, se pone una palabra que comienza con la letra del alfabeto que corresponde al lugar del versículo (1 : a; 2 : b; etc.). Los ejemplos más conocidos son las cinco *Lamentaciones*, los salmos 9-10; 25; 37; 111; 112; 119; 145. El libro de Sen

Sira termina con un poema de la misma hechura (51, 13-30). Los salmos 33 y 103 se componen simplemente de 22 versículos, sin que aparezca el orden de las letras en la cabecera de los mismos. Igual ocurre probablemente en Prov 2. Este procedimiento literario simplificado es, al parecer, el que adoptó el Eclesiástico para el discurso de la Sabiduría.

El procedimiento alfabético intenta presentar una

totalidad. Puesto que toda escritura está de suyo incluida en el alfabeto, su utilización revela la preocupación de expresar un mensaje pleno, más aún que el deseo de facilitar su memorización. Lo que va a decir la Sabiduría forma un todo en el que se expresa plenamente su mensaje, su acción, su ser.

Sin embargo, es posible dividir este discurso en algunas partes: v. 3-8.9.10-17.19-22.

24,3-8: IMPLANTACION DE LA SABIDURIA

- 3 Yo salí de la boca del Altísimo
y como niebla cubrí la tierra;
4 asenté mi tienda en las alturas
y mi trono sobre columna de nubes;
5 yo sola recorrí el arco del cielo
y paseé por lo hondura del abismo;
6 y regí las olas del mar y los continentes
y todos los pueblos y naciones.
7 Por todas partes busqué descanso
y una heredad donde habitar.
a Entonces el creador del universo me ordenó,
el creador estableció mi tienda
y me dijo: «Fija tu tienda en Jacob,
recibe en Israel tu heredad».

Estos versículos están todos centrados en la Sabiduría y en su origen. Forman una pequeña unidad en donde se cuenta la historia primitiva de la Sabiduría según un esquema espacial, que va del cielo a la tierra de Israel. En las dos extremidades del pasaje interviene Dios, o más exactamente su boca, sin que lo detenga el universo entero recorrido y dominado por la Sabiduría.

La Sabiduría sale de la boca de Dios, como Palabra suya (cf. Gén 1 y Sab 9, 1). Pero Ben Sira no atribuye un papel creador a la Sabiduría (cf. v. 8-9). Todo lo más le reconoce una actividad fecundante. Se compara con la niebla tan rica para una tierra reseca por el sol:

*El destilar del rocío lo cura todo
y fecunda enseguida la tierra reseca*

(Eclo 43, 22).

y comentando Gén 2, 6, escribe el Tárgum palestino:

*Una nube de gloria descendió del trono de gloria,
se llenó del agua del océano,
luego subió de la tierra e hizo caer la lluvia
y roció toda la superficie del suelo.*

Así es como se explicaba el origen de la lluvia. Ben Sira pudo inspirarse en estas ideas para dar a la Sabiduría un papel activo en la fertilización del universo. Al obrar así, habría ido más allá de lo que afirmaba Prov 8 y en particular 8, 27-30 a.

Por otra parte, al cubrir la tierra, la Sabiduría indica que ella la domina irresistiblemente; su dominio es absoluto, como el del ejército de Gag según Ez 38, 9, pero no para destruirla.

Es verdad que la Sabiduría permanece aún en las

alturas del cielo, donde está su trono, como el mismo Señor sobre la columna de nube durante el Exodo. Pero desde arriba domina el universo. Para expresar esta idea, el autor recurre al esquema de las dos dimensiones, horizontal y vertical: el cielo y el abismo, los dos extremos de la vertical en la representación bíblica del cosmos; luego el mar y la tierra, los dos elementos horizontales del mundo. Pero el autor indica que él entiende por tierra, no solamente el reino infrahumano, sino todos los pueblos y todas las razas. Tal es el dominio universal de la Sabiduría, que ella recorre lo mismo que un propietario visitando

sus tierras. Sin embargo, ella va buscando en dónde asentar su morada.

y entonces recibe de su creador la orden de plantar su tienda en Israel.

Este gran fresco cósmico desemboca así en un punto concreto, en Israel, que corresponde en la tierra de algún modo al asentamiento en el cielo. Entretanto todò se ha realizado mediante un vasto movimiento descendente que ha encontrado su punto de concentración gracias a la voluntad de Dios, del que ha salido la Sabiduría.

24, 9-17: EL CRECIMIENTO DE LA SABIDURIA

El v. 9 parece tener la función de quicio:

**9 Desde el principio, antes de los siglos me creó,
y no cesaré jamás.**

Este versículo marca un corte, simplemente porque introduce la noción del tiempo, mientras que hasta el v. 8 se hablaba sólo de espacio. El primer estico completa en el aspecto temporal lo que se había dicho en el v. 3 en el plano espacial: el origen de la Sabiduría se remonta hasta los orígenes mismos del tiempo. Pero el segundo estico, que forma con el primero una «expresión polar» (que designa una tota-

lidad por los extremos), señala el futuro: para la Sabiduría tampoco habrá término. Cabe entonces preguntarse si el autor no intentará traducir en un esquema espacial esa apertura total de la Sabiduría sobre el tiempo. Debería esperarse entonces una expansión espacial, después de la concentración que se observaba en los v. 3-8.

- 10 En la santa tienda, en su presencia ofrecí culto,
y en Sión me establecí;**
**11 en la ciudad escogida me hizo descansar,
en Jerusalén reside mi poder.**
**12 Eché raíces entre un pueblo glorioso,
en la porción del Señor se encuentra mi heredad.**
**13 Crecí como cedro del Líbano
y como ciprés del monte Hermón;**
**14 crecí como palmera de Engadí
y como rosal de Jericó;
como olivo magnífico en la pradera,
crecí como el plátano.**

- 15 **Perfumé como cinamomo y espliego
y dí aroma como mirra exquisita;
como incienso y ámbar y bálsamo,
como perfume de incienso en la tienda.**
- 16 **Como terebinto .extendí mis raíces,
un ramaje bello y frondoso;**
- 17 **como vid hermosa retoñé:
mis flores y frutos son bellos y abundantes.**

De hecho, los v. 10-12 atraen ya la atención sobre la expansión geográfica de la Sabiduría. Agrupando dos esticos paralelos, designan el lugar de residencia de la Sabiduría, mediante una progresión que podría llamarse centrífuga. En el v. 10 se habla de la tienda (el Templo), a la que el autor llama también Sión; en el v. 11 se menciona a la ciudad de Jerusalén; en el v. 12 el autor habla del pueblo, entendiéndose que alude a todo el pueblo de Israel. Los versículos siguientes lo dejarán suponer igualmente, de nuevo según una visión geográfica.

Los v. 13-14 forman una pequeña unidad. La triple repetición del mismo verbo «crecí» subraya el crecimiento de la Sabiduría hasta alcanzar una talla impresionante. Pero cada uno de los seis esticos contiene una comparación con un árbol distinguido por su prestancia y hermosura, o simplemente con un arbusto, el rosal, encantador en todos sus aspectos. En cuanto a los lugares mencionados, todos están en la periferia de la Tierra santa; no se señala ningún lugar del centro del país. Después de los límites septentrionales (el Líbano y el Hermón), el autor pasa al este (Engadí, en el mar Muerto, y Jericó), y luego al oeste (la llanura que bordea el Mediterráneo). En una palabra, la Sabiduría ha crecido en todo el territorio de Israel.

El v. 15 vuelve a centrarse en el Templo. El autor compara a la Sabiduría con el óleo de la unción sagrada y luego con el incienso. Para ello se inspira en la descripción que hace el libro del Ex 30, 23; 30, 34. El crisma se empleaba en la consagración del templo, del arca, del mobiliario sagrado, y hasta de los sacerdotes. El incienso era de una composición reservada exclusivamente al culto de Yavé en el templo. Así, pues, el texto de Sen Sira alude claramente al papel litúrgico de la Sabiduría, evocado ya en la

introducción del discurso (v. 1-2) y en el v. 10. Pero ¿qué sentido tiene esta comparación de la Sabiduría con el óleo santo y con el incienso? El óleo consagra a Dios; yeso es lo que realiza la Sabiduría. Según 1 Jn 2, 20 (y 27), la revelación puede compararse con la unción:

A vosotros el Consagrado os confirió una unción y todos tenéis ya conocimiento.

La Sabiduría sería entonces la Revelación de Dios a su pueblo (cf. v. 23). Porque para Juan la unción es la Palabra de Dios recibida de Cristo y que penetra en el hombre por la acción del Espíritu. En cuanto al incienso, subía del altar de los perfumes situado en el santuario. Pero el salmo 141, 2 había visto ya en el incienso el símbolo de la oración:

Aquí está mi oración, como incienso en tu presencia.

(Cf. también Ap 8, 4). Sen Sira conoce esta simbólica cuando escribe en 39, 14:

*Perfumad como incienso...
alza la voz en canto de alabanza,
benedicid al Señor y sus obras.*

Así es como la Sabiduría se presenta como la que hace subir al Señor la oración y los salmos de su pueblo.

Sin embargo, se puede preguntar si Sen Sira no querrá subrayar sencillamente el encanto y los atractivos del culto, centro de la vida religiosa de todo Israel. Los términos litúrgicos propios del crisma y del incienso se utilizan en otros lugares para indicar el encanto femenino, el de la esposa del Cantar (4, 14) Y hasta el de la mujer de mala vida (Prov 7, 17). (Cf. también Prov 27, 9).

Sea lo que fuere, el v. 15 del discurso de la Sabiduría rompe realmente el ritmo de los versículos an-

teriores que subrayaban la expansión de la Sabiduría por toda la Tierra santa. ¿No será ésta en realidad el santuario del Señor? Esta interpretación parece preferible y puede apoyarse en algunos textos como Ex 15, 13-17; Sal 78, 54; 114, 2. En efecto, los versículos siguientes del discurso de la Sabiduría parecen utilizar símbolos de Israel más bien que del templo.

Los v. 16-17 comparan de hecho a la Sabiduría con el terebinto y con la vid. El terebinto es un árbol característico de los lugares sagrados (cf. Gén 35, 4; Jos 17, 9; 24,26), entre los que hay que incluir a los altos lugares consagrados a los dioses paganos. Is 1, 30 había profetizado duramente contra esos altos lugares, en donde los terebintos deleitaban al pueblo: vosotros seréis como un terebinto de follaje marchito. En el relato de la vocación de Isaías, en el v. 13 (que la crítica considera generalmente como un añadido, pero ciertamente anterior al Sirácida), el terebinto simboliza al reino de Judá: destinado a ser talado, quedará sólo un tocón, pero de allí brotará una semilla santa. Pues bien, la comunidad post-exílica de los

fieles, según Esdras 9, 2, se considera como esa semilla santa del terebinto. En cuanto a la vid, el conjunto de textos (principalmente Is 5, 1-7, pero también Is 27, 2-6; Ez 17, 8) la presenta como imagen de Judá, destinada también a la destrucción. Pero mientras que el pueblo de Juda está simbolizado en un terebinto marchito, la Sabiduría del Eclo 24, 16 se presenta como un terebinto de ramas maravillosas; y mientras que la vid que representa a Judá no da más que agraces (cf. también Jer 2,21), la vid que simboliza a la Sabiduría en Eclo 24,17 da frutos deliciosos. Recordemos también el Salmo 80, 9-12 que identifica al pueblo de Yavé con una vid que se extiende a todo el país, desde el mar hasta el río.

Así, pues, en Eclo 24, 16-17 los beneficios de la Sabiduría se extienden a toda la Tierra santa y a todos sus habitantes. Estos beneficios son bellos y abundantes, como los dones que hace Yavé a los que frecuentan su templo (Sal 84, 11); son la gloria y la riqueza que también prometía la Sabiduría en Prov 8, 18.

24, 19-22: EL BANQUETE DE LA SABIDURIA

- 19 Venid a mí los que me amáis,
y saciaos de mis frutos;
20 mi recuerdo es más dulce que la miel,
y mi herencia mejor que los panales.
21 El que me come tendrá más hambre,
el que me bebe tendrá más sed;
22 el que me escucha no fracasará,
el que me pone en práctica no pecará.

Los v. 19-22, que concluyen el discurso de la Sabiduría, son los únicos en que ella se dirige directamente a sus oyentes. Como en Prov 8, después de haber descrito en plan de argumento lo que ella es y lo que realiza, la Sabiduría invita a sus oyentes a acercarse a ella y a participar del banquete que les ofrece.

Como en Prov 9, 1-6, ese banquete señala la ins-

tauración de su poder. Aquí no es sólo una casa lo que se ha construido; su dominio se ha ido extendiendo poco a poco por toda la Tierra santa, que se presenta como el templo en que la Sabiduría ejerce su ministerio. Ama de casa de todo este inmenso territorio, invita a celebrar su dominio a todos sus súbditos.

Es verdad que podría verse en estos v. 19-22 una

alusión a aquella «tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel» (Ex 3, 8) hacia la que el Señor quería conducir a su pueblo.

*Israel habita tranquilo
y apartado vive Jacob,
en tierra de grano y de mosto
bajo un cielo que destila rocío*

(Dt 33, 28).

*Los alimentó con las cosechas de sus campos;
los crió con miel silvestre,
con aceite de rocas y de pedernal;
con requesón de vaca y leche de ovejas,
con grasa de corderos y carneros,
ganado de Basán y cabritos;
con la flor de la harina de trigo,
y, por bebida, con la sangre fermentada de la uva*

(Dt 32, 13-14).

Estas bendiciones no podrían proseguir más que con la condición de que el pueblo fuera fiel a su Dios.

Una posible segunda lectura de Eclo 24, 19-22 tendría en cuenta el marco litúrgico de todo el discurso de la Sabiduría. El banquete que *ofrece*, ¿no serían esos sacrificios de comunión en los que, como

antes en el Sinaí (Ex 24, 11), se comía y se bebía en presencia del Señor? Cuando David llevó el arca de la alianza a Jerusalén, se renovaron aquellos sacrificios de comunión y aquel banquete (2 Sam 6, 17-19). Esos mismos sacrificios son los que evoca el Sal 23, 5-6 a propósito de la vuelta del destierro:

*Me preparas una mesa
frente a los enemigos,
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.*

Estas dos lecturas tienen probablemente algún fundamento. Pero lo que impide darles todo este peso es que, según el v. 21, la Sabiduría se da a sí misma en alimento:

*El que me come .
el que me bebe .*

y comer y beber la Sabiduría es escucharla, someterse a su palabra y realizar por ella lo que exige. En esa misma línea dirá Jesús: «*Para mí es alimento cumplir el designio del que me envió*» (Jn 4, 34); ya el Deuteronomio indicaba que «*el hombre no vive sólo de pan, sino de todo lo que sale de la boca de Dios*» (8, 3).

LA SABIDURIA, PRESENCIA DE DIOS QUE HAY QUE ACOGER

¿No será la Sabiduría la figura de la revelación misma de Dios a su pueblo, esa revelación que él lleva a cabo en hechos y en palabras (cf. Vaticano II, *Dei Verbum*, 2)?

La respuesta a esta pregunta ha de ser afirmativa, si creemos en la interpretación que el mismo Ben Sira da del discurso de la Sabiduría:

*Todo esto es el libro de la alianza del Altísimo,
la ley que nos dio Moisés
como herencia para la comunidad de Jacob*

(Eclo 24, 23).

Citando a Dt 33, 4, Ben Sira ofrece el principio de lectura que aplicar a todo el discurso de la Sabiduría. y si se observa que la palabra *ley* no designa sólo los

códigos legislativos del Pentateuco, sino la revelación de Yavé a su pueblo por la historia de la salvación y por los preceptos que invita al pueblo a que observe en compensación para sellar y vivir en verdad la alianza, entonces se descubre que el discurso de la Sabiduría no es más que un resumen simbólico de la revelación.

Esta, que viene de Dios, sólo se concedió a Israel (cf. Bar 3, 32-4, 1, citado en la p. 9). Allí es donde ella creció, a partir del templo de Jerusalén, el lugar de la Presencia de Dios en medio de su pueblo, hasta llenar todo el país. Los fieles son invitados a alimentarse de ella.

y nunca quedarán saciados. El que ha probado el sabor de la revelación no sentirá la tentación de

buscar en otra parte su alimento. En la época del Sirácida, sus contemporáneos estaban descubriendo la cultura griega y era grande la tentación de considerar Que el patrimonio religioso y espiritual de Israel era muy inferior al de los griegos. Sin embargo, afirma el Sirácida, la herencia de Jacob, para el que se alimenta de ella, no tiene por qué avergonzar a nadie. Guardarle fidelidad es permanecer en la alianza, el bien propio del pueblo de Israel.

Al insistir durante todo el discurso en la tienda y

en el templo, el Sirácida intenta probablemente subrayar que la Sabiduría, que ha venido a morar en Jacob, no es sino la Presencia de Dios en medio de su pueblo. Presencia manifestada en la historia de la salvación. Presencia actualizada en el santuario pero ampliada a todo el pueblo. Presencia finalmente que se nos ofrece a cada uno de nosotros como un alimento que hay que saborear y hacer nuestro cada día en la docilidad. En eso consiste el culto auténtico.

EL ELOGIO DE LA SABIDURIA: SAB 7-9

El último texto importante del Antiguo Testamento que nos ocupa está en el corazón del libro de la Sabiduría. Escrito bajo el reinado del emperador Augusto, o quizás algo más tarde, a comienzos de la era cristiana, este libro se presenta como un elogio de la Sabiduría. Este elogio está construido según el género literario propiamente griego del *encomium* (palabra latina derivada del griego, que significa precisamente elogio).

LA CONSTRUCCION DE Sab 7-9

Según los principios del arte oratorio de los griegos y latinos. de Aristóteles, de Cicerón o de Quintiliana, el *encomium* empieza con un exordio que sitúa rápidamente el tema, se enfrenta con los posibles adversarios de aquello que se intenta alabar y se les concede incluso la palabra, pero oponiéndoles situaciones paradójicas que no se pueden comprender a no ser aceptando lo que se pretende alabar. Esta introducción a modo de prelude se lee en el libro de la Sabiduría 1 1-6. 21.

Según las mismas autoridades del arte oratorio, el elogio propiamente dicho tiene que tratar del origen, de la naturaleza y de las obras de aquello cuya importancia se desea exaltar. Esta es precisamente la intención del autor del libro de la Sabiduría cuando, una vez terminado el exordio. escribe como anuncio del tema:

*Os voy a explicar lo que es la Sabiduría y cuál es su origen.
sin ocultaros ningún secreto;
me vaya remontar al comienzo de la creación,
dándola a conocer claramente, sin pasar por alto la verdad*

(Sab 6, 22).

El autor se apoyará en su desarrollo en la historia de Salomón, tal como aparece en 1 Re 3ss y 2 Crón 1ss, y especialmente en el episodio de Gabaón, aquel

santuario en la cima de una montaña al norte de Jerusalén, adonde una noche al comienzo de su reinado acudió el joven monarca a pedir al Señor la

A: 7, 1-6: Salomón es un hombre como los demás (nadie es sabio de nacimiento).

B: 7, 7-12: Salomón prefirió la Sabiduría a todos los bienes reales y pidió a Dios esa Sabiduría que es la madre de todos esos bienes.

C: 7, 13-22a: De hecho, Dios concedió a Salomón todos los bienes de la cultura: su artífice es la Sabiduría.

D: 7, 22b-S, 1: Elogio de la Sabiduría:

- su naturaleza: 21 atributos;
- su origen: en Dios;
- su obra: gobierna el mundo, hace santos, amigos de Dios.

c': 8, 2-9: Salomón decide desposarse con la Sabiduría, que sobrepuja a todos los bienes de la cultura \ a todas las virtudes; ella es la madre de todos estos bienes.

B': 8, 10-16: Con la Sabiduría como esposa, Salomón se mostrará como un gran rey.

A': 8, 17-21: Salomón decide pedir a Dios la Sabiduría:

ORACION: 9, 1-18:

- vocación \ debilidad del hombre (9, 1-6);
- misión de Salomón (9, 7-12)
- debilidad \ salvación del hombre (9, 13-18).

sabiduría y la inteligencia para gobernar a su pueblo (cf. 1 Re 3, 4-15).

La construcción de los c. 7-9 está muy cuidada. Obsérvese en particular el carácter concéntrico (A - B - C - O - C' - B' - A') de los c. 7-8, mientras que la oración del c. 9 sirve de coronamiento a todo (cf. cuadro de la página anterior).

EL ORIGEN DE LA SABIDURIA EN EL HOMBRE

Así, el autor consagra los v. 7, 22-8, 1 a la descripción de la naturaleza de la Sabiduría, de su origen en Dios y de sus obras principales. En torno a esta perícopa central, el autor explica cómo se hizo sabio Salomón, es decir, cuál fue el origen de la sabiduría de Salomón o cuál fue en él el origen de la Sabiduría. Sobre este último punto, la idea fundamental del autor es que la Sabiduría sólo puede obtenerla el hombre por medio de la oración. Por eso el elogio de la Sabiduría culmina en una plegaria en la que se la pide insistentemente a Dios.

Recojamos los datos del autor sobre el origen de la Sabiduría en el hombre. Los encontramos en 7, 1-21 Y 8, 2-21.

Para nuestro autor, por su nacimiento el sabio no se distingue de los demás seres humanos, ya que

idéntica es la entrada de todos en la vida e igual es la salida

(Sab 7, 6).

Lo esencial para adquirir esta Sabiduría es pedir-sela a Dios en la oración. Pero para llegar a ello, hay que preferirla a todo lo demás. Por cuatro veces el autor insiste en esta superioridad de la Sabiduría para el sabio: supera a todos los dones propiamente reales, la riqueza, la gloria y el poder (7, 8-10; 8, 10-15); supera a todos los bienes de la cultura que caracterizaban al ejemplo de los sabios, Salomón (7, 17-20) e incluso a todas las virtudes (8, 7). En una palabra, la Sabiduría debe anteponerse a todo lo demás.

Por otra parte, esta preferencia de la Sabiduría es para el sabio un auténtico amor. El desea apasionadamente a la Sabiduría y ansía tenerla por esposa. Cuando se sabe que el autor de la Sabiduría no alaba ni la descendencia numerosa ni el matrimonio o la vida conyugal feliz, sino que declara dichosa la vida de la mujer estéril virtuosa y la del eunuco honrado (3, 13-14), hay motivos para preguntarse si tras el amor a

la Sabiduría no se encuentra ya la afirmación implícita del valor de la castidad. Paul Beauchamp ha respondido con razón de manera afirmativa a la cuestión: «¿desposarse con la Sabiduría - o no desposarse más que con ella?». En todo caso, el autor dice muy claramente que el sabio desea desposarse con la Sabiduría:

*La quise y la rondé desde muchacho
y la pretendí como esposa, enamorado de su hermosura...*

*Por eso decidí unir nuestras vidas,
seguro de que sería mi consejera en la dicha,
mi alivio en la pesadumbre y la tristeza...*

*Al volver a casa, descansaré a su lado,
pues su trato no desazona,
su intimidad no deprime,
sino que regocija y alegra...*

(8, 2.9.16).

Finalmente, la gran oración del c. 9, anunciada por dos veces (7, 7 Y 8, 21), señala la cima: el origen de la Sabiduría en Salomón es el fruto de una ardiente plegaria dirigida al Señor. Más tarde volveremos sobre esta oración.

LA NATURALEZA Y EL ORIGEN DE LA SABIDURIA

En cuanto a la Sabiduría misma, se nos presenta especialmente en 7, 22-8, 1. Se explica su naturaleza con una serie de veintinueve adjetivos, que subrayan su perfección; pero sobre todo la Sabiduría está vinculada al Espíritu:

*En efecto, es un espíritu inteligente,
santo, único, múltiple, sutil,
móvil, penetrante, imaculado,
lúcido, invulnerable, bondadoso, agudo,
incoercible, benéfico, amigo del hombre,
firme, seguro, sereno, todopoderoso,
todo vigilante,
que penetra todos los espíritus inteligentes, puros,
sutilísimos.*

El autor parece buscar los términos que definen a ese espíritu (*pneuma*) como superior al mundo, pero animándolo con su presencia y con su acción y ejerciendo además una actividad de orden moral.

En la oración de Sab 9, la Sabiduría se asemejará más explícitamente al Espíritu Santo de Dios; pero el

autor, que sigue siendo judío y no sabe nada de la fe cristiana, no piensa evidentemente en la tercera persona de la Trinidad cuando escribe:

*¿Quién conocerá tu designio,
si tú no le das la Sabiduría
enviando tu santo espíritu desde el cielo?*

(Sab 9, 17).

Este texto se relaciona más bien con la corriente profética. Habrá que volver sobre este punto. En Sab 7, 22-23 el autor parece insistir sobre todo en la omnipresencia de la Sabiduría en todo lo real; ella lo penetra todo, y siempre para el bien.

A propósito de su origen, el autor concreta entonces sus relaciones con Dios:

*Es efluvio del poder divino,
emanación purísima de la gloria del Omnipotente;
por eso nada inmundo se le pega.*

*Es reflejo de la luz eterna,
espejo nítido de la actividad de Dios
e imagen de su bondad*

(Sab 7, 25-26).

En este pasaje, los rasgos que se describen subrayan sobre todo que el origen de la misma Sabiduría está en Dios: de Dios es de quien depende por completo y existencialmente, lo mismo que la figura reproducida en el espejo no existe más que gracias al ser que está delante. Además de la dependencia de origen, se observará que la Sabiduría reproduce en sí misma las cualidades propiamente bíblicas de Dios, especialmente su pureza absoluta, su luz y su bondad. El origen de la Sabiduría en Dios explica también el carácter inmaterial, en oposición al pneuma de los estoicos, del espíritu de la Sabiduría y de la Sabiduría misma.

LAS ACTIVIDADES DE LA SABIDURIA

En cuanto a las actividades de la Sabiduría, el autor las describe rápidamente en varios lugares,

pero más claramente en 7, 27-8, 1:

*Siendo una sola, todo lo puede;
sin cambiar en nada, renueva el universo,
y, entrando en las almas buenas de cada
generación,
va haciendo amigos de Dios y profetas;
pues Dios ama sólo a quien convive con la
sabiduría.*

*Es más bella que el sol y que todas las
constelaciones;
comparada a la luz del día, sale ganando,
pues a éste lo releva la noche,
mientras que a la Sabiduría no la puede el mal.*

*Alcanza con vigor de extremo a extremo
y gobierna el universo con acierto.*

Conviene retener los elementos siguientes: la Sabiduría rige todo el universo y lo renueva de forma bienhechora, ya que su pureza hace que ella lo penetre por completo. Además, ejerce una acción concreta en las almas santas: es ella la que hace a los amigos de Dios como Abrahán, y a los profetas como Moisés (cf. Sab 10, 1-21).

También es ella la que hace a los sabios, como nos dicen los textos que se refieren más explícitamente a Salomón. En este sentido, el autor añade algunas actividades de la Sabiduría. El que la recibe después de haberla pedido en la oración, recibe de propina todos los bienes de la realeza, de la cultura, y hasta de la vida moral, puesto que -como indica el autor varias veces- la Sabiduría es la madre de todos estos bienes (7, 12); de hecho, la Sabiduría es la artífice de todo (7, 21; 8, 6).

Esta última afirmación va mucho más allá de lo que decía Prov 8, 30. De este modo, la Sabiduría simboliza la actividad misma de Dios, actividad creadora, y más aún actividad en la creación que se mantiene en la existencia, ya que la Sabiduría lo renueva todo; actividad de Dios en el corazón del hombre para convertirlo en amigo suyo.

	Dios de mis padres, Señor de misericordia,	I
	que todo lo <i>creaste</i> con tu palabra	
2	y formaste al HOMBRE POR tu SABIDURIA	a
	para que dominara todas tus criaturas,	
3	governara el <i>mundo</i> con justicia y santidad	
	y administrara justicia <i>rectamente</i> ;	
SAB9	4 DAME LA SABIDURIA ENTRONIZADA junto a ti,	b
	no me niegues un puesto entre los tuyos,	
5	PORQUE soy siervo tuyo, hijo de tu sierva,	
	HOMBRE débil y efímero,	
	incapaz de entender el derecho y la ley;	e
6	POR MAS cumplido que sea un HOMBRE,	
	si le falta tu SABIDURIA, no será CONSIDERADO.	
TRADUCCION	7 Tú me has escogido como rey de tu PUEBLO	II
ESTRUCTURADA	y GOBERNANTE de tus hijos e hijas,	
	me encargaste construirte un templo en tu monte santo	d
	y un altar en la ciudad de tu morada,	
	copia del santuario que <i>preparaste</i> al principio	
9	Contigo está la Sabiduría que SABE tus obras	
	y que estaba PRESENTE cuando <i>tú hiciste el mundo</i> ;	e
	<i>ella es experta</i> en lo que A TI AGRADA,	
	y en lo que es <i>recto</i> según tus mandamientos.	
10	Envíala desde el cielo sagrado,	
	MANDALA desde tu TRONO glorioso,	b'
	para que esté PRESENTE a mi lado y trabaje conmigo,	
	enseñándome LO QUE TE AGRADA.	
11	Ella, que todo lo SABE y lo comprende,	e'
	me guiará prudentemente en mis empresas	
	y me custodiará con su prestigio;	
12	así aceptarás <i>mis</i> obras,	
	JUZGARE A TU PUEBLO CON JUSTICIA	
	y <i>seré</i> digno del trono de <i>mi</i> padre,	d'
13	PORQUE ¿QUE HOMBRE <i>conocerá</i> la <i>voluntad</i> de Dios?	III
	¿QUIEN conoce lo que Dios quiere?	
14	PORQUE LOS PENSAMIENTOS de los mortales son mezquinos	
	y <i>nuestros</i> razonamientos son falibles;	
15	porque el cuerpo mortal es lastre del alma	
	y la tienda terrestre abruma la mente pensativa.	c'
16	Apenas <i>nosotros</i> adivinamos lo terrestre	
	y con trabajo encontramos <i>nosotros</i> lo que está a mano:	
	y con trabajo encontramos <i>nosotros</i> lo que está a mano:	
	pues ¿QUIEN rastreará las cosas del cielo?	
17	¿QUIEN <i>conocerá</i> tu <i>voluntad</i> ,	
	si tú no le das SABIDURIA	
	ENVIANDO tu santo espíritu DESDE el cielo?	b''
18	Sólo así fueron rectos los caminos de los terrestres,	
	los HOMBRES aprendieron lo que te <i>agrada</i>	
	y la SABIDURIA los salvó.	a'

Sab 9: ORACION DE SALOMON PARA OBTENER LA SABIDURIA

Construcción literaria

Cuando un conjunto literario está estructurado de manera concéntrica – como el de Sab 9 –, se admitirá fácilmente que la frase principal, no en el aspecto gramatical, sino según la intención del autor, se sitúa en el centro, sirviendo de algún modo como clave de bóveda de todo el edificio de la pericopa. En Sab 8, 21 se anunciaba una oración: la petición central de 9, 10 se ve reforzada por una repetición de sinónimos que subraya su importancia; en el centro de la primera estrofa, 9, 4 anticipa esta petición, pero con menos vigor, ya que en vez de la sinonimia este versículo trae *una frase negativa; en el centro o casi en el centro* de la última estrofa el eco de la petición en 9, 17 se hace mucho más tenue a través de una condicional negativa que sólo tiene un estico y medio. Así, pues, iteranamente hablando Sab 9 es ciertamente una oración.

El rey Salomón pide en ella la Sabiduría, pero lejos de cerrarse en sí mismo, amplía el campo de su reflexión, situándose en un contexto mucho más amplio. La primera estrofa (9, 1-6) lo coloca en medio de los humanos: conoce la vocación que Dios les da y participa de sus mismas limitaciones; en la tercera estrofa ni siquiera entra en escena el rey, sino que se confunde con la humanidad; sólo la estrofa central reduce el campo, ya que en ella se habla casi exclusivamente del rey que pide y de la Sabiduría que es objeto de su plegaria. También aquí es perfecta la construcción literaria.

El papel de la Sabiduría...

Deténgamonos un instante en el papel y en el lugar de la Sabiduría dentro de este conjunto. La primera constatación surge del paralelismo entre 9,

2a: «*formaste al hombre por tu Sabiduría*» y 9, 18c: «*y la Sabiduría los salvó (a los hombres)*».

En la aventura humana, la Sabiduría interviene primero junto a Dios y luego junto al hombre. Los dos polos creación-salvación de la reflexión teológica se colocan entonces, no de manera abstracta o, para el segundo, a nivel de la esperanza, sino como una realidad total anterior al hombre que formula esta oración. Salomón está reflexionando sobre la historia sagrada.

...Al lado de Dios

Si los dos polos mencionados se interpelan y completan mutuamente para cerrar el círculo de la existencia humana, también es verdad que el autor invita a meditar ante todo en el papel de la Sabiduría al lado de Dios. Lo hace mediante los v. 9, 1-3 Y 9, 9, cuyas relaciones hemos señalado. Estos permiten ya pensar que la Sabiduría participa realmente en la creación, que no ejerce allí solamente una presencia pasiva; de lo contrario, el v. 9, 2a: «*por tu Sabiduría creaste al hombre*» perdería el sentido que la estructura literaria exige para él. Más aún, el paralelismo entre 9, 9b: «*ella estaba presente cuando tú hiciste el mundo*» y 9, 10c: «*para que esté a mi lado y trabaje conmigo*», merece nuestra atención. En efecto, no es posible separar dos elementos paralelos de una estructura. Antes de alcanzar al centro estructural, cada eslabón de la cadena ascendente está lleno de virtualidades, está pidiendo un complemento sin el que no logran encontrar su interpretación plena. Una vez superado el centro estructural, todo elemento supone otro elemento correspondiente al que hace eco y sin el cual no podría ser captado por completo, que lo concretará o a veces lo repetirá bajo otro aspecto. Estas observaciones valen para el caso de 9, 9b Y 10c.

Si verdaderamente la Sabiduría tiene que ponerse a trabajar con el hombre, nos parece difícil reducir su papel en el texto paralelo a una presencia pasiva.

y esa es la Sabiduría que pide Salomón. No reza para que Dios le dé un «corazón» para comprender (1 Re 3), ni "sabiduría e inteligencia" (2 Crón. 1), sino que le pide al Señor su Sabiduría. Y como no puede arrebatarla, no puede hacer otra cosa más que recibirla como don gratuito y deseado. Porque el hombre tiene que rezar para recibir la Sabiduría; tiene que hacerlo personalmente, ya que la Sabiduría es para él una necesidad absoluta; el no ser escuchado -Salomón se da cuenta enseguida- es verse rechazado del número de los hijos de Dios: 9, 4b. Esta misma indicación aparece en 9, 17 como eco, no solamente a 9, 4 Y9,10, sino también a 9, 6b. En una palabra, para el hombre la Sabiduría es a la vez necesaria e inaccesible a sus propias fuerzas: no puede hacer más que recibirla.

...Al lado del hombre

y ¿qué será para el hombre la Sabiduría? Lo mismo que, guardadas las debidas proporciones, es para Dios: 9, 9 es paralelo a 9, 10c-11; pero con la diferencia de que para el hombre está únicamente para unirlo con Dios, para hacer que realice la vocación que Dios le da. Ella será la confidente del hombre, según su deseo, pero para darle a conocer el beneplácito divino; por otra parte, se pondrá realmente a trabajar con el hombre; por eso hay que subrayar el vigor de la expresión: "*para que esté presente a mí lado y trabaje conmigo*" (9, 10c). Así, pues, la Sabiduría parece ejercer una función de mediación entre Dios y el hombre.

El papel que desempeña la Sabiduría junto al hombre no es un simple futuro. Porque el don de la Sabiduría ya se les ha hecho a los hombres. El v. 9, 18 hace eco a 9, 10c-II: "*enseñándome lo que te agrada*" y 9, 18: "*los hombres aprendieron lo que te agrada*". Así es como sabemos cómo y por qué el autor se niega a separar a Salomón del resto de la humanidad. Basta para ello un simple procedimiento literario. Y el porqué recibe su respuesta en la Visión de la historia sagrada. Esa historia sigue siendo inexplorable sin la Sabiduría y en esa historia es donde la Sabiduría le permitirá insertarse.

Originalidad de esta reflexión sobre la Sabiduría

La comparación con 1 Re 3 y 2 Crón 1 muestra todo lo que tiene de original esta reflexión sobre la Sabiduría: su papel junto a Dios y el que deberá tener junto al rey (9, 9 Y9, 10c-II) no tienen ningún antecedente en los textos históricos que inspiran a nuestro autor. La importancia que tiene para el hombre este papel de la Sabiduría aparecerá aún mejor si intentamos determinar el lugar del propio hombre según el autor de Sab 9.

En los primeros versículos de la oración (9, 1-3), el autor evoca la creación y procura definir la vocación del hombre. Este pasaje guardaba relación con 1 Re 3. Pero conviene señalar una diferencia: en 1 Re 3 se trataba del elogio de David, mientras que en Sab 9 se nos da a entender que lo que constituyó la grandeza del padre de Salomón corresponde exactamente a lo que Dios espera del hombre. O también: cuando se nos habla del hombre, habría que comprender que el hombre ejerce una realeza sobre el cosmos y que su vocación es verdaderamente real; aquí está la relación con la vocación del rey Salomón. También es posible interpretar esta trasposición de 1 Re 3 de la siguiente manera: el plan de Dios *sobre* el hombre se realizó adecuadamente en David; entonces estamos preparados para leer el último versículo de la oración, el 9, 18.

El autor insiste en el éxito de ese plan divino en las grandes figuras de la humanidad primera, desde Adán hasta Moisés; en efecto, Sab 9, 18 introduce de este modo al c. 10. Por tanto, el plan de Dios (9, 1-3) no ha fracasado (9, 18). Así el marco de la oración presenta una visión optimista de la historia humana y suscita una confianza: lo que Salomón desea es entrar en esa corriente de grandes almas que han respondido plenamente a su vocación.

Dios creó al hombre por su Sabiduría (9, 2) Y el hombre se salvó por esa misma Sabiduría (9,18). Sin ella es imposible al hombre responder a la llamada divina (9, 4,6; 9, 17). El autor toma una viva conciencia de la debilidad del hombre; en esto prefiere 1 Re 3 al Cronista; por ello será cada vez más realista. Esta miseria del hombre la ve bajo dos ángulos bien distintos. En la historia concreta primeramente (9, 5-6): Salomón es un hombre débil y sin experiencia de gobernar. Luego ese punto de vista se ahonda en otro

aspecto de la plegaria mediante una reflexión filosófica (9, 13-17). Hemos señalado la estructura concéntrica de este pasaje: ¿quién conoce por tanto la voluntad de Dios? (9, 13 Y 16c-17a), porque nuestros razonamientos son débiles y «terrenos» (9, 14 Y 16ab), lo cual se explica por el hecho de nuestra corporeidad (9, 15). Finalmente, es la pesadez de nuestro cuerpo humano lo que explica nuestra miseria. No se nos dice aquí nada del lugar del pecado. Notemos de pasada que estos dos puntos de vista, histórico y reflexivo, corresponden -pero al revés- a la primera parte del libro (Sab 1-8: tema de la Sabiduría) y a la segunda (Sab 10-19: tema de la historia).

La estrofa central (9, 7-12) no habla ya de la humanidad; Salomón habla allí solamente de él y de la Sabiduría que pide a Dios. En dos grupos de esticos que se corresponden, el autor recuerda la vocación del rey (9, 7-8) Y su realización futura (9, 12) gracias al don de la Sabiduría. De una y otra parte, pero en quiasmo, se enumeran tres cargos de Salomón: es el rey, es juez, es el constructor del templo y del altar. «*Mis obras*» (9, 12) designan seguramente al templo y al altar (9, 8); pero además esta expresión de 9, 12 recibe un matiz especial por el hecho de que en 9, 9 «*tus obras*» designan a las obras creadas por Dios. Con esta discreta repetición, el autor relaciona las obras del rey con las de Dios, la erección del templo y la creación.

Esta misión contrasta con la debilidad y la ignorancia del hombre: los grupos estructurales se oponen por contraste (9, 5-6 Y 7-8; 9, 12 Y 13-17). Pero sólo la Sabiduría, si desempeña ante el rey el mismo papel que ocupa ante Dios. le permitirá realizar *bien* su misión (ya hemos señalado sus cualificaciones en los tres esticos de 9, 12).

Este v. 9, 12 tiene los verbos en futuro, mientras que el 9, 18 está en pasado. Estos dos trísticos, que concluyen la segunda y la tercera estrofa, hablan del éxito en la realización de una vocación, la de todo hombre (9, 18/9, 1-3) Y la del rey (9, 12/9, 7-8), gracias al don de la Sabiduría de Dios. En esta oración, el rey

suplica que le pongan en la línea de los que realizan el plan de Dios, pide que su porvenir lo sitúe en la prolongación del pasado de sus padres (cf. 9, 1).

En esta oración, el autor identifica claramente a la Sabiduría con el Logos creador (9,1-2), pero también con el Espíritu Santo de Dios que endereza los senderos de los humanos, los instruye en lo que le agrada a Dios y los salva (9, 17-18). La acción de la Sabiduría en el hombre parece ser una obra de regeneración moral. En este sentido es como el autor de Sab, identificando a la Sabiduría con el Espíritu, asume la doctrina de los profetas, particularmente de Ezequiel, que anunciaba el don del Espíritu purificador. Para el autor de esta oración, ese don se había realizado ya en los amigos de Dios.

La Sabiduría, presencia de Dios

Así, pues, ¿qué es la Sabiduría para este último libro del Antiguo Testamento? No creemos que haya que buscar su definición en la línea de la hipóstasis, como la desarrollaría luego la teología griega. La mejor expresión en nuestro lenguaje sería la de la presencia: presencia de Dios en el mundo y en los hombres, presencia más preveniente todavía en los justos que se abren a ella. No estamos lejos de una teología de la gracia.

Concluamos esta primera parte, que constituye la base necesaria para abordar el Nuevo Testamento. El camino recorrido por el Antiguo Testamento es enorme. La Sabiduría apareció en él como la inspiradora y la garantía de la doctrina sapiencial de Israel; se mostró luego como la revelación misma de Dios y su presencia en la historia humana, la del pueblo elegido. Aparece finalmente como la presencia de Dios en los seres y en las cosas, presencia sobre todo en el hombre para conducirlo por los caminos de Dios.

1 Extracto de un artículo que apareció en *Biblica* 51 (1970) 326-331.

II

Jean-Noel ALETTI, S. J.

Cristo y la Sabiduría en los textos del Nuevo Testamento

EL NUEVO TESTAMENTO Y LA CORRIENTE SAPIENCIAL

Algunos escritos tardíos del Antiguo Testamento dieron a la Sabiduría de Dios un carácter especial. Se aprecia en ellos un movimiento de «personificación» de esta Sabiduría. Pues bien, esos textos marcaron profundamente el entorno cultural del Nuevo Testamento. Tenemos que calcular ahora hasta dónde llegó esta influencia en el testimonio de fe que nos transmiten los escritos del Nuevo Testamento. ¿En qué y cómo ha servido la herencia de la Sabiduría personificada para expresar mejor el misterio de la persona de Jesús?

Pero antes de repasar los principales pasajes del Nuevo Testamento que utilizan esta vena sapiencial y se la aplican a Cristo, recordemos brevemente lo que el Antiguo Testamento nos ha hecho descubrir.

Se han ofrecido varias explicaciones para dar cuenta del fenómeno de «personificación» de la Sabiduría divina. Lejos de excluirse, estas explicaciones son complementarias entre sí desde su punto de vista particular.

Una solución al problema del mesianismo

Algunos comentaristas insinúan una explicación histórica. Ante las realizaciones indefinidamente renovadas del mesianismo, la corriente sapiencial (sobre todo a partir de Prov 1-9) da su propia respuesta: la Sabiduría ocupa el lugar y desempeña de forma superior las funciones del Mesías; se ve personificada

y en posesión desde siempre de la dignidad mesiánica. Y como las bendiciones divinas se le aseguran al hombre justo, no hay por qué pensar para el final de los tiempos la era excepcional de felicidad. Ya desde ahora la Sabiduría da a quienes le siguen los bienes que posee.

Una figura estilística

Para otros, la personificación de la Sabiduría sería un artificio literario a fin de avalar la enseñanza de los sabios. El sabio no habla de sí mismo; su doctrina le viene de la Sabiduría divina que le inspira.

O también puede ser que esa personificación fuera un recurso literario para expresar la presencia y la cercanía de Dios al hombre, aunque respetando la trascendencia divina. Para evitar hacer hablar a Dios directamente, se hace hablar a la Sabiduría. como si ella misma se dirigiera al hombre.

Una consistencia real

Las páginas anteriores han mostrado cómo la personificación de la Sabiduría es el medio original por el que los sabios de Israel lograron expresar las relaciones de Dios con la creación. La Sabiduría es algo real; viene de Dios sin ser Dios; habita en el hombre. en la creación, sin venir de esa creación; no puede reducirse ni a Dios ni al hombre (ni al resto de lo creado). No es una forma poética de designar la

omnisciencia divina, la perspicacia humana o la ordenación del mundo.

Cuando se trata del Nuevo Testamento, la cuestión se desplaza un poco. El horizonte no es ya el problema de la personificación de la Sabiduría ni el de su funcionamiento en los diversos escritos, sino el de las relaciones de Cristo con la Sabiduría. Los comentaristas se preguntan a partir de sus respectivas situaciones.

Algunos ponen el acento en la identificación con la Sabiduría. En esta óptica, Cristo es la Sabiduría preexistente, mediadora de la creación, salvífica, de la que hablaban los textos del Antiguo Testamento y la literatura intertestamentaria. Se buscará entonces en los textos del Nuevo Testamento lo que favorece o no esta identificación.

La cuestión puede tratarse, por otra parte, en función de la relación de ambos testamentos. Se presentará a Jesucristo como la Sabiduría anunciada y venida en persona.

Para facilitar el acceso a los textos del Nuevo Testamento vendrán bien unas reflexiones y observaciones previas.

IDENTIFICACIONES DIVERSAS DE LA SABIDURIA

No conviene meterse demasiado pronto por el camino de la identificación (o rechazo de la identificación) de Cristo y de la Sabiduría. En efecto, la Sabiduría es una realidad enigmática cuyos contornos son muy difíciles de dibujar. Ella es espíritu (Sab 1, 4-6) o de naturaleza espiritual (Sab 7, 22), pero es también femenina: hay que desearla, amarla, casarse con ella (Sab 8, 2; cf. Eclo 15, 2). Tiene también rasgos comunes con el *logos* (verbo, palabra) divino, ya que los dos son artífices de la creación en Sab 9, 1-2:

*Todo lo creaste con tu palabra
y formaste al hombre con sabiduría.*

De este modo, los textos describen a la Sabiduría utilizando registros que no parecen muy de acuerdo entre sí. ¿Se sabe exactamente qué es lo que encierra este término de Sabiduría? En semejantes condiciones, ¿de qué serviría identificar a Cristo con la Sabiduría?

La naturaleza espiritual de la Sabiduría ha llevado incluso a algunos padres de la iglesia (Ireneo de Lyon,

Teófilo de Antioquía) a identificarla con el Espíritu Santo por razones que merecen una buena consideración.

Por tanto, es preferible en un primer tiempo permanecer intrigados por estas identificaciones y preguntarse cómo, en la tradición cristiana, ha podido la Sabiduría ser objeto de diversas identificaciones.

El Nuevo Testamento y la tradición sapiencial

¿Basta con invocar a Prov 8, Eclo 24 o Sab 6-9 para subrayar la personificación de la Sabiduría y concluir que el Nuevo Testamento se la aplica a Cristo o al Espíritu? Importa también y sobre todo preguntarse cómo los textos del Nuevo Testamento han recibido la tradición sapiencial, si se sitúan ellos en la misma línea o si no habrá alguna ruptura. En otras palabras, los escritos del Nuevo Testamento ¿han recibido alguna influencia y hasta qué punto de las últimas etapas del desarrollo de la tradición sapiencial (procedente sobre todo de Alejandría)? Suponiendo que hayan conocido esos desarrollos, ¿no volvieron a pensar más bien esa tradición en función del acontecimiento Jesucristo? ¿No habrán modificado la naturaleza y el estatuto de la Sabiduría?

El problema planteado por la identificación de Cristo (o del Espíritu) con la Sabiduría se encuentra entonces ligado con la manera con que el Nuevo Testamento recibió la tradición sapiencial. Esta última ¿fue conocida por medio del judaísmo de los alrededores de la era cristiana? Si creemos a algunos comentaristas, por esta época la Sabiduría había ido quedándose progresivamente absorbida por la Ley. Pero ¿es tan seguro que en el judaísmo de tiempos de Pablo y de los evangelios la identificación de la Ley (la *Torah*) con la Sabiduría era un lugar común? Si las relaciones del Nuevo Testamento con la Sabiduría pasan a través de la Ley, sería mejor sin duda alguna hablar de que Cristo sustituyó a la Ley, y no de la identificación de Cristo con la Sabiduría (sobre la relación Ley/Sabiduría, d. cuadro de la p. 52).

Influencia de los escritos alejandrinos

También se discute otra cuestión. ¿No hay una posible influencia de los escritos de Filón de Alejandría y del Libro de la Sabiduría de Salomón en el

Nuevo Testamento y sobre todo en las cartas paulinas?

Parece ser que hemos de excluir la influencia directa de Filón de Alejandría en los escritos de Pablo; sin embargo, hay entre ellos analogías reales que señalan un fondo común: el judaísmo helenista.

En cuanto a la influencia directa del libro de la Sabiduría en el pensamiento de Pablo, por ejemplo, la exégesis oscila entre dos posiciones: una minimalista, según la cual la Sabiduría de Salomón y las cartas de Pablo sólo dependen de una misma tradición judeo-helenista; otra según la cual Pablo leyó y utilizó la Sabiduría de Salomón. Sin embargo, la utilización de este libro por el Nuevo Testamento no parece cierta ni mucho menos. Como nunca se cita explícitamente el libro de la Sabiduría, sólo queda el recurso de buscar algunas alusiones. «*La mayor convergencia de pruebas en el sentido de una dependencia literaria se encuentra en los escritos de Pablo; las afinidades más profundas de pensamiento, en el evangelio de Juan*» (C. Larcher, **Etudes sur le livre de la Sagesse**. Paris 1969, 29).

En conclusión, es muy probable que algunos es-

critos del Nuevo Testamento y en especial las cartas paulinas hayan conocido la tradición sapiencial en sus prolongaciones judeo-helenistas, especialmente alejandrinas.

Así, pues, hay que interrogar ahora a los textos del Nuevo Testamento sobre la manera con que han recibido y repetido los textos de la tradición sapiencial relativos a la personificación de la Sabiduría (cf, cuadro adjunto). Se intentará señalar los puntos comunes, las diferencias, los acentos, los silencios, etc... No se trata evidentemente de pasar revista a cada uno de los capítulos o versículos en los que se trata de la Sabiduría de manera más o menos oculta o mani-fiesta. Será preferible presentar algunos textos característicos.

Que no se desanime el lector. Lo introduciremos por el laberinto a veces tortuoso de los textos y de su análisis. A veces tendrá la impresión de resbalar o de no ver el interés de una investigación minuciosa. Sin embargo, creemos obligado proceder de este modo; resultará provechoso para el que nos siga con tenacidad.

PABLO Y LA SABIDURIA

Los primeros cristianos, para dar cuenta de su fe en Jesús, el Cristo Señor, no tenían más materiales que los que les ofrecían los textos bíblicos y la tradición judía. Nuestra encuesta se refiere aquí a los materiales proporcionados por la corriente sapiencial en sus últimos desarrollos. ¿Fueron utilizadas las reflexiones sobre la Sabiduría personificada para aproximarse al misterio de Jesús? Siguiendo el orden

cronológico de aparición de los textos del Nuevo Testamento, empezaremos por preguntar a las cartas de Pablo.

En numerosos pasajes de los escritos de Pablo, los especialistas reconocen la influencia más que probable de la corriente sapiencial en su presentación de Cristo. Aquí nos limitaremos al estudio de dos pasajes concretos: 1 Cor 1-2 y Col 1, 15-20.

A

1 Corintios 1-2

SITUACION DEL TEXTO

Recordemos que Pablo, en su primera carta a los corintios, reacciona contra las divisiones que desgarran a la comunidad. Se han formado varios bandos que se han puesto bajo el patrocinio de diferentes predicadores. ¿Es entonces la habilidad y la sabiduría del predicador lo que cuenta a los ojos de los corintios? ¿Puede reducirse el mensaje cristiano a un discurso erudito, a un discurso de sabios? En un pasaje vigoroso, Pablo elogia el lenguaje de la cruz que se opone a la sabiduría del lenguaje. Su razonamiento lo lleva a hablar de Cristo, «*Sabiduría para*

nosotros» (1, 30). Pero ¿en qué sentido es Cristo «*Sabiduría*» en este pasaje?

EL TEXTO

Para facilitar su estudio, hemos dispuesto el texto de manera especial y hemos puesto de relieve algunas palabras del mismo. Sólo hemos recogido aquí los vv. 17-31 del c. 1, pero invitamos al lector a continuar hasta el final del c. 2, ya que él mismo podrá reconocer varios elementos de semejanza entre 1 Cor 2 y Bar 3 (por ejemplo, 1 Cor 2, 8 Y Bar 3, 15; 1 Cor 2, 9 Y Bar 3, 22.33).

PRESENTACION GENERAL

Versículo 17

Es un versículo que sirve de transición, ya que remite a los v. 14-16 en que se habla del bautismo, e introduce a los v. 18-31 en que se enuncia la temática y las oposiciones fundamentales.

Versículos 18-31

Se descubren fácilmente dos grandes partes en estos versículos. En la primera (v. 18-25) se trata del *anuncio*, del *lenguaje* de la cruz. La segunda (v. 26-31) se centra en la *situación* de los creyentes, situación análoga a la de Cristo y que reproduce la misma paradoja que él.

Podemos analizar mejor cada una de estas partes y veremos que *están* compuestas cada una de dos secciones.

En 18-25, vemos que el acento de los v. 18-20 es *negativo*: se acusa a los sabios de locos; Dios provoca una inversión de valores. Al contrario, el acento de los v. 21-25 es *positivo*: la locura de Dios es más sabia que los hombres. Esta última sección con respecto a la anterior indica cuáles son los actores, quiénes son los sabios y quiénes los locos, qué es lo que buscan. Los pretendidos sabios (según el mundo) son los judíos. Allí está la paradoja, ya que su sabiduría debe venir de Dios, ¡y por tanto no puede ser mundana! Y también los griegos, es decir, los paganos. Es sabido que los judíos distinguían a Israel del resto del mundo que representaba a los paganos. Pablo indica aquí que los judíos están en la misma situación que el resto de las naciones: todos son acusados de locura. Los locos (para el mundo) son los creyentes, tanto judíos como griegos, que aceptan el lenguaje de la cruz. Dentro del grupo de los creyentes no existe ninguna barrera entre judíos y griegos.

En 26-31, el mecanismo es parecido. El acento de la sección 26-29 es *negativo* (cf. las repeticiones: para humillar..., para anular...). Los creyentes, los que han sido llamados, reproducen la paradoja que fue la de Cristo crucificado: lo que es débil a los ojos del mundo manifiesta la fuerza de Dios, lo mismo que Cristo crucificado era fuerza de Dios. El acento de la sección 30-31 es *positivo*: la situación de los creyentes se explica por su relación con Cristo (v. 30).

Se habrá notado que estas cuatro secciones en las

que se comprueba la alternancia *negativo/positivo* manifiestan una progresión temática:

-la paradoja de Cristo (v. 21-25).

-la paradoja de los creyentes (v. 26-29).

-la explicación: relación de los creyentes con Cristo (v. 30).

LAS OPOSICIONES DEL TEXTO

La oposición que recorre todo el texto es aparentemente la que se da entre sabiduría y locura. Pero no se puede contar con esta oposición, ya que cada uno de los términos está cualificado: locura del mundo y locura de Dios -sabiduría del mundo y sabiduría de Dios. Más aún, estas distinciones se complican toda-

LA SABIDURIA EN LOS TEXTOS DEL N.T.

La lista siguiente no tiene la pretensión de dar todos los textos en donde es clara o probable la influencia sapiencial; no concierne más que a los pasajes en donde interviene la cuestión de las relaciones de Cristo con la Sabiduría, así como aquellos en que aparece el término «sabiduría» (en griego, *sophia*):

• Evangelios:

Mt 11, 19.25; 12,42; 13,54; 23,34.

Mc 6, 2

Lc 2, 40.52; 7,35; 10,21; 11,31.49; 21,15.

Jn 1, 1-18.

• Cartas y Apocalipsis:

Rom 1, 14.22; 8,3; 11,33; 16,27

1 Cor 1, 17.19.20.21.22.24.25.26.27.30;

2, 1.4.5.6.7.13; 3, 18.19.20;

6,5; 8,6.

2 Cor 1, 12

Gál 4,4

Col 1,9.28; 2,3.23; 3, 16; 4, 5

Heb 1, 1-5

Ef 1, 8.17; 3,10; 5, 15

2 Tim 3,15

Sant 1,5; 3, 13.15.17

1 Pe 1,16; 3,15

Apoc 5,12; 7,12; 13,18; 17,9.

17 Porque Cristo no me mandó a bautizar
sino a *anunciar* el evangelio
y eso sin recurrir a la SABIDURIA del *lenguaje*
para que no pierda su eficacia la *cruz* del *Mesías*.
18 De hecho. *elle/guaje* de la *cruz* es
locura para los que se pierden
*fu*erza de Dios para los que se salvan, para nosotros,
19 pues *está escrito*:
"Anularé el SABER de los SABIOS,
descartaré la *cOI*-dura de los cuerdos".
20 ¡A ver un SABIO, a ver un letrado,
a ver un estudioso del mundo éste'
¿No ha demostrado Dios que la SABIDURIA de este mundo es locura?

LENGUAJE DE LA CRUZ

las inversiones

21 Porque,
mientras que en la SABIDURIA de Dios
el mundo no reconoció a Dios a través de la SABIDURIA,
Dios quiso salvar a los creyentes por la locura del *anuncio*
22 mientras que los judíos piden señales
y los griegos buscan una SABIDURIA

A
B

23 nosotros *anunciamos*
un *Mesías crucificado*,

A'

B'

para los judíos un escándalo
para los paganos una locura
24 en cambio, para los llamados,
lo mismo judíos
que griegos

el anuncio

un *Mesías* *fu*erza de Dios
y SABIDURIA de Dios,
25 porque la locura de Dios es más SABIA que los hombres
y *la debilidad* de Dios más *fuerte* que los hombres.

vía: la sabiduría de Dios es locura para los sabios del mundo.

-la sabiduría del mundo ha sido hecha loca por Dios;

-la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, etc...

Se puede sin embargo organizar estas oposiciones y estas distinciones según dos registros: el registro

del *obrar divino* y el de lo *noético* (o sea, a nivel del juicio que se da, de lo que se piensa; así, cuando en el v. 25 se dice: «*la locura de Dios* es más *sabia que los hombres*», Pablo formula un juicio). El texto combina los dos registros, el primero sobre todo en los v. 26-31 y el segundo en los v. 18-25.

Habría que organizar además estas diversas oposiciones, pero no es éste nuestro propósito. Puede intentarlo el lector.

		SITUACION DE LOS CREYENTES
26	En efecto, hermanos, fijaos a quiénes os llamó Dios: no a muchos SABIOS según la carne ni a muchos <i>poderosos</i> ni a muchos de buena familia	a b e
27	Todo lo contrario, lo necio del mundo se lo escogió para humillar a los SABIOS y lo <i>débil</i> del mundo se lo escogió para humillar a lo fuerte	a' b'
28	y lo plebeyo del mundo lo despreciado lo que no es se lo escogió Dios para anular a lo que es	c'
29	de modo que ningún mortal pueda <i>engallarse ante Dios</i>	
30	Porque de él (de Dios) viene que vosotros, mediante el <i>Mesías</i> Jesús, tengáis existencia pues él se hizo para nosotros SABIDURIA que viene de Dios honradez, y además consagración y liberación	creyentes/Cristo
31	para que, como <i>está escrito</i> : «El que se <i>gloríe</i> que se <i>gloríe en el Señor</i> »	

EL OBRAR DIVINO

Hay que señalar que el conjunto de las transformaciones citadas por el texto son obra solamente de Dios. Así, Dios vuelve loca a la sabiduría del mundo (v. 18-19); quiere salvar a los creyentes (v. 21); escoge a lo que es loco en el mundo para confundir a los sabios (v. 27-28). Así también Jesús se ha convertido en sabiduría por medio de Dios (v. 30).

En esta voluntad divina, una voluntad eficaz, se puede distinguir entre voluntad salvadora (v. 21) Y voluntad que supone un juicio (v. 29).

Del mismo modo, el obrar divino se divide en un obrar positivo (salvar, escoger) y un obrar negativo (hacer loca a la sabiduría del mundo).

1 Cor 1, 17-31 Y la Sabiduría

Esta mirada rápida sobre el texto nos permite

abordar ahora la cuestión que nos preocupa, la de las relaciones Cristo/Sabiduría. Empecemos examinando más de cerca el vocabulario sapiencial del pasaje.

EL VOCABULARIO SAPIENCIAL

Pablo agrupa en este pasaje varios temas que no están tan estrechamente ligados en los libros sapienciales, como el tema de la oposición sabiduría/locura (cf. Prov 1-9) o el de la imposibilidad para los hombres de conocer la sabiduría de Dios (v. 19-21 y 2,7-8; cf. Job 28; Bar 3, 9-4,4). Lo mismo ocurre con el tema de la desgracia y de la muerte infame en que no puede incurrir el justo (cf. los salmos sapienciales 1; 25, 12-13; 34, 2-22; 37; 49; 73; 119; Dan 13; etc...).

El término «sabiduría» (*sophia*) va seguido en varias ocasiones de un complemento nominal. Es sabiduría de Dios (1, 21.24; 2, 7), sabiduría de los sabias

(1, 19), del mundo (1, 20), de este mundo (2, 6), de los hombres (2, 5). En 2, 13, el complemento está sustituido por un adjetivo, ya que se habla de sabiduría humana. En 1, 7 es también sabiduría del lenguaje.

En seis ocasiones aparece sola la palabra «sabiduría» (1, 21.22.30; 2, 1.4.6). Por el contexto se puede determinar (excepto en 2, 6) la clase de sabiduría. Se trata de la sabiduría humana (1, 21.22 Y 2, 1.4) o de la

SOBRE LA RELACION LEY/SABIDURIA

En la tradición judía se comprueba que algunos textos se dirigen hacia una asimilación progresiva Ley/Sabiduría:

- ya en Dt 4, 4-6 (con el paralelismo leyes-costumbres /inteligencia-sabiduría;
- Prov 1-8 (cE. 2, 1-2; puede compararse 3, 1-4 Y 3, 13.16, así como 6, 23-24 y 7, 4-5).

Más explícita es esta asimilación en:

- Eclo 1,4-5.26; 15, 1ss; 21,11; 24. 23ss; 34, 8;
- *Carla de Arisleo, 31*
- Sab 6, 18
- Bar 4, 1
- (más tarde) *Gén R* 1, 1; 17, 5.

Se plantean entonces tres cuestiones a propósito de esta asimilación:

- ¿Fue solamente parcial o llegó a ser total?

En algunos escritos rabínicos la identificación Ley/Sabiduría parece ser que tuvo como consecuencia eliminar poco a poco la figura de la Sabiduría. En otros, por el contrario, la Sabiduría sigue siendo el principal objeto de la meditación (d. la Sabiduría de Salomón).

- ¿Cuál fue el grado de asimilación Ley/Sabiduría alrededor de la era cristiana? ¿Se pueden encontrar textos que afirmen la existencia eterna de la Torah y su participación en la obra creadora en los escritos rabínicos o judea-helenistas contemporáneos del Nuevo Testamento?

Hasta ahora, los textos que podían citarse no iban más allá del siglo II de nuestra era. El más conocido se le atribuye a Rabbi Akiba (entre 110 y 135): "Se les ha dado (a los israelitas) un instrumento precioso, instrumento con el que

Dios creó al mundo, como está dicho: 'Porque es una buena enseñanza la que os he dado; no dejéis mi Torah'" (*Pirqué Abot*, 3, 14).

- Este último texto y otros varios hablan de la mediación creadora de la Torah, remitiendo a tradiciones anteriores a la redacción de las cartas paulinas y a los demás libros del Nuevo Testamento. ¿Cuál ha sido su influencia sobre el resto de la tradición rabínica y sobre los escritos neotestamentarios? ¿Cómo saber si la idea de una Torah mediadora de la creación era un lugar común en tiempos de Pablo y de los evangelistas? Los textos del Nuevo Testamento ¿son o no testigos de esta asimilación?

Actualmente no se puede responder de manera absolutamente cierta a estas cuestiones. Es necesaria la prudencia. Parece ser que las tradiciones relativas a la mediación creadora y a la preexistencia de la Torah no han ejercido influencia alguna en el Nuevo Testamento. La carta a los Romanos basta para comprobarlo. En efecto, Pablo se hace a sí mismo varias objeciones sobre Dios y su justicia (Rom 9, 14), sobre la santidad de la Ley (Rom 7, 7), sobre la perseverancia de los creyentes en el bien (Rom 3, 8; 6, 1), sobre la elección y la aparente repulsa de Israel (Rom 9-11), etc... Pero nunca formula la siguiente objeción: si la Torah es eterna, mediadora de la creación, ¿por qué decir que sólo existe desde Moisés (Rom 5, 13; cE. ya Gál 3, 17)? Si la opinión relativa a la eternidad de la Ley y su mediación original estaba entonces muy extendida, ¿cómo es que Pablo ni siquiera piensa en discutirla, ya que destruiría su argumentación en Rom 1-3?

sabiduría aplicada a Cristo (1,30). En este último caso puede precisarse el significado de la palabra sabiduría por los tres sustantivos que siguen; de este modo se subraya el carácter salvífico de esta sabiduría.

Como acabamos de ver, el término «sabiduría» se refiere a diversas realidades: el saber del hombre, la voluntad salvífica de Dios y el mismo Cristo. Así, pues, Pablo emplea este término con la misma libertad que los libros sapienciales.

En 2, 7 la mención de una sabiduría misteriosa, oculta en Dios y revelada al final de los tiempos, es un tema prepaulino, sacado sin duda del judaísmo helenista.

La originalidad de nuestro texto reside en la paradoja que desarrolla: lo que el mundo (incluso el mundo religioso judío en algunas de sus tradiciones) considera como loco, la muerte maldita de Jesús de Nazaret, es lo que ha servido a la sabiduría de Dios para entregarse a nosotros. La cruz de Cristo es, por así decirlo, lo que resume la sabiduría divina.

Al hablar de esta sabiduría divina, el texto relaciona estrechamente tres elementos: el dador de la sabiduría (Dios), el destinatario (los creyentes) y la sabiduría que los vincula. Así, la sabiduría divina se presenta como una *relación* entre Dios y los hombres, especialmente los creyentes. Dios tiene la *iniciativa* de esta relación (1, 30), que es un don (cf. en el mismo v. 30: «para nosotros», o sea, en favor nuestro). Vemos que también aquí la función de la sabiduría divina consiste en estar hecha para los hombres; es un don propuesto a quien desee recibirlo. Y el texto la considera más concretamente como don *salvífica* (cf. 1, 18.21.24.30; 2,7). Esta insistencia se debe al contexto en donde la cuestión dominante es la de los medios paradójicos y desconcertantes por los que Dios ha escogido salvar a los hombres.

LA CUESTION DE LA IDENTIFICACION CRISTO/SABIDURIA

Esta cuestión se plantea ante los v. 24 Y 30, en donde se dice de Cristo respectivamente que es *sabiduría de Dios y sabiduría*.

- El pasaje 1, 23-24 está construido según las reglas del paralelismo. Esto indica que no hay que considerar la expresión «sabiduría de Dios» como una identificación absoluta de esta sabiduría con Cristo. Es una forma de indicar la función de Cristo; la

actividad de Cristo puede compararse con la de la sabiduría de Dios:

*...anunciamos un Mesías crucificado
para los judíos un escándalo,
para los paganos una locura;
en cambio, para los llamados, lo mismo judíos que
grtegos,
un Mesías fuerza de Dios
y sabiduría de Dios.*

En efecto, la expresión «sabiduría de Dios» está en paralelo con «fuerza de Dios». Las dos expresiones tienen que tomarse juntamente, como un todo, y no hay nada que indique que el término «sabiduría» alude a una sabiduría personificada, lo mismo que tampoco «fuerza» se refiere a una fuerza personificada.

Notemos igualmente la ausencia de artículo. El pasaje no designa a Cristo como LA Sabiduría; no parece que se trate de una identificación en sentido fuerte.

Finalmente, las expresiones «fuerza de Dios» y «sabiduría de Dios» se oponen a «escándalo» y «locura» del v. 23. No se insiste en la identificación de Cristo con la Sabiduría eterna de Dios, sino en la paradoja que constituye la cruz de Cristo, que para unos es solamente locura (y por tanto no podría haber sido querida por Dios) y para otros es expresión perfecta de la voluntad divina de salvación. Por Cristo, muerto en la cruz, se expresan totalmente la grandeza, la eficiencia y la coherencia de la sabiduría salvífica de Dios.

- Tampoco en el v. 30 es absoluta la identificación de la Sabiduría con Cristo, sino sólo funcional:

*De él (de Dios) viene
que vosotros, mediante el Mesías Jesús,
tenáis existencia,
pues él se hizo para nosotros
sabiduría que viene de Dios,
honradez, consagración y liberación.*

Basta con comparar este versículo con Gál 3, 13:
El Mesías..., hecho maldición para nosotros.

Decir que Cristo se ha hecho para nosotros sabiduría es reconocer que los creyentes no pueden ya hablar de la sabiduría salvífica de Dios sin hablar al mismo tiempo de Cristo crucificado, en quien se resume esa voluntad salvífica. También hay que advertir

que no se dice que Cristo sea La Sabiduría, ya que no se habla de esto.

EL ESPIRITU y LA SABIDURIA

En 1 Cor 1-2, no se llama al Espíritu «sabiduría», pero se le pone en relación con ella, ya que Dios nos la ha revelado por él (2, 10). Además, el término «Espíritu» (*pneuma*) está asociado al de «fuerza» (*dynamis*), lo mismo que la sabiduría en 1, 24. Los dos se oponen a la sabiduría de los hombres en 2, 4. La oposición entre sabiduría humana y Espíritu aparece también en 2, 13. Finalmente, los rasgos que describen al Espíritu recuerdan lo que algunos libros sapienciales dicen de la sabiduría: el espíritu escudriña hasta las profundidades divinas (2,10; d. Sab 9,9.11); revela la sabiduría de Dios (cf. Eclo 4,18; Sab 6,13; 7, 21; Prov 8 y Eclo 24, donde la Sabiduría se dirige a los hombres para dárselos a conocer y decirles quién es).

CONCLUSION

El examen un poco profundo de 1 Cor 1-2 nos ha permitido percibir que el término de «sabiduría» conserva aquí casi toda la extensión que tenía en la tradición de los sabios. Sólo ha quedado sin considerar el aspecto de «entidad mediadora» de la Sabiduría.

La sabiduría divina se presenta como relación de Dios con los hombres, como *don* ofrecido a quien quiera aceptarlo, don paradójico, que puede ser rechazado o desconocido, ya que su expresión desconcierta los pensamientos humanos. Ese don culmina en el crucificado.

Si Cristo se *ha hecho* para nosotros sabiduría de Dios y si el Espíritu es el que nos ha revelado la sabiduría divina, esa sabiduría no se limita o no se agota en esas relaciones. 1 Cor 1, 25-28 muestra que la situación de los cristianos expresa también y sigue expresando lo que se enunciaba en la paradoja de la cruz (lo que es locura de Dios es más sabio que los hombres): la situación de los cristianos es igualmente expresión de la sabiduría divina, vinculada con la figura del crucificado.

Sin identificar a Cristo con la Sabiduría personificada de los últimos desarrollos de la corriente sapiencial, Pablo se ha servido hábilmente de los materiales usados por dicha corriente para resaltar muy especialmente, pero no exclusivamente, la acción salvífica de Dios en Jesucristo.

El examen del himno de la carta a los Colosenses nos permitirá precisar esta forma con que Pablo atestigua el misterio de Cristo con los instrumentos ofrecidos por la tradición sapiencial.

B

Colosenses 1, 15-20

SITUACION DEL TEXTO

En varias ocasiones las cartas de Pablo recogen algunos pasajes más rítmicos en donde se reconocen las huellas de himnos más o menos litúrgicos. El estudio de estos textos resulta precioso, ya que en ellos se suelen encontrar fórmulas densas y precisas que servían de expresión para la fe en Cristo de las

primeras comunidades cristianas.

El cántico de acción de gracias al principio de la carta a los Colosenses utiliza algunos términos de la tradición sapiencial para describir el papel de Cristo en el universo. Para hacer avanzar nuestra encuesta sobre las relaciones Cristo/Sabiduría, examinemos meticulosamente los versículos consagrados a Cristo en este cántico:

- 15a El es imagen de Dios invisible,
- b primogénito de toda criatura,
- 16a pues en él fueron creados todos los seres,

- b en los cielos y en la tierra,
 - e los visibles y los invisibles,
 - d majestades, señoríos,
 - e soberanías, potestades;
- todo ha sido creado por él y para él.
- 17a y él es antes que todo,
- b y todo tiene en él su consistencia.
- 18a y él es también la cabeza del cuerpo, de la Iglesia.
- b Él es principio, primogénito de entre los muertos,
 - e para que sea él el primero en todo.
- 19 Pues en él quiso Dios que habitara la plenitud total,
- 20a y por él reconciliar a todos los seres consigo,
- b pacificando por la sangre de su cruz, por él,
 - e a los de la tierra y a los del cielo.

LA COMPOSICION DEL PASAJE

La lectura en voz alta manifiesta ya de por sí el ritmo de este texto, ritmo que se debe en primer lugar a las diversas repeticiones. El conjunto se divide claramente en dos grandes partes:

1. El es imagen, primogénito, porque en él...
2. El es principio, primogénito, porque en él...

Pero para descubrir el mecanismo que articula el texto, convendrá analizar mejor dos operaciones que allí se realizan:

1. Operación de «designación»: se designa a Cristo (*él es, es en él*).

En los v. 16 y 19, la conjunción «*pues*» va seguida inmediatamente por «*en él*». ¿Qué significa este primer lugar concedido a «*en él*»? Todos vemos la diferencia que hay entre «iré a comer a tu casa» y «es a tu casa adonde iré a comer». En la segunda frase, el acento recae en «tu casa»: no iré a comer a cualquier sitio, sino que insisto que será en tu casa y no en casa de algún otro. También aquí ese «*en él*» del principio indica dónde está la insistencia del texto: en él y sólo en él, en ningún otro. La insistencia recae en la designación.

Además, el texto no se contenta con decir: en él fueron creados todos los seres, sino que los va enumerando; la lista del v. 16 provoca una reacción de contraste: hay una oposición clara entre Cristo único y el conjunto de seres creados, entre él y todo lo demás. Lejos de entrar en competencia con ese «*en él*», la enumeración refuerza por el contrario su im-

portancia. Colocado al principio de la proposición, «*en él*» adquiere mayor fuerza: todo, absolutamente todo, guarda relación con Cristo.

La repetición del pronombre «*él*» en Jos v. 17 y 18 señala igualmente la insistencia del texto en la singularidad de Cristo: «*él*», es decir, sólo él:

...y *él* es antes que todo,
y todo tiene su consistencia en *él*...
y *él* es la cabeza del cuerpo...
para que sea *él* el primero en todo...

Está además la repetición del «*por él*» en el v. 20:
y *por él* reconciliar a todos los seres...
pacificando *por él*...

Lo importante aquí no es tanto «la sangre de su cruz» como el hecho de que esa sangre es la de él, la de Cristo solo, *su* sangre. En otras palabras, la paz no ha venido por nadie más que por él.

2. Operación de «atribución» (títulos que se atribuyen a Cristo). En los v. 15 y 18 se encuentra la misma construcción: «*él es*» va seguido de dos atributos sin artículo:

El es imagen de Dios invisible,
primogénito de toda criatura (v. 15)
El es principio,
primogénito de entre los muertos (v. 18).

Vemos qué es lo que distingue estos títulos del que se le da en la primera parte del v. 18 (o 18a):

y él es también la cabeza del cuerpo, de la Iglesia.

Lo importante aquí no es que Cristo sea la cabeza del cuerpo, sino que lo es *él* y sólo *él* (designación). Al contrario, los otros títulos («imagen», «primogénito», «principio»), según el texto, tienen importancia en sí mismos (atribución).

ALGUNOS DETALLES DEL TEXTO

Para poder valorar la influencia sapiencial en este cántico, destaquemos también algunos detalles.

- El término «*Dios*», en el texto griego, sólo aparece en el v. 15 (en el v. 19 de nuestra traducción se ha añadido para que se comprenda su sentido). Se tiene la impresión de que el cántico quiere deliberadamente pasar por alto la acción de Dios para considerar sólo las relaciones de Cristo con los demás seres. Es evidente que la acción de Dios está presente aquí; por ejemplo, en el v. 16 tenemos un «pasivo teológico», esto es, un pasivo en el que se sobreentiende a Dios como sujeto agente: *...fueron creados todos los seres* (= *Dios creó todos los seres*). Pero el texto no subraya esta acción de Dios, para orientar nuestras miradas hacia Cristo y su relación con los seres.

- Esta impresión se confirma por la repetición y la proximidad de los términos: «*él*» (*autós*, en griego) y «*todos los seres*» (*panta*):

16a: en *él*... todos los seres

16f: todo... por *él* y para *él*

17a: *él*... antes que todo

17b: todo... en *él*

20a: por *él*... todos los seres.

Se busca aquí claramente un efecto de contraste, análogo al que provocaba la enumeración del v. 16 (cf. más arriba, p. 54). El Cristo, está en relación con todo lo demás, con todo lo creado. Cristo no pertenece al conjunto constituido por todos los seres, tanto terrenales como celestiales; en efecto, ellos han sido creados por *él* y para *él*, reconciliados por *él* y para *él*. Pero esta no-pertenencia de Cristo al conjunto creado no significa sin embargo separación, ya que esos seres tienen en *él* su unidad: *todo tiene en él su consistencia* (17b).

Esta no-separación de Cristo y de todos los seres está marcada por la repetición de preposiciones: *en*, *por*, *para*; *en él*, *por él*, *para él*. El conjunto de lo creado no se comprende más que en referencia a Cristo, tanto en lo relativo a la creación como a la reconciliación. En resumen, el texto insiste en la de-

pendencia total, es decir, en todos los niveles y de todas las maneras posibles (= *totalidad*) y en la dependencia de todos los seres (= *universalidad*) en relación con *él*, con Cristo.

Acabamos de decir que el texto intenta situar a Cristo ante el conjunto de los seres, desde los más humildes a los más excelsos (las potestades). El título «*primogénito de toda criatura*» ¿no indicará sin embargo que Cristo tiene que situarse en lo creado? Cristo es la primera de las criaturas, primera, pero ¿criatura al fin y al cabo? La dificultad de este título estriba en que no se encuentra en ningún otro lugar de la Escritura y en que su interpretación sigue siendo delicada: sólo la lógica del pasaje es la que permite decidirlo. (La lógica del pasaje es aquí la relación entre el título y lo que justifica a continuación ese título). Pues bien, los v. 16-17 demuestran que aquí lo importante no es el origen de Cristo, sino el de todos los seres. Cristo es primogénito de toda criatura porque todos los seres han sido creados por *él* y para *él*. Todos los seres le deben su condición de criaturas.

Así, el título de «*primogénito de toda criatura*» tiene que interpretarse en función de esta «mediación creadora». Indica a la vez la anterioridad (primogénito *antes* que toda criatura) y la excelencia, el rango, lo mismo que el título de «primogénito» en todo el resto de la Escritura. En efecto, en el Antiguo Testamento «primogénito» es la expresión de una elección, de una preferencia, de un amor especialísimo. El título se aplica a Israel en Ex 4, 22; Jer 31,9; Eclo 36, 11; al rey en el salmo 89, 28. En el judaísmo se da también este título a Adán y a la Ley.

Así, pues, Cristo tiene la primacía sobre todas las criaturas en la medida en que todas dependen de *él* en su existir.

- El himno de Col 1, 15-20 no considera el futuro o el porvenir más que bajo el aspecto de *duradero*. Por otra parte, el género himnico ignora eso que se llama un tanto pomposamente «la tensión escatológica», esto es, el desnivel entre el presente y el final de los tiempos. Se trata de algo normal, en la medida en que el himno se interesa ante todo por las constantes del obrar divino, que supone una meditación sobre el pasado en su totalidad. Por tanto, no hay que extrañar que el cántico de la carta a los Colosenses, dentro del género himnico, no se interese en primer lugar por la esperanza final, sino por el *ya* definitivo

procurado por Cristo (mediación creadora, reconciliación universal).

- Los salmos de alabanza utilizan esencialmente dos motivos: Dios es *bueno* (amor, misericordia, ternura...) y Dios es *poderoso*. Col 1, 15-20, por su parte, no desarrolla más que un motivo, el de la *fuerza-grandeza* (o excelencia, o primacía). No se considera a Cristo en su amor a nosotros, sino en su excelencia. No se describe a Cristo como el que vino a perdonarnos; es verdad que él «reconcilia» y «pacífica» (v. 20), pero el objetivo de ello es su propia primacía: todo ha sido reconciliado *para él*, es decir, en orden a su primacía.

- Las dos partes del himno (15-18a y 18b-20) no están ligadas entre sí, sino simplemente yuxtapuestas. Por tanto, no se puede decir rigurosamente hablando que la primera sea la preparación de la segunda.

En cada una de las dos partes están presentes las mismas categorías:

- *la unicidad de Cristo*: la insistencia se coloca en él en oposición a todo el resto de lo creado;

- *la universalidad* (todos los seres): cf. la repetición del término (*ta panta*), la lista del v. 16 y su repetición en el v. 20 «*los de la tierra y los del cielo*,»);

- *la totalidad*: la mediación de Cristo es creadora y salvífica; es a la vez la causa y el objetivo de esa creación y de esa salvación (cf. las fórmulas «*por él*» y «*para él*»: v. 16 Y 20);

- *la anterioridad* de Cristo sobre lo creado se expresa en cada parte con el título de «*primogénito*», con la expresión «*antes que todo*» (v. 17) y con el término «*principio*» (en griego, *arché*) que significa a la vez comienzo y principio;

- *la excelencia* de Cristo se percibe también en el título de «*primogénito*» y sobre todo en el v. 18: «*para que sea él el primero en todo*». Esta frase se refiere a las dos series de títulos (v. 15 Y 18b);

- *la consumación*, es decir, el carácter definitivo de la dignidad de Cristo y de su doble mediación creadora y salvadora. Su dignidad definitiva se expresa en los títulos y en el presente intemporal: «*él es*». Las dos mediaciones son también definitivas. La mediación creadora constituye a todos los seres como criaturas y se sigue ejerciendo (cf. v. 16f Y 17b). La mediación salvífica se describe con términos que pertenecen al vocabulario escatológico de los libros sagrados: «*reconciliar*» y «*pacificar*», términos que se

refieren esencialmente a la reconciliación final y definitiva.

- La regularidad de las mismas repeticiones en ambas partes indica que la dignidad y la mediación de Cristo tienen la misma amplitud desde siempre. Resalta igualmente la *unicidad* del mediador para la creación y para la reconciliación: Cristo es el *único* mediador de la creación y el *único* mediador de la reconciliación. Por otra parte, es mediador de la creación y de la reconciliación: hay *unidad* de mediador.

Unidad y unicidad no son la misma cosa. Aquí la unidad significa que *un mismo sujeto* hace varias acciones diferentes; la unicidad significa que es el *único* en hacerlas. En Col 1, 15-20, la insistencia en la unicidad tiene un carácter polémico. El texto indica que las potencias celestiales, incluso las más dignas, no pueden reivindicar el derecho a ser veneradas como Cristo y que se encuentran *en* la misma situación que las demás criaturas, ya que dependen en todo de Cristo.

LA RELACION CRISTO/SABIDURIA

Las observaciones anteriores sobre el cántico de la carta a los Colosenses nos serán útiles para lo que intentamos hacer: precisar las relaciones Cristo/Sabiduría en San Pablo. El propio lector, a lo largo del análisis del cántico, habrá establecido seguramente algunas relaciones con lo que sabe de la tradición sapiencial y en particular con lo que se ha dicho de la Sabiduría personificada en el Antiguo Testamento.

En función de nuestro tema (la relación Cristo/Sabiduría), recordemos algunos puntos que aparecen en la tradición de los sabios cuando hablan de la Sabiduría personificada.

Se ha notado la insistencia del texto en la relación Cristo/todos los seres, para mostrar a la vez la total dependencia de esos seres respecto a Cristo y la dignidad única de Cristo; los seres celestiales, es decir, los más dignos, están comprendidos en la expresión «*todos los seres*». Se presenta a Cristo como mediador de la creación y anterior a todos los seres creados. El texto insiste también en la unidad (el mediador de la creación es el mismo que el mediador de la reconciliación) y en la unicidad (él es el único para cada mediación) del mediador.

Ideas parecidas se encuentran a propósito de la Sabiduría personificada en el Antiguo Testamento. La Sabiduría es anterior a todo el resto de lo creado (cf.

Prov 8, 22-31). Es mediadora de la creación (Prov 8, 30 en los Setenta; Prov 3, 19-20; Sab 9, 1-2). Algunos textos subrayan la dignidad y la excelencia de la Sabiduría (cf. numerosos pasajes en Prov 1-9 e igualmente en Eclo 24, Job 28 y Sab en su conjunto). La unidad del mediador ha sido uno de los temas dominantes de la reflexión de los sabios.

Así, pues, ¿identifica Col 1, 15-20 a Cristo con la Sabiduría personificada? Sería prematuro responder a ello en la situación de nuestra encuesta. Habrá que volver sobre el texto y examinar más de cerca el vocabulario.

EXAMEN DEL VOCABULARIO

Si los puntos anteriores pueden hacer pensar en una influencia sapiencial, no bastan sin embargo para permitirnos decir que esta influencia es segura. Falta por examinar el vocabulario del himno, ya que en la convergencia entre los temas y los datos del vocabulario es donde hay que tratar la cuestión de las influencias.

1. *Imagen de Dios invisible* (1, 15a)

¿Remite este término a Gén 1, 27, es decir, al tema del hombre imagen? Es verdad que el término «imagen» aparece en el sentido de Gén 1, 27 en Eclo 17, 3 Y Sab 2, 23. Pero Col 1, 15 no remite al tema del hombre creado a imagen de Dios. En efecto, aquí el Hijo no es imagen (en griego, *eikón*) gracias a ciertos rasgos que, como la incorruptibilidad, le hacen semejante a Dios, sino gracias a su participación activa en la obra de la creación. El Hijo no manifiesta a Dios como el resto de las criaturas, sino como mediador de la creación (v. 16).

Así, Col 1, 15 se sitúa en la línea de los escritos sapienciales en donde la «imagen» está ligada a la función cósmica de la Sabiduría (cf., por ejemplo Sab 7, 21-26).

Por tanto, la palabra «imagen» no se refiere aquí a Gén 1, 27 Y Cristo no es la imagen nueva, opuesta a Adán, la imagen primera e imperfecta. Es verdad que en varios textos de Pablo, «imagen» sirve para señalar la relación Adán/Cristo (hombre viejo/hombre nuevo; creación/nueva creación; cf. Rom 8, 29; 1 Cor 15, 49; 2 Cor 3, 18; Col 3, 10). Estos pasajes hablan de la conformidad de los creyentes a la imagen de Cristo, en oposición a la imagen del hombre terreno, que es la herencia del pecado legado por Adán. Pero estos

LA «IMAGEN» PLATÓNICA y COL 1, 15

El uso del término "imagen" en Col 1, 15 no depende directamente de los escritos platónicos, en particular de *Timeo*, 92c, en donde se dice que el mundo es el viviente invisible que lo abarca todo, Dios sensible imagen del Dios inteligible. Porque el himno de Pablo no aplica el título de imagen al universo, sino solamente al Hijo que es claramente distinto del mundo (cL la serie de oposiciones él/todos los seres). Por otra parte, no sería exacto hablar de una transferencia de los atributos platónicos del cosmos a la persona del Hijo, ya que en Platón el concepto de imagen expresa una participación indirecta e imperfecta.

textos tienen que distinguirse de 2 Cor 4, 4 Y de Col 1, 15 en donde Cristo se presenta como imagen de Dios.

Existe otra razón para rechazar la alusión a Gén 1, 27: todo el himno está preocupado sobre todo por la relación Cristo/potestades, en la medida en que esas potestades podrían reivindicar una dignidad superior a Cristo. Por consiguiente, se debe *interpretar* el título de Col 1, 15 en función de este problema.

En el contexto del himno, el término «imagen» tiene un sentido funcional: Cristo da a conocer, manifiesta a Dios, por su mediación creadora y su supremacía sobre la iglesia.

En resumen, «imagen» parece indicar una influencia sapiencial: Cristo es imagen de la misma manera que la Sabiduría de los libros sapienciales, por su actividad creadora y su supremacía.

2. *Principio* (1, 18b)

Esta palabra suscita también el problema del trasfondo sapiencial. La Sabiduría es llamada "principio" en Prov 8, 22 (según los Setenta) y en Filón de Alejandría. Los elementos de los v. 15-17 (como la mediación descrita en 16-17) sugieren una influencia sapiencial. No es posible decir nada más.

3. *Primogénito de toda criatura* (1, 15)

Originariamente, «primogénito» designa al hijo mayor que, por su condición de tal, es el heredero

principal del padre y goza de cierta autoridad sobre sus hermanos (Dt 21, 15-17; 2 Crón 21, 3). Pero este término se aplica también a veces a otros hijos distintos del primogénito: Israel es llamado primogénito (Ex 4, 22; Jer 31,9; Eclo 36, 11) sin que esto signifique una anterioridad temporal respecto a otros pueblos; el término expresa entonces una preferencia. A continuación fue el rey, como representante de Israel, quien recibió ese título (Sal 89, 28), que después del destierro pasó a ser interpretado con un matiz mesiánico. Así, pues, el uso bíblico de este término parece señalar cierta derivación: de hijo mayor se pasó a preferido, predilecto.

En Col 1, 15, el significado sería entonces: «preferido a todas las demás criaturas». Pero es difícil aceptar este sentido, ya que el pasaje no se interesa por el amor del Padre al Hijo; no se nombra para nada a Dios como sujeto de los verbos. Si se llama al Hijo primogénito, es debido a su mediación (v. 16-17).

¿Acaso habrá que utilizar los textos judíos en donde «primogénito» está ligado a un dominio de Israel sobre el mundo: Días habría creado el mundo para que lo poseyera Israel, su primogénito (Sal 18, 14; 4 Esd 6, 58-59)? En ese caso, el texto de Col no haría más que aplicar este sentido a Cristo: «El es el dueño de toda la creación». Esto es posible en la medida en que este sentido se ve confirmado por los siguientes versículos: Cristo es dueño de la creación en la medida de su mediación original. Sin embargo, no hay que excluir el aspecto de *anterioridad* implicado en la expresión «primogénito», ni la mediación creadora de los v. 16-17.

Señalamos anteriormente que el título «primogénito» se aplica a la Ley en algunos textos judíos. El problema está evidentemente en saber si Col 1, 15 recoge esta tradición. Es posible, pero no probable, dado que el himno justifica el título por la mediación creadora, que los textos rabínicos atribuyen a la Ley solamente a partir del siglo II p.C. y que las cartas paulinas parecen ignorar por completo.

¿Remitirá el título de «primogénito» a la Sabiduría? No es posible afirmarlo, ya que nunca se llama a la Sabiduría «primogénita» en la tradición bíblica y judía.

En resumen, es difícil encontrar una tradición que pueda servir de trasfondo literario al título del v. 15. Por tanto, hay que interpretar dicho título en función de su contexto, es decir, en función de los v. 15-17.

CRISTO Y LA SABIDURIA

El trasfondo sapiencial de Col 1, 15-20, según el estudio que acabamos de realizar, podemos decir que es muy probable, e incluso que es cierto. Esta certeza se deriva de la convergencia de las ideas expresadas (la anterioridad del mediador, su mediación creadora, su unicidad-unidad) y de algunos datos del vocabulario «<imagen>, seguramente; «principio», quizás). La insistencia en la dignidad y la excelencia del mediador es también típicamente sapiencial.

Ahora estamos mejor preparados para responder a nuestra cuestión sobre la relación Cristo/Sabiduría.

Crísto, acabamos de verlo, aparece descrito con unos rasgos que son sapienciales. La primera cuestión que se plantea entonces es la de una posible identificación con la Sabiduría de los libros sapienciales. Importa por consiguiente averiguar los elementos que orientan hacia una identificación y los que parecen contradecirla.

Poseemos ya algunos signos favorables a la identificación, como el término «imagen» (cf. Sab 7, 26), la insistencia en la anterioridad (cf. Prov 8, 24-26; Eclo 24, 9; Sab 9, 9), la mediación creadora (cf. Prov 8, 30 en los Setenta; Sab 7, 21; 9, 1-2), la descripción de Cristo como lugar de unidad de lo creado (cf. Sab 1, 7).

Sin embargo, hay también otras razones en contra de la identificación. ¿Por qué no dice explícitamente el texto que Cristo es la Sabiduría de Dios anterior a todas las otras criaturas? Además, Cristo tiene un rango superior a la Sabiduría, ya que todo ha sido creado «*para él*» y nunca se dice de la Sabiduría que sea la meta de la creación y de la redención. A propósito de este «*para él*», son posibles dos posiciones:

-unos creen que la expresión «*para él*» excluye toda identificación con la Sabiduría, porque coloca a Cristo en un rango propiamente divino; queda por explicar entonces la presencia de los temas sapienciales en el himno;

-otros, por el contrario, piensan que «*para él*» no prohíbe la identificación de Cristo con la Sabiduría; pero entonces Col 1, 15-20 concibe a la Sabiduría de manera distinta que los libros sapienciales, en donde ella no es nunca igual a Dios y sólo se la considera como don de Dios, como relación de Dios con los hombres y con lo creado. El himno entonces ¿no reinterpretará lo que la tradición de los sabios dice de

la Sabiduría a partir de lo que la iglesia primitiva percibía del misterio de Cristo?

Ambos puntos de vista son defendibles. El himno no ofrece por otra parte ningún elemento decisivo en favor de ninguno de ellos. Queda un margen de indecisión, que hay que respetar.

UNA MIRADA SOBRE EL RESTO DE LA CARTA A LOS COLOSENSES

El examen del resto de la carta a los Colosenses no carece de interés para nuestro tema.

En efecto, por una parte lo que se dice de Cristo en el himno y en el resto de la carta va en el mismo sentido. El himno no es el único pasaje de la misma en donde se describe a Cristo en términos que lo hacen semejante o igual a Dios. Col 2, 9 dice que en él habita la plenitud de la divinidad. En Col 2, 3, todos los tesoros de la sabiduría están ocultos en él, significando así que él es como Dios, el único poseedor y dispensador de toda sabiduría (cf. Rom 11, 33; Prov 2, 1-8). También Col 1, 13 tiene cierta analogía con Col 1, 20 (*todo ha sido reconciliado por Cristo*), ya que se dice que el Padre nos ha arrancado del poder de las tinieblas y nos ha puesto bajo la autoridad de su Hijo predilecto; la expresión «*reino del Hijo*», única en el Nuevo Testamento, pone a Cristo en el mismo rango que a Dios, como indica su equivalente en Ef 5, 5 («*el reino de Cristo y de Dios*»). Finalmente, en Col 3, 11 la expresión «*Cristo que es todo en todos*» recuerda a 1 Cor 15, 28 ya Ef 4, 6. Todos estos detalles demuestran que la carta a los Colosenses, lo mismo que el himno, atribuye a Cristo un rango divino haciendo de él un personaje igual a Dios.

Por otra parte, se encuentran los mismos elementos sapienciales en el himno que en el resto de la carta. Una serie de pasajes habla de la sabiduría como del don de discernimiento que se hace a los creyentes (cf. Col 1, 9; 1, 28; 4, 5). Es el don espiritual gracias al cual el creyente puede conocer la voluntad de Dios, cumplirla o darla a conocer a los demás. Esta misma idea aparece en 2, 23. Por su parte, Col 2, 3 hace de Cristo una persona que posee la sabiduría en plenitud y puede dársela a los demás.

En todos estos pasajes la sabiduría no es ella misma su propio fin; está hecha para los hombres, para su salvación o la perfección de su obrar. La carta a los Colosenses habla por ello del mismo modo que 1 Cor 1-2, donde se llama «divina» a la sabiduría. Esta

forma de hablar de la sabiduría está totalmente de acuerdo con los libros sapienciales. Suponiendo por tanto que hay una identificación de Cristo con la Sabiduría, Col 1, 15-20 sería el único pasaje en donde la Sabiduría no aparece hecha para los seres creados, sino que sería, al contrario, el objetivo de la creación y de la reconciliación universal. Ha habido un cambio fundamental.

CONCLUSION

¿No resulta más lógico y más conforme con los escritos de Pablo afirmar que no se piensa en la identificación de Cristo con la Sabiduría ni en Col 1, 15-20 ni en los demás textos paulinos?

La temática es ciertamente sapiencial. Se describe a Cristo con rasgos sapienciales («*imagen*», «*principio*»); ejerce funciones que en los libros sapienciales se atribuyen a la Sabiduría, como la de mediación creadora. Pero otros rasgos indican, al contrario de la Sabiduría, que es igual a Dios, que es Dios, aun cuando este último título no se le atribuya sin más (Col 2 dice analógicamente que en él habita la plenitud de la divinidad).

La utilización del registro sapiencial en Col 1, 15-20 supone por tanto una adaptación, como si la identificación con la Sabiduría pudiera limitar el ser y el misterio de Cristo.

Cabe igualmente preguntarse si la identificación respetaría la forma con que los diferentes textos paulinos hablan de la sabiduría divina (que viene de Dios), dibujada como proyecto salvífica, realizado plenamente en la figura del Crucificado y en la situación de los cristianos. Desde ese punto de vista, la identificación de Cristo con la Sabiduría fijaría la realidad expresada por el término «*sabiduría*» o «*sabiduría divina*» en las cartas de Pablo.

No basta con rechazar la identificación de Cristo en Col 1, 15-20 con la Sabiduría de la tradición sapiencial; todavía hay que presentar brevemente las razones de la utilización del registro sapiencial en este himno. Hemos visto que todo, en estos versículos, intenta acentuar la primacía de Cristo sobre el conjunto de los seres creados y su mediación total «*por él*» y «*para él*», tanto en la creación como en la reconciliación. Pero ¿cómo insistir en la diferencia radical Cristo/todos los seres sin que haya entonces exterioridad y separación? ¿Cómo hacer ver que la diferencia de función y de estatuto de Cristo, lejos de

alejarse de lo creado, lo hace todavía más presente y operante en él (cf. Col 1, 17b)? Aquí está precisamente el papel del registro sapiencial. Al dar al Señor Jesús ciertos títulos y funciones sapienciales, se evita expresar la diferencia en términos de separación o de exterioridad espaciales, lo cual habría contradicho todo cuanto la mediación intenta mantener, a saber,

la presencia operante, total y continua de Cristo. Comparando el himno con otros pasajes de la misma carta (especialmente Col 3, 1ss), en donde las oposiciones son de tipo espacial, se puede medir mejor con qué acierto se logra en este himno mantener juntos los dos polos, la diferencia en la no separación.

e

Otros textos de Pablo

El estudio minucioso de 1 Cor 1-2 y de Col 1, 15-20 era necesario para descubrir cómo los escritos paulinos sitúan a Cristo ante la Sabiduría personificada de los últimos textos del Antiguo Testamento. Se ha visto que no es posible contentarse con identificar o no, de manera rápida, a Cristo y a la Sabiduría. La cuestión es más compleja de lo que parece y exige muchas matizaciones. Las cartas de Pablo se preocupan por descubrir con el mayor esmero posible las diversas facetas del rico misterio del Señor Jesús. Los materiales sacados de la tradición sapiencial servirán para iluminar este dato de la fe: Jesús, Señor e Hijo de Dios, no está separado de sus hermanos y del mundo. Por ser el Hijo de Dios, el Señor se ha hecho más presente a los hombres y puede obrar en favor suyo.

Una simple mirada sobre los otros textos paulinos en que se vislumbra una influencia sapiencial, confirmará nuestras conclusiones.

Gál 4, 4 = Rom 8, 3

En Gál 4, 4 y en Rom 8, 3 parece que hay igualmente una influencia sapiencial:

Cuando se cumplió el plazo, envió Dios a su Hijo
(Gál 4, 4);

Dios envió a su propio Hijo
(Rom 8, 3).

Los dos verbos griegos traducidos por *enviar* en estos textos son exactamente los mismos que en Sab

9, 10 utiliza Salomón para pedir a Dios que envíe su Sabiduría:

*Mándala desde el cielo sagrado,
envíala desde tu trono glorioso.*

Aunque haya que excluir aquí una dependencia directa de los textos paulinos respecto al libro de la Sabiduría, parece sin embargo que su dependencia de la tradición de los sabios es un hecho admitido. Nos encontramos entonces con los mismos elementos:

-una iniciativa *de Dios*, iniciativa salvífica (cf. Gál 4, 5: «*para rescatar*»; Rom 8, 3: «*para el asunto del pecado...*; así la exigencia contenida en la Ley puede realizarse en nosotros»);

-una iniciativa *en favor de los hombres*, en correlación con la iniciativa salvífica (cf. Gál 4, 5: «*rescatar a los que estaban sometidos a la Ley*»; Rom 8, 4: «*puede realizarse en nosotros*»).

-lo mismo que la Sabiduría enviada por Dios no es Dios, tampoco el don total hecho por el Padre es el Padre mismo, sino el Hijo; hay una *distinción* entre el donante y el don.

1 Cor 8, 6

Es otro texto en el que parece estar presente la influencia sapiencial (1 Cor 8, 6):

*No hay más que un Dios, el Padre,
de quien (procede) todo y a quien (vamos) nosotros,*

y un s% Señor, Jesús Mesías,
por quien (existe) todo y por quien nosotros
(vamos al Padre).

La interpretación de este versículo es delicada, ya que es preciso restituir los verbos que faltan en el texto griego. Sin embargo, está clara la función mediadora (cf. el «por quien»). El problema está evidentemente en saber si hay aquí derecho para hablar de una mediación creadora; todo depende del primer verbo restituido («existir», «proceder»). También se puede traducir: «de quien todo se da... , por quien todo se da»: así se evita la alusión a la mediación creadora de Cristo y por tanto a su preexistencia. La interpretación más común es la que hemos dado aquí,

en donde Cristo -como en Col 1, 15-20- se presenta como mediador de la creación. Pero no hay que eliminar la segunda traducción, aunque no se imponga con la misma probabilidad, ya que se trata de una fórmula estereotipada. Si los verbos están ausentes, es que se puede comprender fácilmente de qué se trata; y entonces los verbos que acuden más espontáneamente a la reflexión son los que hemos puesto entre paréntesis.

Se habrán notado los elementos comunes a este texto y al himno de Col 1, 15-20: la unicidad del señorío de Cristo y su función de mediación creadora (si se escoge la traducción corriente, que hemos aceptado nosotros).

D

Conclusión

Los textos que acabamos de examinar indican con claridad que la tradición sapiencial ha sido utilizada en los escritos paulinos para expresar la situación de Cristo y su participación en la obra de la creación, sin que haya que hablar necesariamente de una identificación de Cristo con la Sabiduría de numerosos pasajes de los escritos sapienciales. En las cartas de Pablo, la expresión «sabiduría de Dios» abarca la totalidad del plan o proyecto salvífica de Dios, pero no designa una entidad personificada, *mediadora* o *reveladora*. Esta no-personificación no significa que la sabiduría de las cartas paulinas sea una abstracción. Es el proyecto salvífica de Dios en cuanto que se resume en la figura del crucificado y continúa expresándose en el cuerpo constituido por los creyentes. De este modo, el pensamiento de Pablo se sitúa en la misma línea que la tradición de los sabios, aunque el acontecimiento Jesucristo ha provocado

ciertos reajustes.

La sabiduría en los escritos paulinos conserva su carácter denso y multiforme. El carácter multiforme de la Sabiduría de los escritos sapienciales se debe al hecho de que en ella se expresa la mediación en su totalidad. Ella es a la vez el plan creador y salvífica de Dios, la entidad mediadora por la que se ha realizado ese proyecto y el conjunto de su realización. Vemos entonces hasta qué punto son paradójicas las cartas de Pablo: lo que podría considerarse como un *estrechamiento* del campo sapiencial (es decir, el hecho de quitarle a la Sabiduría su estatuto de entidad mediadora) le deja por el contrario a esta Sabiduría su carácter multiforme que habría quedado suprimido en una identificación pura y simple: Cristo/Sabiduría.

Identificar a Cristo con la Sabiduría personificada era tropezar en algunas dificultades, ya que Cristo es mucho más que esa Sabiduría.

LOS EVANGELIOS SINOPTICOS y LA SABIDURIA

Como acabamos de ver, los escritos de Pablo se muestran discretos y prudentes en lo que se refiere a la Sabiduría. En efecto, la tradición sobre la Sabiduría personificada es insuficiente para dar cuenta del misterio de Jesús. Utilizada sin embargo con cierta agilidad, puede resultar útil para iluminar algunos aspectos de este misterio, especialmente el de la mediación del Señor Jesús y el de su proximidad a los hombres.

Prosigamos nuestra investigación en los evangelios sinópticos. ¿Intentaron también ellos apoyar su testimonio de fe en Cristo con ayuda de los materiales legados por la tradición sapiencial? ¿Cómo los emplearon?

El término «sabiduría», en los evangelios sinópticos, se relaciona efectivamente con la persona de Jesús; se trata de un uso característico. Por medio de tres series de textos, procuraremos indicar qué vínculos establecen estos evangelios entre la Sabiduría y Cristo.

Jesús, maestro de sabiduría

La primera serie de textos presentan a Jesús como maestro de sabiduría. No sólo porque Jesús, por ejemplo en el sermón de la montaña, habla como los sabios, es decir, empleando el género literario de los sabios (parábolas, enigmas, aforismos, etc.), sino porque lo que él dice es considerado como palabra de sabiduría:

«Se puso a enseñar en aquella sinagoga. La gente decía asombrada:» *¿De dónde saca éste ese saber y*

esos milagros? ¿No es el hijo del carpintero?... Y aquello les resultaba escandaloso»

(Mt 13, 54; d. Mc 6, 2 Y Lc 4, 22).

Se advertirá en primer lugar la relación entre sabiduría y origen de Jesús. Los oyentes, que conocen a Jesús, puesto que es uno de ellos, no comprenden cómo es posible que una persona de origen tan humilde, y que hasta entonces no había llamado la atención por sus nobles palabras y sus hechos, pudiera ahora hablar como él lo hacía.

¿De dónde? Cuestión fundamental, ya que alude a las condiciones de un discurso «sabio». *¿De dónde?*, o sea ¿de Dios? Y si no es de Dios, ¿de dónde viene? El hecho mismo de que la gente quede sorprendida, escandalizada, demuestra que para ellos un discurso de sabiduría no puede finalmente *aceptarse* más que dentro de unas condiciones determinadas: el nacimiento o la educación, la cultura...

Hay también un vínculo entre la sabiduría y los milagros, ya que Jesús no es simplemente uno que demuestra en sus discursos cierta sabiduría. Su obrar, es decir, las curaciones que hace, suscita también la cuestión del origen del poder que se manifiesta por su persona. *¿De dónde* le viene el hacer milagros? Así, pues, decir y hacer están ligados a la identidad del que habla; a partir de ello se realiza el discernimiento de los oyentes y de los espectadores.

Esta cuestión (*¿de dónde?*) demuestra que se estableció una relación esencial entre el discurso de Jesús y el mismo Jesús. Lo que Jesús decía fue reconocido como palabra de sabiduría. Por tanto, no se juzgó a Jesús por el contenido de su discurso.

Jesús, el Sabio

Este punto recuerda a Prov 1-9, donde el maestro de sabiduría suplica al joven ingenuo que no se deje llevar por la palabra seductora, sobre todo cuando esa palabra se viste con los acentos de la verdad y de la sabiduría. ¡El mentiroso puede hablar como el sabio! Y también el seductor. Por tanto, es normal relacionar la palabra con sus condiciones de producción. Eso es precisamente lo que hacen los oyentes de Jesús.

La oposición sabios/sencillos

En una segunda serie de textos encontramos bajo otra forma las mismas oposiciones que desarrollaba Pablo en 1 Cor 1-2:

«Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla»
(Mt 11, 25; cf. Lc 10, 21).

Se observan las oposiciones sabios-entendidos/ gente sencilla y escondido/revelado. El evangelista pone de relieve la oposición entre una sabiduría mundana, a la que Dios ha hecho incapaz de reconocer «estas cosas», mientras que los que no son reconocidos como sabios por el mundo han podido contemplar el misterio, es decir, se les ha revelado el misterio del reino.

Esta misma oposición se encontraba ya en Dan 2 con una insistencia análoga en que sólo Dios da la sabiduría:

*Bendito sea el nombre de Dios
por los siglos de los siglos.
El posee la sabiduría y el poder...
destroza y entroniza a los reyes.
El da sabiduría a los sabios
y ciencia a los expertos,
revela los secretos más profundos...*

(Dan 2, 20-21).

Mateo apoya esta revelación continuando en 11, 26:

Sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien
(cf. también Lc 10, 21).

Es solamente el Padre, con quien Jesús mantiene una relación muy estrecha, el que otorga la sabiduría. El Padre es el corazón de esta revelación.

Una última serie de textos plantea directamente la relación de Jesús con la Sabiduría de los libros sapienciales:

«Entonces, en respuesta, algunos de los letrados y fariseos le dijeron: Maestro, queremos ver una señal tuya personal. El les contestó:

¡Una gente perversa e idólatra y exigiendo señales! Pues señal no se le dará excepto la señal de Jonás profeta... La reina del Sur se pondrá en pie para carearse con esta clase de gente y la condenará, pues ella vino desde los confines de la tierra para escuchar el saber de Salomón, y hay más que Salomón aquí»
(Mt 12, 38-42; cf. Lc 11, 29-32).

«Por tanto, meteos en la cabeza que no tenéis que preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras tan acertadas que ningún adversario os podrá hacer frente o contradeciros»
(Lc 21, 15).

Estos pasajes plantean directamente la relación de Jesús con la Sabiduría de los libros sapienciales. No sólo aparece aquí Jesús como investido de sabiduría, sabio entre los sabios, sino que da la sabiduría a los demás.

El texto de Mt 12, 42 indica incluso que es el Sabio por excelencia o también, según algunos comentaristas, la Sabiduría en persona: *«Hay aquí más que Salomón»*. En la literatura judía, Salomón es el tipo mismo del sabio (cf. 1 Re 3). Se le atribuyen muchos proverbios (cf. Prov 1, 1; 10, 1; Eclo 47, 12-22, en donde a pesar de todo el juicio sobre Salomón está mezclado con algunas críticas). El libro de la Sabiduría está puesto bajo su patrocinio. Por eso, cuando Jesús dice: *«Hay aquí más que Salomón»*, indica claramente que él es el Sabio. Esta apelación puede de todas formas interpretarse de tres maneras diferentes, según un orden creciente:

-Jesús es el Sabio, es decir, aquel cuya sabiduría supera a la del mismo Salomón; Jesús es el hombre más sabio que jamás ha habido en la tierra;

-Jesús es la Sabiduría en persona, que ha venido entre los hombres;

-Jesús es el Sabio, es decir, Dios o igual a Dios, que es el único verdaderamente sabio y que da toda sabiduría.

En Mateo, el paralelismo Jesús-Salomón | Jesús-

Jonás o Sabio/Profeta parece indicar que la primera interpretación es la más exacta: Jesús, Sabio y Profeta por excelencia, es el hombre en quien culmina el don de sabiduría y de profecía. El problema no es tanto el de saber si Jesús es la Sabiduría o el Dios-Sabio. La cuestión es más bien una cuestión de lectura: "Supisteis reconocer en Salomón un sabio excepcional y en Jonás un enviado de Dios, ¿cómo es que no me reconocéis como el Sabio y el Profeta de los últimos tiempos?"

Encontramos también en este texto la oposición sabios/sencillos bajo otra forma. En efecto, son los extraños al pueblo judío quienes reconocen en Salomón la sabiduría de Dios y en Jonás al profeta de Dios. Pues bien, los extranjeros no tenían, como el pueblo de Israel, la suerte de ser el pueblo escogido para morada de la sabiduría divina. Ese pueblo debería haber reconocido en Jesús al enviado y al sabio por excelencia, por medio de sus signos y palabras, pero de hecho no lo reconoció. El pueblo donde debería habitar la sabiduría divina está ciego: «*iGente perversa e idó/atra!*».

El texto de Mateo parece dar una interpretación muy especial del *signo*. Lucas dice solamente: «*No se les dará más signo que el de Jonás*», y el contexto muestra que se trata de escuchar su predicación. Mateo ve ese signo en la muerte-resurrección de Jesús; no estamos aquí muy lejos de 1 Cor 1, 23-24.

CONCLUSION

El estudio de estas tres series de textos sobre la relación de Jesús/Sabiduría en los sinópticos permite

señalar algunas diferencias y algunos puntos en común.

En la primera serie son los judíos los que plantean la cuestión sobre Jesús: «*¿de dónde?*», mientras que en las otras dos series es el mismo Jesús el que presenta las paradojas de la sabiduría divina, ya que sólo él puede percibir las.

Jesús el Sabio es incomprendido y desconocido por los que deberían reconocerlo. Son los no-sabios, al menos los considerados como tales, quienes lo reconocen. En todos estos pasajes se trata de un contexto polémico; recordemos en este sentido a 1 Cor 1-2.

El balance de nuestra investigación en los sinópticos parecerá poco abundante. Podría añadirse el estudio de otros textos como Mt 23, 34-36 Y Lc 11, 49-51¹, pero el resultado no variaría mucho. Hay que confesar simplemente la enorme discreción de los evangelios sinópticos en el manejo de las tradiciones sobre la Sabiduría personificada. Como en los escritos de Pablo, se constata que los sinópticos no se orientan hacia una identificación de Cristo con la Sabiduría.

Por otra parte, lo importante aquí no es esa oposición de la identificación, sino el hecho de que Jesús es aquel a quien llevan las corrientes profética y sapiencial.

¹ Para estos dos textos. el. P.E. Bonnard, *De la Sagesse personifiée dans l'A.T. à la Sagesse en personne dans le N.T.*, en M. Gilbert, *La sagesse de l'A.T. Paris 1979. 137-139.*

EL PROLOGO DE JUAN Y LA SABIDURIA

Nuestra investigación sobre los textos del Nuevo Testamento que señalan alguna relación entre Cristo y la Sabiduría terminará con el prólogo del evangelio de Juan. En efecto, hace ya muchos siglos que se reconoce en este texto magnífico una profunda temática sapiencial.

LA INFLUENCIA SAPIENCIAL

Casi todos los 18 versículos que forman este prólogo remiten a los grandes temas desarrollados en los textos que se presentaron en la primera parte de este Cuaderno. Parece ser que las mayores afinidades son las que guardan con Eclo 24. Pero el texto evoca además Prov 8; Bar 3, 9-4, 4; Sab 6-9 (cf. el cuadro en pág. 68-69).

LA SABIDURIA y EL VERBO

El prólogo del evangelio de Juan recoge igualmente toda una tradición de origen profético, pero cuyas prolongaciones se encuentran en los libros sapienciales. Esta tradición guarda relación con el Verbo (en griego, *logos*) divino, eficiente, creador y salvador, revelador de los designios de Dios.

Las huellas de esta tradición son evidentes sobre todo en los textos siguientes:

- Gén 1; Importancia de la Palabra en el relato sacerdotal de la creación;
- Sal 33, 6; 148,5: tema de la palabra creadora y de su eficacia;
- Is 55, 10-11 (y numerosos textos proféticos): la acción irresistible de la Palabra de Dios (como texto sapiencial, d. Sab 18, 14-16);
- Sal 50, 2; Is 42, 14; etc.: Palabra que hace vivir y

salva al hombre; lo peor que puede suceder es que Dios se calle.

Podrían citarse también muchos textos que ponen de relieve cómo la Palabra hace vivir, ilumina, es buena, etc...

Obsérvese la yuxtaposición Verbo/Sabiduría en Sab 9, 1-2:

*Todo lo creaste con tu palabra
y formaste al hombre con sabiduría.*

Así, pues, el prólogo de Juan combina, y hasta unifica, el tema de la Sabiduría creadora, desde siempre al lado de Dios, venida a este mundo, entre el pueblo escogido, y el tema de la Palabra, fuerza dinámica, creadora, salvadora y reveladora. Pero ¿por qué esta combinación Logos/Sabiduría? ¿Por qué se llama a Cristo *Logos*, Verbo, y no Sabiduría?

Antes de responder a estas cuestiones, volvamos a la temática sapiencial. Hemos visto que es evidente. Se describe a Cristo por medio de rasgos sapienciales, ejerciendo funciones que se atribuyen a la Sabiduría en Prov 8; Eclo 24; etc... El movimiento del prólogo es parecido al de Eclo 24 y el v. 14 «*habitó (plantó su tienda entre nosotros,,)* parece ser una alusión a Eclo 24, 8.10. Sin embargo, el final del prólogo parece ir en contra de Eclo 24, 23:

*La ley se dio por medio de Moisés,
la gracia y la verdad han venido por medio de Jesús*

(Jn 1, 17).

¿No quiere indicar el texto que de hecho la Ley no es la expresión privilegiada de la Sabiduría (en contra de Eclo 24, 23)? Puede ser. Pero no habría que ver a

Cristo respecto a la Ley como la verdadera encarnación de la Sabiduría, como si la Ley no fuera también una encarnación auténtica. ¿Cómo es una encarnación que no es verdadera?

Tampoco hay que ignorar las imágenes de Eclo 24: se trata de un arraigo *real* de la Sabiduría en Israel (Eclo 24, 12); vemos incluso cómo la Sabiduría se va extendiendo hasta las fronteras del país (v. 13: el norte; v. 14: el este, el oeste y las llanuras del centro). En relación con ese arraigo real es como hay que comprender el aspecto que la Sabiduría toma en Jesucristo.

Decir que la encarnación verdadera de la Sabiduría no ha venido más que con Jesucristo sería desconocer esa propiedad característica de la Sabiduría, que es precisamente estar arraigada en nuestro mundo, ya que es desde el principio un don inalienable de Dios («*disfrutaba con los hombres*»: Prov 8, 31).

¿No habría que decir más bien que el prólogo de Juan recoge el movimiento de Eclo 24 para llevarlo a término? La leyera ya un don, un don verdadero. Pero no era el don de la revelación escatológica perfecta, que es lo que significa exactamente la expresión: «*la gracia y la verdad nos han venido por medio de Jesús*» (v. 17).

Gracias a estas observaciones, se puede responder a las cuestiones planteadas anteriormente. ¿Por qué se utiliza el título *Lagos*? Sin duda, porque es un término masculino, que viene mejor que el término *Sophia*, femenino, para describir el misterio de Jesucristo.

También porque, al estar centrado el prólogo en el tema de la revelación, el término *Lagos* es el que mejor recoge todo el tema veterotestamentario que se refleja en esta palabra.

Parece haber otra razón, que se basa a la vez en el prólogo y en el texto que utiliza principalmente: Eclo

24. El prólogo no niega el arraigo real de la Sabiduría en Israel ni su expresión privilegiada que fue la Ley; al contrario, dice que fue un don de Dios (v. 17). Pero ¿no se necesitaba otra palabra para decir cómo la revelación final y acabada se nos dio en Jesús, el «*Verbo hecho carne, lleno de gracia y de verdad*», es decir, el perfecto revelador del Padre?

Esto podría significar que «Verbo» y «Sabiduría» no son términos equivalentes. Es verdad que en los textos intertestamentarios son a menudo sinónimos (cf. Sab 9, 1-2) Y que están investidos de las mismas funciones, sobre todo en la creación; además, el Verbo es objeto de personificación en varios textos. Sin embargo, la sabiduría expresa la presencia continua de Dios en el hombre, en la creación, lo que Dios y el hombre tienen en común (como don que viene de Dios) y que desde el comienzo habita entre nosotros, que se expresó ya en el don de la Ley y que luego se expresa perfectamente en Jesucristo, el Verbo hecho carne.

Así, la asunción de los temas sapienciales en el prólogo significa que lo que se nos ha dado en Jesucristo pertenece a ese movimiento de comunión entre Dios y el hombre, de presencia de Dios en el hombre para perfeccionarlo. Pero sería un abuso decir que el prólogo identifica implícitamente al Verbo hecho carne con la Sabiduría de los libros sapienciales. Volvemos a lo que ya se dijo de los escritos de Pablo y de los evangelios sinópticos: no hay que apresurarse y creer demasiado aprisa que los autores del Nuevo Testamento copian lo que los textos sapienciales dicen de la Sabiduría, como si Cristo no fuera más que una copia de esa Sabiduría. El misterio de Cristo no se deja encerrar en las palabras que describen a la Sabiduría. Esas palabras pueden simplemente ayudar a captar uno de los aspectos de ese misterio.

Prólogo

1. *Al principio ya existía la Palabra (lagos)*

1. *La palabra se dirigía (o' estaba junto) a Dios*

4. *Ella contenía vida*

4. *Esa vida era luz del hombre*

10. *En el mundo estuvo*

10. *El mundo se hizo mediante ella*

10. *El mundo no la conoció*

12. *Los hizo capaces de ser hijos de Dios*

14. *Acampó entre nosotros...*

Eclesiástico

24, 9. *Desde el principio, antes de los siglos me creó*

1, 4. *Antes que todo fue creada la sabiduría*

1, 1. *Toda sabiduría viene del Señor y está con él eternamente*

24, 32. *Haré brillar mi enseñanza como la aurora para que ilumine...*

24, 3-6. *Regí las olas del mar y los continentes y todos los pueblos y naciones*

24, 8. *El creador estableció mi tienda...*

Sabiduría

Proverbios (griego)

Darue

9, 4: *La sabiduría entronizada junto a ti*

6, 18-19: *la custodia de sus leyes es garantía de incorruptibilidad*

8, 17: *la inmortalidad consiste en emparentar con la sabiduría*

6, 12: *Es radiante*

7, 10: *Me propuse tenerla por luz*

7, 26: *Es reflejo de la luz eterna*

8, 6: *Artífice de cuanto existe*

9, 1-2: *Todo lo creaste por tu palabra, hiciste al hombre con sabiduría.*

7, 27: *Hace amigos de Dios*

7, 27: *Entra en las almas buenas*

8, 22: *El Señor me estableció al principio de sus tareas*

8, 30: *Yo estaba junto a él*

8, 35: *Quien me alcanza, alcanza la vida*

3, 19: *El Señor cimentó la tierra con sabiduría*

8, 30: *Estaba junto a él, como maestro de obra*

4, 2: *Camina a la claridad de su resplandor*

3, 31: *Nadie conoce su camino*

3, 38: *Apareció en el mundo y vivió entre los hombres*

CONCLUSION

"SABIDURIA PERSONIFICADA» y "SABIDURIA EN PERSONA»

La distinción entre "Sabiduría personificada» (para el Antiguo Testamento) y la «Sabiduría en persona» (para el Nuevo) puede ocultar algunas ambigüedades, ya que la expresión «en persona» puede dar a entender que la Sabiduría no ha venido *ella misma*, realmente, más que con Jesucristo, como cuando se dice de alguien que viene personalmente después de haber enviado a varios delegados.

El problema está entonces en saber qué es lo que significan los textos del Antiguo Testamento y del Intertestamento en donde la Sabiduría aparece penetrando desde siempre en la creación y viviendo entre los hombres desde que éstos existen. A no ser que digamos, con algunos padres de la iglesia, que esa Sabiduría es ya Cristo, Cristo en persona. En ese caso hay que explicar otras paradojas: ¿cómo presentar, en términos de Sabiduría, las diversas venidas de Cristo?, ¿cómo conciliar esas venidas con lo que dicen Eclo 24, 23 Y Bar 3-4 de la relación Sabiduría/Ley, etc...?

Querer identificar a toda costa a Cristo o al Espíritu Santo con la Sabiduría de los libros sapienciales, ¿no es condenarse a un callejón sin salida? ¿Será eso respetar de verdad la complejidad de los datos de la Escritura? Por otra parte, rehusar la identificación no significa que la personificación de la Sabiduría, tal como aparece en la tradición de los sabios, sea una mera comparación, una alegoría. La consistencia de la Sabiduría no está necesariamente ligada a la problemática de la «hipóstasis».

No podemos menos de admirar aquí la forma con que los escritos del Nuevo Testamento, especialmente las cartas paulinas, supieron a la vez conservar el carácter denso y multiforme de la Sabiduría de los escritos sapienciales y dar a Cristo, así como al Espíritu, en algunos pasajes paulinos, ciertas funciones sapienciales.

El silencio de los escritos neotestamentarios a propósito de una identificación Cristo/Sabiduría no se

deriva del hecho de que, para ellos como para la tradición sapiencial, la Sabiduría no sea Dios ni igual a Dios. Es divina sin ser Dios, es don de Dios sin que ese don sea idéntico a Dios mismo. Si esto es así, la identificación Cristo/Sabiduría (o Espíritu/Sabiduría) que hicieron los padres de la iglesia, ¿no se deberá a que la Sabiduría no era entendida por ellos como lo había sido hasta el Nuevo Testamento?

LA MEDIACION DE CRISTO

Es posible afirmar que el Nuevo Testamento llegó a hablar en términos sapienciales (cf. 1 Cor 1-2) por tener que anunciar el evangelio en un mundo marcado por el pensamiento griego (cf. cuadro sobre "Sabiduría humana, sabiduría divina»). Pero esto no basta para explicar por qué se llegó a dar a Cristo ciertos títulos y ciertas funciones sapienciales; la meditación del Nuevo Testamento sobre el misterio de Cristo manifiesta una gran coherencia interna.

Porque el Nuevo Testamento le da a Cristo títulos y funciones sapienciales en un contexto concreto, el de la *mediación*: competencia posible entre varios mediadores, modalidades desconcertantes de la mediación de Cristo, etc... Al utilizar este registro sapiencial, los textos quieren dar cuenta de varios elementos aparentemente opuestos: expresar cómo Cristo es radicalmente distinto de todos los seres creados, sin que se conciba esta diferencia como distancia y separación. En otras palabras, este registro sapiencial permite evitar las fórmulas que localizan a Cristo ««Cristo está arriba», etc.), fórmulas que pueden poner en cuestión la mediación que expresa precisamente la presencia activa.

No es extraño que el registro sapiencial haya sido utilizado a propósito de la mediación, en la medida en que la Sabiduría es esencialmente mediadora, presencia activa y amorosa de Dios en lo creado, y sobre todo en el hombre. Gracias a este registro, los textos neotestamentarios pueden situar a Cristo en relación con el conjunto del proyecto creador y salvífica de

Dios, proyecto que sigue actuando en esa presencia providencial y continua.

y como el misterio de la sabiduría es el de las relaciones de Dios con su creación, en eso que tienen en común los dos, la atribución de las funciones y de los títulos sapienciales a Cristo no puede menos de poner de relieve cómo entonces. los discursos sobre Dios, sobre el hombre y sobre Cristo (como presencia de Dios en el hombre) están indisolublemente ligados entre sí.

RUPTURA Y CONTINUIDAD

No cabe duda de que ha sido un atrevimiento haber querido presentar en un solo Cuaderno Bíblico el enigma que constituye la personificación de la Sabiduría. Pero el gesto por el que hemos reunido el Antiguo y el Nuevo Testamento es significativo por sí mismo. Indica un itinerario, cuyo término no pretenden señalar las últimas páginas de este folleto, ya que su característica es la continuidad.

Es verdad que entre el Antiguo y el Nuevo Testamento hay varias compuertas. Primeramente, a nivel de método, ya que la cuestión no se plantea de la misma manera en el uno y en el otro. Si la presentación de los textos del Antiguo se esforzaba en seguir las huellas de la meditación de los sabios de Israel sobre la figura de la Sabiduría, los textos del Nuevo muestran por el contrario que es a partir de la persona y del misterio de Cristo Jesús como hay. que abordar la cuestión. También una compuerta cronológica, ya que los textos del Nuevo Testamento recogen la tradición que llega del Antiguo, pero realizan en ella algunas transformaciones. El respeto a las tradiciones y el respeto a lo que se enuncia en el acontecimiento Jesucristo invitan al lector a una paciencia que no es habitual.

Pero también hay una continuidad en la medida de lo que se expresa en la figura de la Sabiduría, presencia activa creadora y mediadora de Dios en nuestro mundo, en el corazón de los hombres. Continuidad y sobre todo unificación, ya que es en la tradición sapiencial donde se lleva a cabo la recogida, lenta y progresiva, de todo lo que enseñaron los profetas y donde se anuncia la doctrina del Nuevo Testamento.

SABIDURIA HUMANA, SABIDURIA DIVINA

En Corinto, por primera vez, Pablo entra en contacto profundo con el espíritu griego... Ante aquellos griegos, orgullosos de su sabiduría, la reacción del apóstol es doble. Por una parte, al estilo de los profetas, declara que la sabiduría humana ha fracasado y que Dios la ha sustituido por la locura de la cruz. Por otra parte, prolongando la tradición de los sabios del Antiguo Testamento, proclama que también hay una sabiduría cristiana, capaz de una profundización indefinida a la luz del Espíritu Santo y que no es más que Cristo crucificado. Y es que el mensaje de la cruz nos revela el plan de Dios; nosotros podemos contemplar ese plan y participar así de la Sabiduría divina. Esta sabiduría, su filosofía, nos es accesible en sí misma. Si pudieran abrirse las profundidades insondables de Dios, ¿no nos vendría de allí una luz que podría compararse con la filosofía? En otras palabras, recibiríamos un conocimiento inmediato de la Sabiduría divina, que constituiría nuestra sabiduría participada, al mismo tiempo nuestra y divina, y nos convertiría en filósofos de un nuevo estilo, alumnos de Dios, iniciados de Dios... Los corintios, entusiasmados por el aspecto humano de las doctrinas, no supieron comprender este aspecto del cristianismo. Pablo no insistió. Pero el hecho está ahí. Ese plan que tiene como centro a Cristo y que Dios va desarrollando llega a nuestro conocimiento y nuestra inteligencia se eleva entonces al plano de la inteligencia divina mediante la comunicación del Espíritu.

(Texto sacado de A. Feuillet, *Le Christ, Sagesse de Dieu*. Paris 1966,397-398).

EL MISTERIO DE CRISTO

Los diferentes textos del Nuevo Testamento que hemos presentado en este Cuaderno no han sido escritos en la misma época. Sin embargo, sería equivocado afirmar, sin matices, que pertenecen todos ellos a una etapa más bien tardía de la tradición de la iglesia primitiva; en efecto, un texto más reciente puede remitir a una tradición antigua y fijada muy al comienzo. Así, la forma relativamente estereotipada de Rom 8, 3 Y Gál 4, 4 (Dios envió a su Hijo para rescatarnos) indica un origen antiguo, que demuestra que muy pronto el misterio de Cristo no sólo se expresó en función de su término (muerte/resurrección), sino también de su origen (envío del Hijo) y que los dos, el término y el origen, estuvieron siempre juntos. Es verdad que la insistencia en la preexistencia y en la mediación creadora del Hijo vino después

de haberse desarrollado el tema de la muerte salvadora y de la resurrección, pero la referencia a ese «antes» de la vida terrena de Jesús forma parte de las capas más antiguas del Nuevo Testamento. Estos dos polos (origen y término) han determinado dos tipos de reflexión sobre el misterio de Cristo: una reflexión que parte de Jesús de Nazaret, del hombre Jesús, para llegar a su señorío de resucitado (proceso cristológico ascendente), y otra reflexión que a partir del Cristo preexistente y mediador de la creación describe las etapas de su manifestación entre los hombres (cristología descendente). Estos dos tipos de reflexión son complementarios, pero la historia de la cristología muestra que según las épocas se subrayó uno u otro. Hoy la forma de presentar el misterio de Cristo es más bien de tipo ascendente (con una insistencia especial en Jesús hombre entre los hombres, compartiendo su fragilidad y sus incertidum-

LA INFLUENCIA JUDEO-CRISTIANA

¿Cómo podemos explicarnos el paso a las ideas de *preexistencia*, de *mediación creadora* y de *envío* del Hijo de Dios al mundo, ideas que ocupan ya en Pablo una posición central?

Es posible e incluso probable que se desarrollaran en primer lugar entre aquellos judeo-cristianos de expresión griega que, expulsados de Jerusalén, comenzaron la misión entre los paganos en las ciudades helenistas de Palestina, de Fenicia y de Siria. Por otra parte, Pablo supone para estas proposiciones una forma ya sólidamente fijada. Pero resulta muy inverosímil una influencia del paganismo, en virtud sobre todo de la composición nacional de esas jóvenes comunidades misioneras. Los judeo-cristianos fueron siempre en ellas el elemento activo en el aspecto intelectual, decisivo en materia teológica. Son ellos los que en definitiva

dieron su marca a la iglesia del siglo 1. Este punto capital ha sido desgraciadamente poco reconocido por la escuela de la historia de la religión...

Se encuentra igualmente en el desarrollo ulterior de la cristología una *lógica interna*. El reconocimiento de la exaltación de Jesús como Hijo del hombre e Hijo de Dios por su resurrección y su establecimiento como representante escatológico de Dios ponían al cristianismo primitivo directamente ante el problema de la relación de Jesús con los otros mediadores, tanto los ángeles mediadores como la Sabiduría-Torah considerada, al menos parcialmente, como personificada.

(Texto sacado de M. Hengel, *Jésus, Fils de Dieu*. Cerf, Paris 1971, 110s.).

bres, etc.). Hemos de ver en esto un aire de los tiempos, como se dice. Pero no es ésta la única razón. La reflexión cristológica sigue estando marcada todavía por la crítica que la escuela de la historia de las religiones (finales del siglo XIX y comienzos del XX) hizo de las cristologías de tipo «descendente», crítica que puede resumirse de este modo: al hablar de Jesucristo como de un ser celestial y preexistente que se hizo hombre para nuestra redención, la iglesia primitiva (y más tarde la iglesia pos-apostólica) lo fue considerando cada vez más como una figura mitológica. No se trata de responder aquí detalladamente a esta crítica. Digamos solamente, en función de los textos presentados en este Cuaderno, que la escuela de la historia de las religiones no se ha interrogado suficientemente por las razones de la personificación de la sabiduría. Porque al atribuir a Cristo ciertas funciones sapienciales, el Nuevo Testamento siguió la misma lógica que el Antiguo; el fenómeno de personificación de la sabiduría que se puede descubrir siguiendo los textos de la tradición sapiencial no es ni

una alegorización ni una mitologización, sino una aceptación seria de su mediación. El estudio de las razones de la personificación de la sabiduría y la cuestión de la unidad del mediador se convierten entonces en una tarea prioritaria.

El hecho mismo de que el Nuevo Testamento haya utilizado ciertos rasgos sapienciales para describir la mediación total de Cristo resulta interesante en otro aspecto. Si la sabiduría es la figura anti-idolátrica por excelencia, ¿por qué extrañarse entonces de que el Nuevo Testamento haya aplicado a Cristo algunas de sus funciones (y de sus títulos)? ¿No es el señorío universal y eterno de Cristo el que nos protege de toda esclavitud y de toda idolatría?

Terminemos recordando tres figuras que dejan a la sabiduría un aura de enigma. Para el antiguo Egipto, la sabiduría es Maat, la diosa hija de Ra. Para los griegos, está representada por la lechuza, el ave nocturna, vigilante y perspicaz. Para Pablo, se resume en el Crucificado...

BIBLIOGRAFIA

1. ANTIGUO TESTAMENTO

C. LARCHER, Etudes sur le livre de la Sagesse. Paris 1979. Estudios muy profundos; véase sobre todo el capítulo sobre la relación Espíritu/Sabiduría.

M. GILBERT (ed.), La Sagesse de l'Ancien Testament. Paris-Gembloux 1979. Obra colectiva (artículos en francés, inglés y alemán); léase especialmente el estudio de P.E. Bonnard, bastante asequible.

2. LOS DOS TESTAMENTOS

P.E. BONNARD, La Sagesse en Personne annoncée et venue, Jésus-Christ. Paris 1966. Este libro tiene la ventaja de proponer un itinerario, analizando primero algunos pasajes del A.T., y luego otros del N.T. Podrá compararse el itinerario de este autor con el que aquí proponemos.

3. NUEVO TESTAMENTO

A. FEUILLET, La Christ, Sagesse de Dieu d'après les épîtres pauliniennes. Paris 1966. Presentación de varios pasajes de las cartas de Pablo en función de la relación Sabiduría-Cristo. El autor estudió los textos versículo a versículo.

A. FEUILLET, Le prologue du quatrième évangile. Paris 1967. Libro muy útil; presenta las diversas perspectivas (composición, influencias, etc.) con una buena bibliografía para cada cuestión.

I. DE LA POTTERIE, La vérité dans saint Jean, I. Roma 1977. Un estudio excelente, muy profundo.

A. JAUBERT, El evangelio según san Juan (Cuaderno Bíblico n.º 17, 17-26). Buenas páginas sobre el prólogo del evangelio.

J. N. ALETTI, Col. 1, 15-20. Genre et exégèse du texte. Fonction de la thématique sapientielle. Roma (en prensa).

CONTENIDO

La audacia de los sabios de la biblia es impresionante. Los cielos pueden cerrarse y las voces proféticas callarse, pero estos sabios se atreven a decir que el diálogo con Dios sigue siendo posible. La búsqueda larga y oscura de los hombres a fin de encontrar el buen camino de su existencia es también un lugar en donde resuena la palabra de Dios.

Siguiendo la línea del Cuaderno bíblico n. 28, En las raíces de la Sabiduría, Maurice Gilbert y Jean-Noel Aletti, del Instituto Bíblico de Roma, examinan aquí detenidamente los últimos desarrollos de los escritos sapienciales sobre la Sabiduría de Dios y sus repercusiones en la presentación de Cristo en el Nuevo Testamento.

¿Cómo se hace Dios presente entre los hombres? Esa es precisamente la cuestión planteada por la Sabiduría y Jesucristo.

I. LA SABIDURIA PERSONIFICADA EN LOS TEXTOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO	
De la Sabiduría humana a la Sabiduría de Dios	6
Proverbios 8	10
Proverbios 9, 1-6	23
Eclesiástico 24	26
El elogio de la Sabiduría (Sabiduría 7-9)	33
11. CRISTO Y LA SABIDURIA EN LOS TEXTOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO	
El Nuevo Testamento y la corriente sapiencial Pablo y la Sabiduría:	45
1 Corintios 1-2	48
Colosenses 1, 15-20	54
Otros textos de Pablo	61
Los evangelios sinópticos y la Sabiduría	63
El prólogo de Juan y la Sabiduría	66
Conclusión	70